



Plataforma
Ficción

EDUARDO MANET

La amante del pintor



La amante del pintor

Eduardo Manet

Traducción de Patricia Sarabia



«Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.»

«Esta obra se benefició de los Programas de ayuda para la publicación del Institut français.»

Título original: *Le Fifre*, originalmente publicado en francés, en 2011,

por Éditions Ecriture, París

Primera edición en esta colección:

abril de 2013

© Éditions Écriture, 2011

© de la traducción, Patricia Sarabia, 2013

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2013

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1.^a – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

info@plataformaeditorial.com

www.plataformaeditorial.com

Diseño de cubierta:

Grafime

Ilustración de portada: *Retrato de Eva Gonzalès*, de Édouard Manet
(National Gallery)

Depósito Legal: B. 10.132-2013

ISBN Digital: 978-84-15880-17-2

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

*A la pequeña Véronique,
de todo corazón.*

Contenido

Portadilla	
Créditos	
Dedicatoria	
Advertencia	
Prólogo	
La familia Gonzalès	
La familia Manet	
Primer cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Segundo cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Tercer cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Cuarto cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Quinto cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Sexto cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Séptimo cuaderno de Jeanne Gonzalès	
Epílogo	
Bibliografía	
Agradecimientos	
La opinión del lector	
Otros títulos de la colección	
Siete estampas de una vida a la deriva	
La casa y el mundo	

ADVERTENCIA

ESTE LIBRO ES UN RELATO novelesco, inspirado en personajes históricos. Aunque me he entregado a un trabajo de imaginación, he querido permanecer lo más cerca posible de la realidad. Los textos que he citado reproducen las palabras o los escritos pronunciados o publicados por los personajes mencionados.

La trama de este relato —el telón de fondo, como las escenas del siglo XIX— se inspira en un momento privilegiado de la cultura francesa. La magnífica época de Hugo, de Flaubert, de Zola, de George Sand... Escritores que se codeaban con artistas y compositores como Liszt o Wagner, y con pintores como Corot, Delacroix, Édouard Manet y «su panda»...

No obstante, este relato es sobre todo y ante todo una historia de amor entre un pintor famoso, un mujeriego, Édouard Manet, y una joven artista, Eva Gonzalès.

Las mujeres amaban a Manet y Manet amaba a las mujeres. Eva, sin embargo, envolvería con una pasión volcánica a un único hombre: Édouard. Estas páginas hablan de un camino sembrado de flores, miel y espinas.

Si no todo es verdad en este relato, la pasión, al menos, es auténtica.

PRÓLOGO

CUBA, FINALES DE LA DÉCADA DE 1940.

Mi padre, el doctor Eduardo Gonzalès-Manet, ex ministro de Educación, ex senador y abogado, era también codirector del diario *El Pueblo*.

A los diecisiete años, yo comenzaba a escribir artículos para la sección cultural de ese periódico. Pero no quería firmarlos como «Eduardo Gonzalès-Manet Jr.». Admiraba el cine, la literatura, el teatro y la música de Estados Unidos, pero me parecía ridículo utilizar la palabra «júnior» sólo para adoptar una moda norteamericana. Después de haberlo consultado con mi padre, hice suprimir el «Gonzalès».

Al mismo tiempo que comenzaba como periodista, proseguía con mis estudios universitarios, escribía breves obras de teatro y hacía las veces de director teatral. También era el director del Teatro Guiñol cubano, que presentaba algunos textos de mis amigos: el escritor Alejo Carpentier y el poeta Nicolás Guillén. Una práctica teatral intensa y desordenada.

En un momento dado, acusé la necesidad de recibir una formación profesional rigurosa en París, ciudad que yo consideraba, desde mi infancia, «la ciudad de la cultura».

Lo discutimos en familia.

Y una noche...

Sorpresa.

Mi padre me preguntó durante la cena, como si aquello no tuviera la menor importancia:

—¿Sabes que descendemos del pintor?

—¿Qué pintor?

—¡De Manet, hombre!

Sin añadir nada más, mi padre, que acababa de terminar de cenar, se levantó de la mesa para regresar, puro en mano, a su despacho. Se esforzaba en disimular su malestar, como si me hubiera confesado un secreto vergonzoso.

Aquella revelación quedó en el aire.

Mi padre nunca me había hablado de sus padres, y aún menos de sus abuelos. De hecho, la información que yo tenía de mis orígenes era muy vaga.

Mi madre, nacida en Andalucía, provenía de una familia sefardí. Mi padre, nacido en Madrid, había obtenido, siendo muy joven, la nacionalidad cubana.

En el transcurso de un viaje por España, mi padre, casado y por entonces con cuarenta y cinco años, conoció a mi madre. Ella tenía tan sólo dieciséis.

Flechazo.

La familia de la joven vivía en un gran cortijo en Andalucía. Mi padre, con la ayuda de un ama de llaves cómplice, levantó a mi madre al alba y la hizo montar detrás de él a lomos de un caballo blanco.

La pareja abandonó España. Y mi padre instaló a su joven enamorada en Santiago de Cuba, en una preciosa mansión. A partir de entonces, la familia de mi madre la consideró «muerta».

Nunca conocí los nombres de mis abuelos maternos y paternos, y jamás vi una foto de ellos.

Una ausencia.

Un vacío.

Un exilio en el exilio.

Yo tenía pasaporte cubano, pero la mayor parte de la información que figuraba en él era falsa.

Sólo el nombre y el apellido eran auténticos: Eduardo Gonzalès-Manet y Lozano.

Pero...

Nací en Santiago de Cuba y no en La Habana.

Un 19 de junio y no un 19 de marzo.

Y tengo tres años menos.

Ya conté esta historia rocambolesca en una novela:[\[*\]](#) a mi padre se le había «olvidado» inscribir mi nacimiento en el Registro.

Para presentarse a los exámenes del instituto había que tener trece años. Yo sólo tenía doce años y nueve meses. ¿Un error del empleado del ayuntamiento? En lugar de a tres meses más, tuve derecho a tres años.

En mi partida de nacimiento, mis padres aparecen como «nacidos» en Cuba. Sin embargo...

Mi padre, joven abogado madrileño, llegó a Cuba a principios del siglo xx. Una veintena de años más tarde, era senador y ministro de la República de Cuba. Se las había tenido que ingeniar para modificar sus orígenes y su lugar de nacimiento...

Mi marcha se acercaba. Tuve ganas de saber más.

Cuando pasaba la noche en casa, a mi padre le gustaba escribir en su escritorio mientras escuchaba música clásica en la radio. Decidí recordarle la sorprendente información que me había dejado pensativo.

—Papá... una noche me hablaste de Manet.

El vigésimo cuarto *Preludio* de Chopin, interpretado por Alfred Cortot, servía de

música de fondo para esta escena.

—Sí, descendemos del pintor, ya lo sabes.

—¿Tienes algún dibujo? ¿Algún cuadro para probarlo?

Hizo retroceder su sillón y luego se volvió hacia mí. Recibí como respuesta inmediata la mirada confusa de sus ojos claros. Un iris gris que a veces se volvía azul. La mirada de un hombre ofendido.

—Te enseñaré nuestro árbol genealógico. También están los cuadernos de tu tía Jeanne. Así sabrás que digo la verdad.

Y, dándome la espalda, se puso de nuevo a trabajar.

Algunos días más tarde, mi padre cayó enfermo. Una severa bronquitis. Nuestro médico de familia determinó que era innecesario enviar a su paciente al hospital.

—Puedo cuidar perfectamente de él en su casa.

Negligencia profesional de un doctor pretencioso que no tuvo en cuenta la posibilidad de complicaciones pulmonares, un corazón frágil...

Después de su muerte, y gracias a la modesta herencia que me dejó, pude realizar un viaje ideal: ir a Nueva York y asistir a algunos éxitos de Broadway antes de tomar un buque transatlántico, *The Liberty*, que habría de conducirme hasta El Havre.

Desde El Havre, me compré un billete en primera clase para ir en un vagón confortable y realizar, así, una buena entrada en la Ciudad de las Luces. París bien merecía esa pequeña locura.

Un año más tarde...

Vivía en la Casa de Cuba, justo a la entrada de la Ciudad Universitaria. Durante un año, recorrí París a pie, barrio tras barrio, calle tras calle. Y también visité todos los museos.

A comienzos de la década de 1950, la capital francesa estaba en plena efervescencia artística y cultural. La prensa comenzaba a descubrir el *nouveau roman* y el «teatro del absurdo», es decir, las obras de Samuel Beckett, Eugène Ionesco, Fernando Arrabal y Arthur Adamov...

Como alumno de la Escuela pedagógica para arte dramático, un centro de estudios creado por Jean-Louis Barrault, asistí a las clases de Roger Blin, actor y eminente director, y a las de un joven profesor de mimo y expresión corporal llamado Jacques Lecoq.

Escogí Londres como destino para mis vacaciones de Navidad. La temporada era brillante: el Old Vic y sus producciones de Shakespeare, con un Laurence Olivier en pleno apogeo; los ballets, donde se destacaba la deslumbrante Margot Fonteyn; las

comedias musicales; los «jóvenes airados», que comenzaban a transformar el teatro inglés: John Osborne, Arnold Wesker, Harold Pinter...

Londres... Sus parques, sus autobuses de dos plantas, su Torre, su mítico río, sus anchas avenidas y sus tiendas lujosas...

Sus museos...

Yo tenía predilección por la Tate Gallery, cuyas salas me parecían más «íntimas» que las de la National Gallery.

Pero en lugar de comportarme como un turista disciplinado, pasando de un cuadro a otro con la guía en la mano, me paseaba sin un objetivo concreto, con la esperanza de descubrir por azar una obra que se impusiera, un flechazo entre el cuadro y yo.

Y entonces un lienzo llamó mi atención. Un gran lienzo de 2 x 1,38 m. Me acerqué a él lentamente.

Se representaba a una mujer sentada delante de un lienzo. Una pintora.

Lo que es de por sí un hecho insólito: un pintor que pinta a una pintora. ¿Un autorretrato, tal vez?

Me acerqué un poco más... La joven estaba sentada en una silla de madera; tenía los brazos desnudos y llevaba unas mangas cortas y abombadas. Su vestido de falda amplia ocupaba la parte baja del cuadro. A la derecha, tirados en el suelo, había una carpeta de cartón con dibujos, un pliego de papel enrollado y una flor de peonía. Con la mano izquierda —y el brazo flexionado— sostenía una paleta, tres pinceles planos y una larga varilla apoyada sobre el marco del cuadro que la joven artista estaba pintando con la mano derecha: una naturaleza muerta, un jarrón lleno de flores.

El autor del cuadro había captado la belleza de esta joven, los rasgos delicados de su rostro, su larga cabellera negra, la mirada soñadora de sus grandes ojos...

La intención me parecía clara: el pintor estaba rindiendo homenaje a una joven artista que se encontraba todavía bajo el influjo de la inspiración.

La pintura parecía un canto de amor. Y proclamaba, con cierta insolencia, una pasión ardiente entre el pintor y su modelo.

Leí el título de la obra: *Retrato de Eva Gonzalès*.

Y el nombre del autor: Édouard Manet.

Busqué refugio en el interior de la Abadía de Westminster, una catedral un poco museo, un poco cementerio, donde descansa un gran número de personajes ilustres, reyes, artistas, escritores...

La imagen de mi padre me vino a la cabeza con una fuerza alucinante, su tono confidencial en el que vibraba cierta emoción:

—Nosotros descendemos de Manet.

Y mi terrible frase:

—¿Puedes enseñarme un dibujo? ¿Un cuadro...?

Mientras permanecía sentado en medio de una hilera de bancos, en lo más profundo de la Abadía de Westminster, no era la idea de ser nieto de un pintor genial lo que me conmocionaba, sino mi frase, mi tono irónico, mi sonrisa sarcástica...

Mi padre había comprendido que yo dudaba de él. Y ahora, desde su repentino fallecimiento, su mirada de hombre herido cobraba más intensidad.

El secreto que le había confiado a su hijo se convertía de alguna forma, y contra su voluntad, en una farsa. Y, sin embargo —me llevó un tiempo entenderlo—, se había tratado de una confesión dolorosa.

Y de repente, en un museo de Londres, un cuadro reunía los dos nombres...

Édouard Manet, el pintor.

Eva Gonzalès, la protagonista de un lienzo exquisito.

Eva y Édouard...

Dos nombres, una fuente de inspiración.

* *Mes années Cuba*, Grasset, 2004.

LA FAMILIA GONZALÈS

ÉSTE ES EL COMIENZO de mi investigación. El nombre de una familia. La familia Gonzalès.

Una familia muy singular en la que el personaje central, el padre, es un hombre que, desde la adolescencia, adora los golpes de efecto, los disfraces, las falsas apariencias, pero sobre todo y ante todo la escritura. Con el tiempo se convertiría en un popular novelista, en un periodista respetado por sus colegas y en un defensor encarnizado de una muy noble causa: la de los derechos de autor.

Louis Jean Emmanuel González nace el 25 de octubre de 1815 en Saintes, donde su padre, monegasco, es director médico del hospital militar.

En el colegio de este pueblo realiza sus primeros estudios antes de proseguirlos en Nancy. Emmanuel está considerado por sus allegados como el hijo pródigo.

Con los seudónimos de Henri Royer y de Augustus Stewart, el chico inunda *Le Patriote de la Meurthe* de *nouvelles* y de críticas literarias. Todos sus escritos son publicados porque tiene talento y es brillante. Sin embargo, a cambio de ello no recibe ni un céntimo. Pero esa situación no lo desanima.

El chico crece. Se hace adolescente y obtiene brillantemente su diploma de bachillerato. El momento ha llegado. Ya es hora de «subir a París». ¿La excusa para viajar a la capital? Inscribirse en la facultad de derecho de la Sorbona. Convertirse en abogado. Una carrera prestigiosa, sobre todo para un apasionado de las letras.

La Sorbona, Saint-Michel, el Barrio Latino, los cafés por donde pululan los poetas, los cabarets de moda... La vida cultural y artística de la capital de Francia.

Por supuesto, Emmanuel abandona la jurisprudencia y, con un grupo de amigos, funda una revista. Pero no cualquier revista. Será *La Revue de France*. De nuevo un trabajo que, por el momento, no le deja un céntimo. Para poder alimentarse y tener una vivienda, el joven escritor comienza a colaborar en varios periódicos literarios. Y, nuevamente, Emmanuel hace uso de las máscaras y de los seudónimos más extravagantes. Será Ramón Gomeril, Melchior Gómez, Calibán...

Poco a poco, Emmanuel será considerado un experto en España. ¡Nobleza obliga! Y el nombre González, transformado en Gonzalès por no se sabe qué confusión administrativa, acaba imponiéndose en el medio literario.

Como colaborador del periódico *La Presse*, Emmanuel aborda todos los temas relacionados, directa o indirectamente, con España: la política, el arte, las corridas de toros, el flamenco, la música y, por supuesto, la literatura.

En Saintes, Emmanuel había sido criado en compañía de una huérfana conocida por su nombre de pila, Consuelo María de los Dolores, un misterio de una familia honorable: las malas lenguas dirán que la «huerfanita» es, en realidad, la hija bastarda del doctor Gonzalès, director médico del hospital militar.

Para Emmanuel, «Lolita» es como su hermanita adorada, la que le inspira una serie de encantadoras historias dedicadas a los jóvenes lectores.

«Lolita y el jardín de margaritas.»

«Lolita y *Amadís*, su gato persa.»

«Lolita y las ciruelas verdes.»

Emmanuel Gonzalès retomará, más adelante, el personaje de Consuelo María de los Dolores. La pequeña Lolita se ha convertido en una adolescente cuyas características principales son la energía y la sed de vida. La muchacha acaba de cumplir diecisiete años, y un gran número de jóvenes le hace la corte. ¿Qué aspirante obtendrá, por fin, la mano de «la Lola»? Su elección sorprenderá a todo el mundo: don Felipe Buenaventura Vidal, un hombre mayor de cuarenta y cinco años.

Según el autor del relato, se trataba de una verdadera historia de amor a pesar de la desconcertante diferencia de edad. «Lola —escribe— fue seducida por la madurez, la distinción de un hombre que puso un reino a los pies de su amada.»

El escritor no exagera cuando utiliza la palabra «reino» para aludir a la fortuna inmensa del futuro esposo. Viñedos en La Rioja, campos de olivos en Castilla, una cría de caballos de raza y de *toros bravos*^[*] en Andalucía, una flota de barcos de pesca en Barcelona...

Don Felipe Buenaventura Vidal, viudo sin descendencia, deja a su muerte todos sus bienes a su joven esposa. Han vivido juntos dos años de matrimonio. Y Lola ha tenido tiempo para aprender los «secretos del oficio»: la gestión del imperio de su esposo. La herencia comprende también una casa solariega y tierras en Salamanca, la ciudad noble de la cultura española. Y la guinda del pastel: una suntuosa mansión en la avenida de la Castellana, en Madrid.

La joven viuda de diecinueve años toma las riendas de su inmensa fortuna e impone su voluntad a los notarios, a los diversos abogados y a los numerosos socios de su difunto esposo. Invierte en bienes inmuebles. Las casas, las granjas, los chalets a orillas del mar en Andalucía eran innumerables.

Consuelo María de los Dolores, viuda de Buenaventura Vidal, permanecerá siempre en contacto con su «hermano de adopción».

En 1848, Emmanuel Gonzalès se casa con Céline Ragut, pianista, cantante y música talentosa de origen valón. Esta joven mujer tan cultivada es también capaz de hacerse

pasar por una *cordon-bleu* de primer orden.

La pareja se instala en un modesto apartamento de la calle Picardie, en el tercer distrito de París, donde la señora Gonzalès no tarda en organizar cenas para los numerosos amigos de su esposo.

Once meses después de la boda, la pareja Gonzalès-Ragut anuncia el nacimiento de...

Eva Carola Jeanne Emmanuela Antoinette, hija de Emmanuel Gonzalès, hombre de letras, y de Marie Céline Ragut, su esposa.

Emmanuel Gonzalès encuentra en el nacimiento de su hija Eva un nuevo motivo de inspiración. Miembro de la redacción del prestigiosísimo *Siècle*, continúa colaborando en una docena de revistas literarias, sin dejar de utilizar sus numerosos seudónimos, de los que se aprovecha para hablar de la felicidad de una joven pareja ante el nacimiento de una tal «Evita».

Otra *nouvelle* describe la emoción de un «joven papá» en el momento de darle el biberón a su hijita. *Día de felicidad* es el título del relato corto en el que Evita, por primera vez en su corta existencia, pronuncia la palabra mágica de... «¡papá!».

¡*Adelante!* describe los primeros pasos de una chiquitina que avanza torpemente con los brazos tendidos hacia su padre. «Eva, desde que tenía dos años, cogía mis lápices y mis hojas blancas para garabatear con fervor en ellas. “¿Qué haces, Evita? ¿Escribes un poema?” “No, papá. Dibujo.” Maravilloso descubrimiento. Mi hija intentaba darle vida a una casa, a su muñeca preferida, a un gato.»

Una mañana, durante el desayuno, la señora Gonzalès anuncia a su esposo que está de nuevo embarazada.

Como el apartamento del tercer distrito se queda pequeño, la familia se muda al 18 de la calle de Laval, en el noveno distrito, para recibir con todos los honores a la segunda hija de la pareja, nacida el 16 de febrero de 1852: Jeanne Constance Philippe Gonzalès-Ragut.

Ése fue un año muy especial para Emmanuel Gonzalès: por el nacimiento de su segunda hija y por su elección como vicepresidente de la prestigiosa Société des gens de lettres.

El 2 de abril de 1857, la pequeña Jeanne, a la edad de cinco años, será bautizada en Notre-Dame-de-Lorette. Su hermana Eva, de ocho años, será su madrina.

La familia Gonzalès continúa su camino.

En 1858, Emmanuel recibe la cruz de la Legión de Honor. En 1861, es elegido presidente de la Société des gens de lettres. Ese mismo año, escribe una *nouvelle* para su hija mayor, *El sueño de Eva*: «Su padre no paraba de sorprenderse. Los progresos de su

hija lo maravillaban. Los trazos se hacían más firmes; los matices de color, más finos y precisos».

Una tarde, en lugar de asistir al espectáculo de marionetas que ambos conocían de memoria, Emmanuel le propuso a Eva que lo acompañara al Louvre. Evocando esta visita escribe: «A los siete años, Eva hace su entrada triunfal. Le proporciono alguna información. Venimos de lejos para descubrir el Louvre, donde cada uno encuentra su felicidad. Ella tenía intuición. Su mirada sólo se posaba en los ejemplares más admirables de la exposición. La *Virgen con los ángeles* de Cimabue la fascinó tanto como el *San Sebastián*, pero, y eso no me sorprendió, el descubrimiento de Fra Angelico le provocó una especie de... éxtasis, ¡ésa es la palabra! La pequeña se acercaba, se alejaba, volvía delante de los cuadros y, en un momento dado, vi sus ojos llenos de lágrimas. “¡Es tan bonito, papá! ¡Es tan bonito!”».

Cuando la familia Gonzalès se marcha a Madrid para visitar a la «tía Dolores», el programa de entretenimiento y de paseos contempla siempre una visita al Prado, donde la pequeña Eva confiesa sentirse «como en casa».

La anciana dama, con su habitual sentido del humor, ha llegado a un acuerdo con sus sobrinas adoptivas: «Un día al Prado. Y otro día, un largo paseo para divertirnos las tres... Al jardín del Palacio de Oriente o al jardín de María Luisa... Y el domingo, misa por la mañana y el mercado de Lavapiés por la tarde. Encontraremos varios objetos que comprar a buen precio. Regalos para vuestros amigos de París».

Eva tiene doce años y su hermana menor nueve cuando la tía Dolores toma la iniciativa de llevarlas a la sala donde se encuentran las pinturas «negras» de Goya.

Antes de visitar el mundo secreto de Goya, para Eva la pintura no había sido más que una larga sucesión de cuadros de diferentes tamaños, inmensos, medianos o pequeños, cuyo atractivo principal, a sus ojos, era exclusivamente el color. Por ello ha adquirido la costumbre de anotar en su pequeña libreta el color que, de cada pintor, le ha impresionado de manera particular.

«El rosa chicle de Rubens.»

«El ocre terracota de Rembrandt.»

«El azul de Botticelli. Y aún más: el de Fra Angelico.»

Y, de repente, Goya invade su mirada con sus personajes demoníacos y sus trazos negros que agreden al espectador sin el menor reparo. Como un verdadero puñetazo.

—Tengo que copiar estos dibujos, ¡por favor, tía Dolores! ¡Por mí! ¡Sólo por mí!

Consuelo María de los Dolores acaba por confesarle todo a Emmanuel Gonzalès, sorprendido y preocupado por haber encontrado, un día, un cuaderno olvidado por su hija Eva sobre la mesita de noche de su cuarto.

—¡Los Caprichos de Goya! ¿Les has enseñado a las niñas una sala sólo para adultos?

—Un error por mi parte, si nos referimos a Jeanne. Pero no cuando se trata de Eva. ¡Tu hija mayor es muy madura, muy talentosa! ¡Mira sus dibujos, Emmanuel! ¡Míralos! ¡El arte y la pintura son... su verdadera vocación!

Consuelo María de los Dolores y Emmanuel Gonzalès discutieron durante horas. De regreso a París, el escritor recibirá una larga carta de su hermana adoptiva:

Querido hermano:

¡Me gustaría tanto que lo entendieras! Tú sabes, yo sé, ambos sabemos que tu hija Eva es una niña dotada, una chica de trece años que para su edad es muy madura. Para ti, siempre será tu niñita...[] En cambio yo... yo la miro con los ojos de una segunda madre.*

Pasemos a la situación que te aflige: el cuaderno en el que Eva ha copiado algunos dibujos de la sala «negra» de Goya. No puedo guardarme para mí estas imágenes. Las comparto contigo:

Eva sentada en el taburete plegable que le compré. El cuaderno de dibujo sobre sus rodillas...

Goya estuvo perfeccionando las técnicas de aguatinta y de punta seca durante más de dos años. Y necesitó hacer innumerables pruebas antes de terminar sus ochenta láminas...

Tu hija sólo contaba con sus carboncillos y la tinta china para plasmar lo que veía.

Tuve que sobornar a los guardas, lo confieso. Estuvimos solas, Eva y yo, durante horas. Y en cada visita... un dibujo.

El de la rollona. El horrible crío glotón, vanidoso, perezoso...

A caza de dientes. La joven mujer que aparta la cara para no ver al muerto pero que, a pesar de ello, le arranca un diente al ahorcado porque así podrá realizar un hechizo y obtener el amor de un buen partido...

Y Goya, que escribe al pie de la lámina: «¡Lástima que el vulgo crea tales desatinos!».

Y está ese otro dibujo en el que Eva tanto se esmeró; tres visitas... Seis horas para tratar de captarlo... Hasta la muerte. La anciana de setenta y cinco años, casi un cadáver, que se arregla frente al espejo para recibir a sus amistades.

No insisto más. Sé de sobra que me has entendido y que compartes mi opinión. Tu hija Eva se quema a causa de su fuego interior: el amor al arte, la pasión por la pintura. Depende de ti echarle una mano, ayudarla en ese camino tortuoso que llamamos Arte.

Emmanuel Gonzalès acaba por rendirse a la evidencia: como se lo pidiera la tía Dolores en Madrid, había que darle a Eva los medios para expresar la vocación profunda que albergaba en su interior.

El padre dejó sobre la mesilla de noche de su hija una hoja grande con un mensaje

muy corto: «Mañana por la mañana, después de desayunar, ven a buscarme a mi despacho».

Eva conocía a su padre y no le supuso ningún problema entrar en el juego. Se trataba de una «convocatoria», de una cita seria. Había entonces que responder con la misma teatralidad que la de un escritor conocido por su gusto por la aventura y por la fuerza de su imaginación.

Era domingo por la mañana. En lugar de llamar a la puerta del despacho de su padre después del desayuno, Eva decidió ir primero a la misa de las once. De modo que la joven entró en el estudio con la cabeza y los hombros cubiertos por una mantilla y con un misal en la mano.

A pesar de ser un enconado defensor de la separación entre Iglesia y Estado, el escritor nunca se opuso a la fe católica de su esposa y de sus hijas.

Emmanuel sabía que Eva venía de comulgar y que quería hacérselo saber. Para interpretar mejor a su personaje, la joven adoptó la postura de una procesionaria, cabeza inclinada y mirada fija en el suelo para concentrarse mejor y abrir su espíritu al aliento divino.

Dejando su cómodo sillón detrás de la mesa de trabajo, el escritor prefirió sentarse en el sofá de las visitas. Así podrían hablar en voz baja y darle un tono de confesión íntima y sensible al encuentro entre padre e hija.

Emmanuel retomó, sin decirlo, los argumentos de Consuelo María de los Dolores.

—Tu amor por la pintura no es un juego, sino una vocación —dijo—. Y haré todo lo posible para alimentar esa vocación mediante viajes, visitas a exposiciones, museos...

A partir del decimocuarto cumpleaños de Eva, y para cumplir con su promesa, su padre organiza cada año, en julio, un viaje de dos semanas.

Esta cita estival y artística se convierte en una verdadera fiesta familiar, ya que no se trata sólo de ir de museo en museo. Los Gonzalès, con frecuencia en compañía de la tía Dolores, reservan en los mejores restaurantes y asisten a los eventos culturales de cada ciudad.

Otro motivo de orgullo de la pareja Gonzalès: la iniciativa de Eva de introducir, a su vez, a su hermana pequeña en el arte del dibujo y de la pintura.

Jeanne, siempre atenta y disciplinada, sigue de buen grado las indicaciones de su hermana mayor: lavar y secar los pinceles, guardar los botes de colores y los lápices en sus cajas... «Nunca había visto un amor tan puro. Jeanne adora a Eva y Eva se comporta, a menudo, más como una joven madre que como una hermana mayor.»

La familia pasa una temporada en Mónaco. A través del gran ventanal que da al jardín, los Gonzalès y la tía Dolores observan de lejos a las dos hermanas, sentadas la una junto a la otra. Están pintando con acuarelas. El tema: flores, ramas floridas y un loro, regalo de

la tía madrileña: «Un lindo pájaro venido de Cuba».

A comienzos del mes de diciembre de 1865, Emmanuel Gonzalès da una cena en honor al director de *Le Siècle*, Philippe Jourde.

Se trata, en realidad, de organizar una especie de consejo de familia. Jourde conoce a Eva desde que era una niña. Admira el empeño, la seriedad, pero también el talento de «la pequeña».

La casa Gonzalès es famosa en el medio artístico y periodístico de París por sus especialidades culinarias, cada cual más sabrosa. Cuando la tía Dolores está en París, los amigos más cercanos de la pareja saben que tendrán derecho a «la mejor paella valenciana del mundo». Y cuando Céline Ragut —la señora Gonzalès— se pone su delantal, estos mismos amigos esperan, casi en estado de trance, el buey a la borgoñona, mejor que el de cualquier gran restaurante de París, según Philippe Jourde.

La comida ha sido copiosa, el vino (de Borgoña, por supuesto) corre a raudales. Eva y Jeanne han abandonado la mesa después de darle un beso al «tito Philippe».

Los Gonzalès y Jourde beben café acompañado de una reserva de armañac que el director de *Le Siècle* ha llevado junto con un ramo de quince rosas rojas, las preferidas de Céline Ragut.

Los dos hombres fuman puros. La señora Gonzalès hace ganchillo. Siempre lo hace cuando, por alguna razón, está tensa.

Es el momento de la verdad. Eva, que ya tiene dieciséis años, tiene que ingresar en un taller de pintura para «aprender el oficio». Jourde toma la palabra.

—Ya sabéis que Bellas Artes tiene su propio taller, —anuncia con su voz de contrabajo—. Pero es sólo para hombres, así que no es para Eva. Pero hay talleres independientes que reciben a hombres y mujeres. Los más frecuentados son el de François Picot, antiguo alumno de David, y el de Henri Lehmann, discípulo de Ingres. En mi opinión, el único que le convendría a Evita sería el de Charles Joshua Chaplin. Él sabrá guiar a vuestra hija como un ángel guardián. Admiro al artista y respeto al hombre. Además, es un excelente pedagogo.

Charles Joshua Chaplin, nacido en Les Andelys (Eure) en 1825, es hijo de un inglés casado con una francesa. Alumno de Drolling. Philippe Jourde prosigue con el retrato del pintor:

—Lo que le apasiona a Chaplin como artista es la mujer, simplemente. Famosa o modesta, aristócrata o chica de pueblo, la mujer no tiene secretos para el maestro. Habréis admirado, como todo el mundo, su cuadro inspirado en Marie Duplessis, *La dama de las camelias*. Acordaos de su pelo negro atado con una cinta, de sus inmensos ojos negros, de ese brillo que la muerte da a los tísicos cuando llama a su puerta. Chaplin

se ha convertido en el pintor preferido de todas las grandes damas de Francia, comenzando por María Eugenia de Montijo. Es él quien ha decorado los aposentos privados de la emperatriz en el Palacio de las Tullerías.

Emmanuel Gonzalès no puede reprimir una sonrisa cuando ve a su mujer suspender su trabajo y cerrar los ojos. Se diría que Céline Ragut está en las nubes. Su marido sabe que no se ha perdido una sola palabra de la conversación porque se trata de tomar una decisión delicada respecto al futuro de su hija mayor.

—Sí, querido Philippe... Por lo que veo, por el taller de Chaplin sólo pasa gente de bien, pero... ¿querrá aceptar como alumna a nuestra Evita?

Consciente de su papel en esa familia que ha sabido ganarse su amistad y afecto, Jourde no responde enseguida. Le da una larga calada a su puro y bebe un trago de ese armañac que vale con creces su precio.

—¡Yo me encargaré de eso!

Philippe Jourde cumple su promesa, y el 3 de enero de 1866, Eva Gonzalès ingresa en el taller de Charles Joshua Chaplin. El 16 de enero puede inscribirse en el Louvre. El museo reserva los martes y jueves a los alumnos pintores para que vayan a copiar a los grandes maestros.

CARNET DE ALUMNO

Eva Gonzalès

Domicilio: plaza Bréda, 2

Miembro del taller del señor Charles Joshua Chaplin

Eva Gonzalès se toma muy en serio su oportunidad. Trabaja de la mañana a la noche y se sitúa sin dificultad entre los mejores discípulos de Chaplin. Es la más motivada y la más disciplinada.

Copia a los grandes maestros y llena varios cuadernos de dibujos originales. Sus acuarelas inspiradas en naturalezas muertas son incontables. Jeanne, su hermana pequeña, tiene el encargo de quemar todos aquellos ejercicios que no merezcan el honor de quedarse encerrados en el fondo de un cajón.

El 1 de enero de 1867, el carnet de Eva del taller de Chaplin es renovado. No obstante, el 5 de mayo de ese mismo año, la joven artista abandona impulsivamente el taller.

¿Por qué esta decisión? Dará tres razones diferentes.

La primera, para Charles Joshua Chaplin.

—Maestro... A pesar del prestigio de mi padre como periodista y novelista, los

resultados financieros no están a la altura de sus ambiciones.

La señorita Gonzalès charla con su profesor en el amplio taller de la calle Lisbonne. El maestro y la alumna están de pie cerca del estrado donde se halla sentada una joven modelo de día. De hecho, se trata de Madeleine Lemaire, quien, por vanidad o pereza, a menudo prefiere servir de «inspiración» a los otros artistas en lugar de llevar a cabo con humildad un trabajo largo y pesado: dar vida, sobre una hoja de papel, a aquel o aquella que vaya a tomar su lugar al centro del estrado.

Hoy se supone que la pose que ha pedido Chaplin debe evocar la de una joven dama sentada en un parque o en la terraza de un café.

—Nuestra protagonista, una mujer joven bellísima, es soñadora. Sostiene un libro en la mano. Hay un poco de sensualidad en esa pose, una especie de... dulce fatiga.

Madeleine Lemaire ha seguido al pie de la letra las indicaciones del maestro. La actitud lánguida, los gestos románticos forman parte de su personalidad más profunda. Sin embargo...

Charles Joshua Chaplin y Eva Gonzalès —a la que Lemaire considera su rival— están cerca de la tarima. Eva se esfuerza en mantener el tono confidencial en esa conversación de maestro y alumna.

Madeleine Lemaire, con indiscreción, deja a un lado su «pose lánguida» y se inclina para oír de qué hablan.

Los Gonzalès tienen problemas económicos... Las clases de Chaplin son muy caras... Eva Gonzalès no puede costearse sus gastos personales...

¡A Madeleine Lemaire le cuesta reprimir un grito de alegría! ¡La primera de la clase, la preferida del maestro ya no irá más al taller!

Durante la comida en familia, Eva da otra explicación.

—Mi período de aprendizaje ha tocado a su fin. Siento la necesidad de comenzar mi propia obra personal. En el taller, hay que trabajar sobre los temas que nos propone el profesor. Y para ser sincera... Ya no soporto más el clima de esa escuela para damas de la alta sociedad, ni a esas señoritas consentidas que nunca llegarán a ser artistas. Están pagando a precio de oro poder jactarse de ser las alumnas de Charles Joshua Chaplin.

—¿Entonces, qué quieres hacer, Evita?

Emmanuel Gonzalès escucha en silencio sin apartar la vista del rostro de esa joven mujer de carácter fuerte y determinado.

—Esperar un poco. Volver a ver en los museos mis cuadros preferidos. Reflexionar.

Más tarde, esa misma noche, Eva le suelta a su hermana pequeña un discurso completamente diferente.

Acostadas en la cama de Eva, todavía vestidas, hombro con hombro y cabeza con cabeza, la hermana mayor, en voz muy baja, le confiesa a la hermana menor toda la verdad.

—No avanzo, Jeanne. Siento que no avanzo. Chaplin dice lo contrario por amabilidad, porque me aprecia... Pero carezco de... de...

—¿De qué, Eva?

—Ésa es la cuestión. Que no sé de qué. Tomemos como ejemplo a los grandes pintores que hemos admirado en todos los museos de Europa: Fra Angelico, Rembrandt, Tiziano... Rafael, Velázquez, sin olvidar a Goya, por supuesto. Al principio, ¡todos daban palos de ciego! Después, con el trabajo, llega la seguridad. Y luego... ¡llega la plenitud! Yo, en cambio...

—¡Sólo tienes diecisiete años, Eva!

—¿Y? La edad no cuenta cuando se trata del arte. La cuestión es saber si... tengo talento o no.

—Tienes todo para convertirte en un gran pintor, Eva. En un gran pintor mujer.

Jeanne, provista de un temperamento alegre, parece encantada con esa frase y la repite sin parar de reír:

—Un gran pintor... pero ¡mujer!

—Estás metiendo el dedo en la llaga, Jeanne...Y no tiene nada de gracia. El Salón de París rechaza cada año a un número considerable de hombres. Así que nosotras, las mujeres... ¡Cuando nosotras nos presentamos es todavía más difícil! Yo diría incluso que es más humillante.

—¿Quién sabe, Eva? Tú no les has enviado nada. Un día...

—No digas nada más. Quedémonos con «un día». Soñemos con ese día, aunque tarde en llegar.

Jeanne era la hermana querida y la modelo preferida de Eva, extraña relación entre el modelo y el artista. Jeanne, de catorce años, se parece a Eva cuando tenía su edad. Ella es, en cierto modo, su reflejo en el espejo.

Retrato de perfil con trenzas, un óleo sobre cartón pintado en 1865, muestra a una joven con el rostro vuelto hacia un fondo de tela monocromático. De la espléndida cabellera negra, recogida sobre la coronilla en una complicada maraña, cuelgan dos trenzas espesas que caen sobre la espalda ligeramente encorvada de la adolescente. ¿Está pensativa? ¿Triste? ¿O es esta ausencia un pretexto para revelar una especie de naturaleza muerta? Una cabellera sobre fondo neutro.

Jeanne es también el personaje de un cuadro más elaborado: *El espejo*. Un rincón de un dormitorio. Un lienzo en lo alto, sobre la pared, del que sólo se ve la mitad. Un

extremo de un sofá en el cuadro. Y en el centro, el protagonista de la pintura: un gran espejo enmarcado. El espectador ve la espalda de una muchacha que contempla su reflejo. Desdoblamiento simbólico: Jeanne más Eva, las dos hermanas sorprendidas en un instante de intimidad.

Hacia la misma época, Eva pinta *Retrato de una muchacha*, un óleo sobre lienzo en el que aparece Jeanne de frente a la edad de quince años. El recuerdo de Goya está muy patente: sobre un fondo negro se ve su rostro y un cuello blanquísimo que le cubre la barbilla y el cuello. Sus cejas y ojos son de ónice, y de su recta nariz sólo se distingue el orificio nasal izquierdo. De su boca, un poco enfurruñada, se distingue el labio inferior, más carnoso que el superior.

El 11 de enero de 1868, a las 19.05 h, Emmanuel Gonzalès hace su entrada en el salón privado de la gran residencia de la calle de Lisbonne donde Charles Joshua Chaplin lo espera.

El periodista le ha enviado una carta al director del famoso taller de pintura para explicarle la necesidad que le ha manifestado su hija de trabajar en solitario. «Un ave joven que echa a volar, la tentación de la libertad... Quiere seguir los reclamos secretos de su inspiración.»

El pintor ha respondido a su correspondencia con un mensaje muy breve: «Venga a verme, estimado señor».

Y ahí están, el escritor y el pintor, el padre y el maestro, sentados frente a frente en sillones comprados en Londres en un club privado que acaba de cerrar. Los puros encendidos y el whisky irlandés, añejado durante varios años, contribuyen a crear una atmósfera cálida.

—Señor Gonzalès...

—Maestro...

El escritor escucha al pintor, y la emoción, el orgullo, y quizás el efecto de la segunda copa de whisky bien cargada, hacen que se le llenen los ojos de lágrimas.

Charles Joshua Chaplin, con tono muy reposado, expone sus opiniones marcando cada palabra con un gesto de la mano derecha, una mano de largos dedos que dibujan vagas formas en el espacio.

—Eva es mi mejor alumna. Creo en el talento de su hija, señor Gonzalès. Pero el arte de la pintura es un largo camino que requiere paciencia y constancia. Quiero decirle que la puerta de mi taller está totalmente abierta para la señorita Eva. Gratuitamente. Me sentiría muy dichoso si ella encontrara su lugar entre nosotros.

Para complacer a su padre, Eva asiste a las clases de Chaplin; pero, después de algunas

semanas de trabajo, la joven abandona nuevamente el estudio de la calle Lisbonne.

—No soporto el círculo cerrado de una escuela, las miradas de esas hienas enloquecidas que se consideran mis rivales. Sobre todo siento la necesidad de tener mi propio estudio. Ya es hora de que presente mi obra al Salón de París. Y también es hora de vender un cuadro. Tú eres periodista y publicas en revistas, en periódicos... Eres escritor y vendes novelas. Vivir de mi trabajo sería la prueba de que soy una verdadera profesional.

Emmanuel Gonzalès le envía una nota a Chaplin, al que considera en ese momento un amigo, para explicarle la voluntad de su hija. La respuesta del maestro es implacable.

Mi querido amigo:

El otro día me quedé muy disgustado con mi encantadora alumna, y tenía intención de decírselo a usted. No hace nada y no ha hecho nada. Sus estudios iban por muy buen camino, y ahora resulta que los interrumpe sin más. Todavía no ha trabajado lo suficiente como para comprarse un estudio y establecerse por su cuenta. Todavía tiene que estudiar. Yo ya la he regañado, pero no lo bastante. Carezco de valor, de modo que eso queda para usted. Ella me habla de tomar distancia, y es una mala razón.

Esto, mi querido amigo, es todo lo que se me ha pasado por la mente con relación a su hija, que tiene un talento admirable para la pintura y a la que me apena ver aletargarse. Haga de mis reflexiones lo que considere en espera de tener una ocasión cercana para vernos y explicárselo mejor.

Muchos recuerdos,

Ch. Chaplin

Y, por primera vez desde su nacimiento, Emmanuel Gonzalès le dijo «no» a su hija Eva.

—Tu maestro Chaplin afirma que, a pesar de tus dones incontestables, todavía no estás preparada para volar con alas propias.

Padre e hija se enfrentan. Eva es tan alta como Emmanuel. A sus diecisiete años ya tiene cuerpo de mujer y un carácter asentado inusitado para su edad. Un temperamento español objeto de orgullo de su tía Dolores: «Eva es capaz de plantarles cara a los hombres como si ella misma fuera un macho lleno de vigor».

En cualquier caso, Eva le planta cara a su padre.

Tras un largo silencio, la voz grave de mezzosoprano anuncia lentamente su decisión.

—Si no hay nada más que hacer, guardaré los lienzos, los pinceles, las pinturas... Le digo adiós a la pintura.

Y, para reafirmar su determinación, Eva le da la espalda a su padre y abandona el salón.

Desamparado e inmóvil, Emmanuel Gonzalès busca la mirada de su esposa. Sentada en su sillón preferido, Céline Ragut ha presenciado en silencio la escena entre padre e hija.

—No te preocupes, Emmanuel. Evita es una chica razonable. Estará enfurruñada durante algunos días, algunas semanas, quizá... Pero su amor por la pintura ganará la mano. Regresará al estudio de Chaplin, ya lo verás.

La señora Gonzalès o era demasiado optimista o no conocía a su hija mayor. Eva dejó a un lado su oficio de pintora, sin olvidar, sin embargo, su pasión por la pintura. A partir de entonces, la sutil solución fue dedicar varias horas al día a hacer trabajar a su hermana menor.

Dibujos, acuarelas, pastel sobre papel, óleo sobre lienzo...

Naturalezas muertas, frutas, flores, objetos cotidianos... Paisajes...

Octubre de 1868.

Eva y Jeanne están en Dieppe, en casa de la pareja Tissot, viejos amigos de la familia Gonzalès.

Las hermanas se conforman con enviar a sus padres, de vez en cuando, unas líneas para decirles que «todo va bien». Entonces, Catherine Tissot escribe a la señora Gonzalès:

Tenéis unas hijas absolutamente deliciosas, pero en ocasiones muy... extrañas.

Hay una diferencia de tres años entre la mayor y la pequeña. Sin embargo, se diría que a veces es como si fueran la misma persona.

A fuerza de observarlas (oh, ¡con mucha discreción!), he llegado a entenderlas mejor.

Céline, deseo contarte mi descubrimiento y espero que no me guardes rencor. Me expresaré con toda franqueza. De tanto admirar a su hermana mayor, de seguirla a todas partes, de escuchar cada una de sus palabras, Jeanne se ha convertido en la copia exacta de Eva.

En este momento, tus hijas están en el jardín porque, gracias a Dios, está haciendo un día maravilloso. Jeanne le está dando retoques a su cuadro inspirado en el puerto de Dieppe. La menor está sentada frente a su obra y la mayor está de pie al lado de la silla. Le da algunos consejos... A veces coge el pincel para añadir algún detalle, un toque más vivo...

Una última cosa. Intenta hacérselo comprender a tu querido esposo: Eva jamás cederá. Sería capaz de emplear el resto de su vida en guiar la carrera artística de su hermana. Tu hija se merece el estudio que pide.

Un fuerte abrazo,

Catherine

Dos semanas más tarde, la señora Céline Gonzalès le manda una breve carta a su hija:

Tu estudio te espera. Hemos vaciado dos habitaciones, tirado paredes... Y nuestro amigo el arquitecto Alexandre Delmas ha instalado dos grandes, amplias y hermosas ventanas para dejar que el sol inunde tu estudio en casa. Pero tu padre, siempre tan generoso, te ha alquilado otro estudio en la calle Bréa.

Día de felicidad. Eva empieza la instalación de su estudio en compañía de su hermana Jeanne. Y la hermana mayor no se olvida de dejarle un lugar, aunque modesto, a su hermana pequeña.

El estudio es el jardín secreto de Eva y Jeanne. Cada una tiene una llave y no dejan entrar a nadie en él.

—Enseñaremos nuestras obras cuando hayamos dominado mejor la técnica.

Y la vida retoma su curso normal en casa de los Gonzalès. La señora Céline Ragut se ocupa de mantener la casa en orden, ayudada por las dos criadas, Anita y Luisita, dos jóvenes de origen campesino que eran las protegidas de la tía Dolores.

—Son de una honestidad y de una fidelidad a toda prueba.

Germaine, una viuda bretona, ayuda en la cocina. Se ocupa de cocinar, salvo el día de la semana en que los Gonzalès reciben a amigos. Entonces la señora Gonzalès se encarga de preparar la cena para conservar esa tradición de prestigio.

Emmanuel sigue desarrollando sus actividades habituales de periodista, novelista y escritor de relatos sin renunciar a su cargo, a veces exigente, de presidente de la Société des gens de lettres, lo que se ha convertido para él en un motivo de orgullo muy español. El sentido del honor en todo su esplendor: tiene como misión defender los derechos morales y económicos de los autores franceses, de ayudar a los que no tienen recursos y de guiar a los jóvenes escritores que a veces acuden a él para pedirle consejo.

Está feliz de haberles dado a sus hijas la posibilidad de quedarse en casa. Mientras él escribe en su despacho, Eva y Jeanne trabajan juntas en el estudio.

Alfred Stevens, un pintor de origen belga que frecuenta desde hace algunos años a la familia Gonzalès, se ha ganado la confianza de Eva. Este amigo, dice ella con una sonrisa, tiene «el alma de un verdadero lord inglés».

Una noche, después de cenar, mientras los invitados se reúnen en el salón de las damas y los señores se dirigen hacia la sala de fumar, Emmanuel Gonzalès observa con sorpresa que Jeanne y Eva llevan a Stevens a su cuarto secreto: el estudio. Este hecho es excepcional.

Los invitados comienzan a retirarse y la puerta del estudio continúa cerrada. Cuando,

por fin, las dos hermanas reaparecen con Stevens, que acepta fumar un último habano en compañía de su anfitrión, Emmanuel Gonzalès pregunta con impaciencia:

—¿Y? ¿Ha visto algo? ¿Le han mostrado las niñas sus cuadros? ¿Qué piensa de ellos?

A la fogosidad del español, el valón contrapone, por principio, la calma que tiene a bien mantener en cualquier ocasión:

—Jeanne está haciendo progresos gracias a los consejos de su hermana. En cuanto a Eva... Creo que puede sentirse usted orgulloso. Su hija mayor es una verdadera artista. Todavía hay cierto titubeo, ciertos puntos que matizar, pero su lienzo *El té* podría presentarse este año al Salón.

—¿A ese punto?

—¿No lo ha visto usted todavía?

—Ya sabe... el orgullo de Eva es legendario. Ella ha solicitado su opinión como experto. ¿Cómo es? Estoy demasiado impaciente para esperar.

—Yo diría que se trata de una escena íntima. Jeanne, vestida completamente de negro, está sentada en un sillón tomando té. La taza, el plato y la tetera están colocados en un pequeño velador, justo al lado de la chimenea. Jeanne está de perfil. Con la mano derecha, y aire pensativo, sostiene una taza minúscula. La mano izquierda descansa sobre su rodilla. Lo que me maravilla es la simplicidad, la sobriedad de este cuadro. Sólo se ve la columna de la chimenea sobre cuya repisa, contra un espejo, descansan un plato y un vaso que contiene unas flores. El fondo, compuesto por la pared, es neutro. De hecho, el motivo central del cuadro no es otra cosa que el cabello negro y el vestido tan oscuro como el pelo. La silueta esbelta de su hija menor, con su falda amplísima, ocupa todo el espacio. Si Eva no lo hubiera titulado *El té*, yo habría llamado al cuadro ¡*Estudio en negro*! Me he permitido la libertad de decirle a Eva que me gustaría enseñarle sus obras a mi amigo Édouard Manet.

—¿Y qué ha respondido?

—Usted conoce tan bien como yo el prestigio de Manet. Aunque es rechazado cada año o casi todos los años por los viejos pintores académicos del Salón, todos los jóvenes artistas lo admiran. Su estudio es un círculo muypreciado. Acuden a él Zola, Baudelaire, Offenbach, Nadar...

—Lo sé. Esas reuniones acaban a menudo en el café Guerbois, donde los artistas se divierten en compañía de mujeres casquivanas cuya turbia reputación es la comidilla de todo París...

—¿Me reprocha usted que quiera presentar a Eva a un maestro que admira?

—Yo no le reprocho nada, pero habría preferido que me lo hubiera comentado antes de decirle nada a mi hija. En este momento me figuro que Eva estará en las nubes.

—No, no tanto. Édouard también es muy conocido por su integridad. Si, por

casualidad, él no encontrara el cuadro de su hija digno de ser trasladado, se lo diría sin diplomacia. Aun así, Eva me ha dicho que le gustaría pensarlo antes de que yo hable con mi amigo.

—Sabia decisión.

Al día siguiente de esta conversación, Consuelo María de los Dolores viaja a París para ver a un especialista, ya que sus crisis reumáticas están empeorando con la edad y con la llegada del invierno.

Después de desayunar, mientras Eva y Jeanne pasean por el Bois en biciclo de pedales giratorios —la nueva moda que se ha instalado entre los parisinos—, Emmanuel y su mujer aprovecharán la presencia de la tía Dolores para charlar acerca de la situación que les preocupa.

La señora Gonzalès rechazaba con una energía que no era habitual en ella cualquier idea de encuentro entre su hija y el autor de *Olympia*.

—Un pintor que expone delante de todo el mundo el cuerpo de su amante, Victorine Meurend... ¡Un hombre casado, además!

—Vamos, Céline... ¡si te encantó *La música en las Tullerías*! Dolores... ¿tú qué opinas?

Consuelo María de los Dolores, bien recostada en el sillón más cómodo del salón, que se usaba para recibir a los amigos más allegados, escuchaba la discusión con los brazos recostados sobre su prominente vientre y los ojos entreabiertos, su manera de concentrarse.

—Le tengo una gran simpatía a Manet. Al principio de su carrera, toda su inspiración la sacaba de España... Copiaba con fervor y talento a nuestro Velázquez... Su *Bebedor de absenta* se lo debe todo a él. En cuanto a *Almuerzo sobre la hierba*... ¡sabéis tan bien como yo que ese cuadro es un claro heredero de *Concierto campestre* de Giorgione, pintado hacia el siglo dieciséis! Claro, el italiano, más prudente, mostraba a dos señores en pleno intercambio filosófico, quizás, y a dos damas desnudas que son más bien figuras alegóricas. La audacia de Manet consiste en haber representado justo al lado de los hombres vestidos a una mujer desnuda que nos mira de frente. Hay que tener la odiosa hipocresía de la burguesía francesa para encontrar este cuadro escandaloso. ¡Qué se puede esperar de un país gobernado por un medio idiota que se autoproclama emperador porque todos los franceses sois unos cobardes!

—¡Dolores!

—Sí, Emmanuel... Lo único que hay en este país, que se cree el ombligo del mundo, es una inmensa hipocresía. Os oigo alrededor de la mesa cuando recibís a lo mejor de París... Odiáis al emperador, despreciáis a su buena mujer, esa falsa española que se cree más parisina que Notre-Dame de París. ¡Doña^[*] Eugenia de Montijo! ¡Y su pequeño

Napoleón! ¡No puedo sino lamentar una vez más tu mala elección, Emmanuel! ¡Hacerse francés!

Emmanuel está afligido.

Céline tiene lágrimas en los ojos. Entiende la humillación de su esposo y sabe lo que Emmanuel le debe a su hermana adoptiva. Lo desconoce, pero sospecha de otros secretos, de otras heridas. Por momentos, Dolores no puede evitar la sensación que tiene desde hace mucho tiempo... Esas miradas de amor hacia Emmanuel... Ese odio también, que sale a la superficie de vez en cuando.

—Pero volvamos a ese encuentro. ¿Es aceptable?

La señora Gonzalès juega con la armonía de su voz, que sabe poner al servicio de Schubert, de Schumann, maestros del canto poético. Una voz que calma la furia de Lola.

—Manet ama España. Así que debe de gustarle nuestra comida. Le prepararé mi mejor paella. Eva podrá enseñarle su obra. Parece que Manet es muy severo. Si emite un juicio negativo, estoy segura de que Evita mantendrá la compostura delante de él y luego se desmoronará tras la partida del maestro. Me la llevaré conmigo y le curaré su herida espiritual. Si el maestro da su aprobación, será como recibir un premio en el Salón de París, que, no obstante, permanece cerrado a los cuadros de Manet.

—¡Y descorcharemos una botella de champán francés, Dolores!

—¡Si insistes, Emmanuel! ¡Sólo si insistes!

Mientras esta escena tenía lugar en el salón privado de la familia Gonzalès, Eva y Jeanne pedaleaban todavía sobre sus bicicletas en el bosque de Boulogne, un antiguo bosque real cedido por el emperador a la ciudad de París en 1852.

Las hermanas Gonzalès bajan de sus bicis y caminan hacia un haya purpúrea. El árbol es famoso, ningún otro en París tiene un ramaje tan vasto. Aquí pueden proseguir con su diálogo íntimo.

—Jeanne...

—¿Eva?

—Quiero saberlo todo de Manet antes de conocerlo.

—Alfred podrá informarte. Lo conoce desde hace mucho tiempo, ¿no?

—Sí, pero Alfred es demasiado pudoroso, demasiado educado. Me dará informaciones precisas, pero a mí me gustaría conocer su vida personal también. Parece que tiene un montón de amantes...

—¡Alfred no te lo dirá!

—La señora Boudin, la madre del pintor, adora los chismes. A ella le caes bien, ¿no?

—¿Quieres que haga de espía?

—Quiero que te hagas la inocente delante de la madre Boudin. Es un papel que te va

muy bien, con tus grandes ojos almendrados. Bastará con decir: «Eva tiene que conocer a Manet. Nuestros padres están un poco preocupados. Al parecer...». Este «al parecer» será una especie de anzuelo. Mamá Boudin desembuchará todo lo que sabe sobre la vida privada del pintor.

—Queda poco tiempo. Manet y Stevens vienen a cenar a casa el lunes que viene, ¿no?

—Sí, el lunes que viene. ¡Hay que darse prisa, cielo!

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

LA FAMILIA MANET

ALFRED STEVENS, nacido en Bruselas en 1923, era uno de los miembros más mayores del grupo de artistas que frecuentaba el estudio de Édouard Manet.

Eva Gonzalès no erraba el tiro: sabía que Stevens podría darle, de manera directa y animada, todas las informaciones que necesitaba antes de conocer a ese hombre complejo, a ese pintor enigmático de nombre Manet.

El azar parecía acudir en ayuda de su proyecto. Una tormenta había provocado serios desperfectos en la casa de Mónaco, el refugio de la familia Gonzalès.

—Acabo de recibir una larga carta de nuestros vecinos, la pareja Ménard... Ellos también han sufrido la furia desatada por la lluvia y el viento... El jardín está devastado... El sótano inundado... Una pared venida abajo...

Emmanuel y su mujer decidieron abandonar París para comprobar cuán grave había sido la catástrofe y calcular el dinero que habría que desembolsar para encontrarle un remedio al desastre.

—Lo siento por papá... A él le gusta tanto la propiedad de Mónaco... pero la casa de París es para nosotras, Jeanne. ¡Podremos recibir a Alfred con todos los honores!

Las dos hermanas se pasarán horas preparando minuciosamente un menú para la cena dedicada a Stevens.

Conocen las costumbres de buena ama de casa que le han valido su reputación a Céline Ragut.

—Sólo tenemos que buscar el cuaderno de mamá donde desde hace años deja por escrito la elaboración de todos sus menús. Todo está ahí. Incluso el nombre de cada invitado. ¡Preparemos platos que Stevens no conozca! No hay que descuidar el efecto sorpresa.

Sentadas alrededor de la mesa de la cocina, con el grueso cuaderno en el centro, las dos hermanas leen en voz alta. Tienen mucho donde escoger.

—¿Cómo hace mamá para combinar este centenar de menús?

—La tía Dolores la ha ayudado mucho. Y también *doña* [\[*\]](#) Eulalia, la cocinera de nuestra infancia. El trío infernal de las amas de casa diabólicas... ¿Has visto qué retahíla? ¡Platos, platos y más platos!

Jeanne es víctima de una de esas risotadas suyas que terminan a menudo en un ataque de tos.

—¡Jeanne! ¡Te vas a destrozar las cuerdas vocales de tanto reír!

—¡Y qué quieres que haga! ¿Has visto eso? ¿Ese menú?

Las dos hermanas siguen punto por punto la comida que la pareja sirvió para celebrar la elección de Emmanuel Gonzalès como presidente de la Société des gens de lettres.

Sopa

Tapioca a la Gonzalès

ENTRANTES

Mortadela boloñesa

Salchichón de Lyon

Mantequilla de Isigny

Ostras marinadas

Timbal de bogavante

Marinado a la Jourde

PLATOS PRINCIPALES

Filete con aceitunas de Mónaco

Molleja de ternera con salsa de acedera

Asado

Pavo trufado Talleyrand

Ensalada

Achicoria del doctor

POSTRES

Helado Yeddade Yokokama

Brioche muselina

Surtidos

VINOS

Oporto y Madeira

Bourgogne Nuits 1866

Champán marca de oro

Café y licores de monjes variados

Alfred Stevens mira sonriendo a las hermanas Gonzalès:

—Palabra de valón, es una de las mejores cenas de mi vida... si no la mejor.

Eva y Jeanne llevan al pintor al «salón íntimo», que refleja tan bien el gusto de su madre, Céline Ragut.

Un cómodo sofá, una mesa baja de cristal con estructura de hierro forjado, dos sillones almohadillados tan agradables y que se adaptan tan bien al cuerpo que las dos hermanas los llaman «cunas», y una chimenea que dispensa en pleno invierno una temperatura de verano. Sobre la chimenea reposa un gran espejo inclinado que capta mejor los reflejos de las largas velas agrupadas, formando así un ramo luminoso. Las hermanas prefieren lámparas de gas a los cirios, ya que éstos les recuerdan a una iglesia.

Alfred Stevens ocupa el sofá. Sólo tiene que inclinarse un poco para coger, por turnos, la taza de café, la gran copa transparente en cuyo fondo brilla el coñac o su puro colocado sobre el cenicero que está al lado de una gran caja de cerillas.

Eva adopta una pose distendida y sonríe al mismo tiempo. Jeanne está sentada sobre un puf marroquí, regalo del pintor Corot a la familia Gonzalès. Apoya la espalda contra las piernas de su hermana.

Las dos mujeres, después de un largo debate, han decidido vestirse de azul: Eva de azul oscuro y Jeanne de azul claro. En aquel momento todavía estaban de moda aquellos vestidos amplios de miriñaque que, según Edgar Degas, «hacían parecer a la mujer más ancha que alta... Como una bombonera».

Ambas hermanas, con las mejillas sonrosadas y los ojos chispeantes, ya que, para acompañar al «querido artista», han mezclado vino y champán, se sienten en plena posesión de sus respectivos encantos. Incluso el discreto Alfred Stevens no puede evitar posar detenidamente la mirada de sus ojos grises en sus anfitrionas, como si tratara de grabar para siempre en su memoria esa imagen vibrante de sensualidad.

—Querido Alfred...

—Querida Eva...

—Háblenos de Manet.

—¿Cómo?

—Usted lo sabe todo de él. Y yo, yo no quiero encontrarme dentro de poco con ese señor sin tener la menor idea de... ¿Qué tipo de hombre es? Me gustaría tener un retrato de la persona antes de conocer al artista. ¿Usted conoce a sus padres, Alfred?

—Claro. Por supuesto... ¡Ah, la familia Manet!

Alfred Stevens hace girar la copa de coñac entre sus largos dedos y se queda mirando el líquido ámbar para concentrarse mejor.

—Auguste Manet, el padre de Édouard... ¡menudo personaje más extravagante! Desciende de una familia de hombres de ley. ¡Todos abogados! Auguste formó parte del gabinete del ministro de Justicia y después se labró una larga carrera como magistrado. ¿El lado amable del personaje? Su pasión por las ideas republicanas. Varias veces se manifestó en contra de la Monarquía de Julio y se opuso con firmeza a Carlos Luis Napoleón Bonaparte cuando éste fue elegido diputado de la Asamblea Constituyente, en

abril de 1848. «Desconfío de ese Napoleón por instinto», repetía a menudo Auguste Manet. La realidad ha demostrado que tenía razón. ¿Su lado menos agradable? Su rigidez. Tenía una especie de puritanismo que desvelaba su lado burgués. Recuerdo que... La familia Manet tenía una preciosa casa en Gennevilliers, muy cerca del Sena. Pasaban en ella las vacaciones de verano... A mí me invitaron algunas veces... Cuando tenía treinta y cinco años fui con mi joven amigo Édouard, que tenía veinte... A menudo salíamos juntos por la noche. ¡Édouard estaba pletórico de alegría porque su padre le había prohibido salir solo después de que oscureciera! Su vuelta a casa, el toque de queda como yo lo llamaba, era siempre a las once. ¡Ni un minuto más!

—¿Y su madre?

—Ella procedía de un medio totalmente diferente. El padre de Eugénie Fournier era un hombre de negocios al que le interesaba la diplomacia y la política. Gracias a él y a su red de amigos, el mariscal Bernadotte fue elegido rey de Suecia. Para mostrar su gratitud, el mariscal le regaló a su joven esposa un reloj de péndulo magnífico. Como ven, queridas señoritas, la madre era lo opuesto al padre. Adoraba la música, la danza, las cenas que se prolongaban hasta tarde... Y, muy frecuentemente, Eugénie animaba la velada cantando extractos de alguna opereta de moda.

Alfred Stevens habla con voz dulce, sin poder dominar, como a él le habría gustado, su acento belga, del que muchas veces se burla Edgar Degas.

Jeanne Gonzalès se levanta para servir más coñac en la copa que Stevens conserva todavía entre las manos.

—Los recuerdos lejanos forman poco a poco una preciosa historia. Nos está introduciendo en un mundo misterioso que desconocemos... Un gran pintor revolucionario acusado de obscenidad... Nos lo describe como a un hijo obediente, respetuoso con las reglas impuestas por su padre.

—No siempre. Édouard también tuvo sus arrebatos... Sus insurrecciones...

—¿Cuándo nació, Alfred?

Stevens agita durante un instante el coñac en el interior de su esfera de cristal.

Bebe un trago.

Después, retoma el relato.

—Auguste Manet y Eugénie Fournier son padres de tres niños: Édouard, que nació el 23 de enero de 1832, Eugène, nacido en 1834, y Gustave, que nació en 1835. Se podría decir... todo es posible tratándose de un hombre como Auguste Manet, que Édouard apenas había nacido cuando su padre, inclinado sobre su cuna, ya le decía: «¡Tú serás un hombre de ley, hijo mío!».

»Así que la cuestión ya estaba arreglada desde su nacimiento. Y como para entrar un día en la facultad de derecho debía recibir una educación sólida, el hijo mayor fue

inscrito en el colegio Rollin a la edad de doce años.

»Édouard ya daba muestras de talento para la pintura. Su tío materno, el coronel Fournier, un amante del arte ilustrado, aconsejó a su sobrino que tomara clases de dibujo. Se dice que Auguste Manet nunca le perdonó a su cuñado esta iniciativa.

»La tormenta estalló cuando, a los dieciséis años, Édouard se enfrentó por primera vez en su vida al muy solemne Auguste Manet.

»“¡No quiero ser abogado! ¡Mi vocación verdadera es la de pintor!”

»Eugénie Fournier le habla a sus amigas de esos momentos tan difíciles en los que padre e hijo no paran de discutir.

»“¡Serás abogado! ¡Como tu padre, como tu abuelo y como tu bisabuelo!”

»“¡No, papá!”

»Finalmente llegaron a un acuerdo. En el año 1848, Édouard abandonó el colegio para preparar su entrada en la Escuela Naval. A ojos de Auguste Manet, la de oficial de marina era una profesión más honrada que la de pintor. El joven suspendió sus exámenes, pero le quedaba la posibilidad de presentarse nuevamente si pasaba seis meses a bordo de un barco de la Marina.

»En diciembre de 1848, salió de Francia rumbo a Brasil a bordo del *Havre et Guadeloupe*.

»A Édouard —continuó Stevens— le encantaba contar historias de Río cuando quedábamos en el café Guerbois. En cuanto se bebía un par de vasos de ron, Brasil renacía de sus cenizas con su inmensa bahía, sus playas de arena fina, sus palmeras y cocoteros... ¡Y los monos! Había adoptado un tití al que había bautizado *Luis Felipe*, ¡como el rey caído! Pero el pobre animal no soportaba las olas... y murió durante el viaje.

»De regreso en Francia en junio de 1849, suspendió nuevamente. Las puertas de la Escuela Naval se cerraron para Édouard. Nuevas noches en vela y largas disputas entre padre e hijo.

»Papá Auguste terminó por ceder. Recordó que tenía amigos en la Escuela de Bellas Artes, que, como ya sabéis, depende del Instituto de Francia. El camino más fácil. Los profesores de la escuela son miembros del Instituto y todos tienen la Legión de Honor, lo que explica el triunfo del arte académico. Charles Blanc, crítico muy respetado, ha definido lo que es, desde su punto de vista, la Gran Pintura: “El estilo es el arte de idealizar lo verdadero, de simplificar los espectáculos de la naturaleza y conferirles dignidad al agruparlos como una fuerte unidad”. Eso es lo que se enseñaba y todavía se enseña hoy en Bellas Artes. Si un alumno con talento seguía los consejos de su maestro, de Charles Gleyre, por ejemplo, podía llegar a obtener el premio de Roma, enviar sus obras al Salón y, gracias al don de Gleyre, conseguir medallas... Y las condecoraciones del Salón hacen vender lienzos. Un pintor que vende y que se hace

famoso en el Salón obtendrá tarde o temprano la Legión de Honor, luego un sillón en el Instituto y después una plaza de profesor en Bellas Artes.

Alfred Stevens, bien acomodado en el sofá, con las piernas cruzadas y sus manos de dedos largos y huesudos que sujetan su rodilla derecha, les narra por turno a cada joven todos los detalles, como si soñara con pintar a esas hermanas que emanan afecto y complicidad.

—Entonces ¿Manet entró en Bellas Artes?

La pregunta de Eva hace desvanecer su sueño despierto.

—No. Manet no habría sido Manet si hubiera entrado en esa escuela consagrada al academicismo. Ése fue el comienzo de un nuevo período de tensión entre padre e hijo. Auguste apostaba por Bellas Artes, pero Édouard insistía en inscribirse en el estudio de Thomas Couture. Este pintor, al que tenemos un poco olvidado, había obtenido un inmenso éxito en el Salón de 1847 con *Los romanos de la decadencia*, un cuadro espectacular que retrata una orgía romana y en el que figuran mujeres desnudas y hombres y mujeres vestidos. Couture, que conocía bien el medio parisino, había tenido la habilidad de ambientar su cuadro en la Antigüedad, una sutil manera de no ofender la sensibilidad del público. Manet me ha hablado con frecuencia de su decepción. Creía que Couture se esforzaría sinceramente en escapar a las convenciones de la época. Pero era todo lo contrario. «Desde mi primer día en el estudio», me dijo, «Couture me dio una estatua antigua para copiar. Y cuando no había de piedra, los modelos de carne y hueso adoptaban las poses de las estatuas clásicas.»

»Édouard estaba furioso. En 1853, aprovechando que acababa de cumplir veintiún años, se marchó a Italia. Recorrió sobre todo dos ciudades imprescindibles: Venecia y Florencia.

»“Vivía en plena orgía de colores”, me confesó a su regreso. “Pasaba de Tiziano a Tintoretto, de Giorgione a Rafael...”

»Copiaba a los grandes maestros para su placer personal, reservándose siempre una parcela de libertad. Después del viaje, le resultó muy difícil retomar la rutina en el estudio de Couture.

»La ruptura no tardó en llegar —continuó Stevens—. ¡Yo diría incluso que ocurrió al más puro estilo de Manet! El alumno había pintado un cuadro inspirado en una joven y bella modelo a la que llamaban “María la pelirroja”. Este lienzo no tenía nada de académico y Couture, conocido por su carácter terrible, terminó por explotar: “¡A este tipo de lienzos se los envía directamente a la basura, señor Manet!”.

»Para sorpresa del maestro, la clase aplaudió al alumno, y el cuadro de Manet fue cubierto de flores, la revolución interna del estudio Couture. Y, sin embargo, un curioso aspecto de su carácter, ¡Édouard seguiría mostrándole sus obras a Thomas Couture

durante años!

»Después de su viaje a Italia, todos los martes y jueves mi amigo instalaba su caballete en el Louvre. Hizo amistad con Fantin-Latour y con el jovencísimo Edgar Degas. Es en el Louvre donde descubre a Velázquez, sus brutales pinceladas, el tratamiento violento del color y los contrastes dramáticos del español. Me acuerdo de nuestras conversaciones, entre 1858 y 1859. Édouard me hablaba a menudo de una idea para un cuadro inspirada en Velázquez. “Un bebedor. Está sentado en un taburete con un vaso de absenta en la mano derecha. Tiene un sombrero de copa de color negro y una capa enrollada al cuerpo. Lleva pantalón ajustado y botines. Hay una botella vacía en el suelo. Voy a pintar un personaje parisino con la simplicidad técnica de Velázquez.”

»Édouard tenía veintisiete años cuando envió este cuadro al Salón de París. Es rechazado a pesar de la opinión favorable de Delacroix. Y lo que es más grave: Thomas Couture se burla de la obra de su ex alumno al decir: “Aquí sólo hay un bebedor de absenta: el pintor que ha creado esta insensatez”.

Alfred Stevens tuvo que interrumpirse en este punto. Eva y Jeanne habían organizado muy bien esa velada; también porque la tía Dolores había enviado recientemente a París, a casa de los Gonzalès, lo que la anciana dama consideraba una «perlita»: Esperanza Lobos, una campesina de dieciséis años de mejillas acaparrosadas, busto generoso, caderas firmes, sonrisa cálida y la energía de un «caballo desbocado», como decía Emmanuel, que tenía conquistada a toda la casa, a los señores y al personal de servicio incluido.

—¡Tú eres la tercera hermana Gonzalès!

Estas palabras de Eva casi la hicieron llorar.

—¿Yo, la tercera hermana?

De modo que Esperanza conoce entonces el secreto de esta velada tan particular, y en un momento dado la joven criada hace su entrada en el salón íntimo llevando una gran bandeja de plata con tres tazas de café y pastas preparadas por el mejor pastelero de la capital, una sugerencia de Jeanne a su hermana mayor para ayudar a «reactivar el interrogatorio».

—Stevens es goloso. Y beberá quizás un poco *too much*. Hará falta un café fuerte para revitalizarlo...

Jeanne no se había equivocado. Eva, viendo que su invitado alababa el café y sobre todo las pastas, se lo agradeció a su hermana con su sonrisa más bella. El interrogatorio podía continuar...

—Alfred... el hecho de haber enviado un primer cuadro al Salón, aunque fuera rechazado... ¿es señal de que el alumno se ha convertido en profesional?

—Totalmente, Eva. Y Édouard es la prueba de ello. Su *Bebedor de absenta* no fue aceptado, pero obtuvo el visto bueno del gran Delacroix.

—¿Y luego? ¿Cómo siguió su carrera antes de los escándalos de *Olympia* y del *Almuerzo sobre la hierba*?

La joven y su hermana tienen que esperar a que Stevens termine de degustar un nuevo pastelito de chocolate, dé un trago de café y se limpie el bigote pelirrojo con la servilleta de mesa de encaje que Esperanza le ha ofrecido con una reverencia de princesa real.

—¡Ah! El comienzo de la tormentosa carrera de Manet... ¡España, mis queridas amigas! ¡Ese lugar que tanto le fascina! Todo comenzó con el triunfo de la compañía de ballet del Teatro Real de Madrid. Confieso que estábamos todos embelesados. Recuerdo... que la imaginación de Édouard se despertó, como si se hubiera quemado por el sol. Y realizó una litografía de la bailarina estrella del Ballet Real, Lola de Valencia, que fue un gran éxito en el medio artístico. Por el contrario, su *Torero muerto*, compuesto en 1864, fue una seria decepción y supuso un nuevo rechazo del Salón... Édouard ya contaba en su haber con algunas obras de gran valor... *La música en las Tullerías*, *Olympia*, *Las carreras en Longchamp*, *Almuerzo sobre la hierba*, por supuesto... Y la soberbia *Ejecución del emperador Maximiliano en México*, que provocó la cólera de Napoleón III. A pesar del rechazo, Manet continúa su camino. Ahora está en plena madurez. Yo tuve la suerte de ver, hace tres días, un retrato que acaba de terminar, el de Émile Zola. Aparece sentado ante su mesa de trabajo con un libro en la mano y muy recto. El pelo, la barba y el capote forman un todo: una mancha negrísima que pone de relieve su frente grande y su rostro... A su espalda, una parte del sillón rebana visualmente un biombo chino cuyos colores claros contrastan con el marrón de la pared. El personaje está justo en el centro. A la derecha hay una mesa cubierta de papeles y algunos objetos. Más arriba, fijados a la pared, hay una stampa japonesa, un grabado sobre *Los bebedores* de Velázquez, *and last but not least*, como diría Shakespeare, una fotografía de *Olympia*, la obra que Zola ha defendido tan vigorosamente. ¿Se acuerdan de su artículo visionario?: «Nuestros padres se rieron de Courbet, y aquí estamos nosotros extasiándonos delante de él. Ahora nosotros nos reímos de Manet y serán nuestros hijos los que quedarán extasiados frente a sus lienzos. El lugar de Manet está en el Louvre». Zola escribió este texto en 1866. Era natural que el pintor le diera las gracias a su amigo novelista con este retrato admirable.

—¿Y *El pífano*?

—Otro cuadro encantador, rechazado también por el Salón en 1866. Tiene un estilo demasiado innovador, quizás: ese fondo plano, con el muchacho salido de ninguna parte y esos manchones de color que claman como un grito de libertad. Zola, una vez más, acude al rescate de su amigo: «No creo que sea posible obtener un efecto tan poderoso con medios tan sencillos». Una vergüenza para el jurado del Salón.

Alfred Stevens se inclina sobre la gran bandeja para coger otra pasta.

—¿Es verdad que el joven modelo... el pífano... es hijo de Manet?

Jeanne, que permanece sentada en el sillón, indolente, y con los ojos entreabiertos como a punto de dormirse, deja oír su voz clara y su dicción impecable. ¿Acaso no ha soñado, al principio de su adolescencia, con una carrera en la Comedia Francesa?

Stevens levanta el brazo hacia el cielo con un gesto teatral que sorprende a las dos hermanas.

—¡Ah, París y sus chismes! Sé, querida amiga, que no es culpa suya. Usted repite lo que ha oído. Léon, el modelo en cuestión, es el ahijado de Édouard. ¡Eso es todo!

—Le ruego que me disculpe, Alfred. Entiendo que usted tenga que defender la reputación de su amigo... Sin embargo... si Manet se niega a reconocer la paternidad de Léon, debe de tener sus buenas razones, ¿no?

Eva pronuncia estas palabras con voz aterciopelada y tono preciso, sus armas secretas a la hora de imponer sus puntos de vista.

Alfred se toma tiempo para buscar un puro de la caja que siempre lleva en el bolsillo grande interior de su chaqueta.

—Resulta que conozco el punto de partida de este... malentendido. Ésta es la auténtica historia. Eugénie Fournier, la madre de Édouard, a la que le encantaba la música, le pidió a una joven pianista holandesa, Suzanne Leenhoff, que les diera clases de piano a sus hijos Gustave y Eugène. La muchacha se mudó a casa de los Manet en compañía de su madre. Nosotros, los amigos, sabíamos que él se sentía muy atraído por esa joven flor de Holanda de cuerpo relleno y piel fina, casi transparente. El padre de Édouard vivía todavía... ya he hecho alusión al carácter intransigente del anciano magistrado. Édouard terminó por irse a vivir con Suzanne y su madre a un apartamento. Madre e hija abandonaron con total discreción la casa Manet. Eso fue en 1851. Luego...

Stevens hace una larga pausa para encender nuevamente su puro apagado y para buscar el pañuelo que había metido en uno de sus numerosos bolsillos...

Eva y Jeanne, inclinadas, con la mirada brillante de espera y excitación, se beben literalmente las palabras del pintor.

—Un enemigo de Auguste Manet envió a algunos amigos de Édouard, entre ellos a mí, una copia de la partida de nacimiento, en la que se estipulaba que el 29 de enero de 1852 había nacido, en París, un niño de nombre Léon Édouard Koëlla. Una carta acompañaba la copia del registro, un mensaje infame que denunciaba, y cito, «la hipocresía del pintor Manet, que hizo pasar al niño como el hijo de la madre de su amante, Suzanne Leenhoff». El autor de la carta anónima, un buitres despreciable, desafiaba a los amigos de Manet. «Ahí lo tienen, señores...» Y vuelvo al tal Koëlla. ¡Decían que ese hombre no existía! Édouard, que también había recibido una copia, nos reunió en Guerbois a

Fantin-Latour, Degas, Auguste Renoir, Claude Monet, Zola, por supuesto, Nadar... Yo también estaba allí. Nunca había visto a Édouard en ese estado... No exagero, la voz casi inaudible... «Os lo suplico», no paraba de repetir. «Os lo suplico... No creáis esa horrible mentira. La señora Leenhoff, la madre de Suzanne, es una viuda libre de toda atadura. Pero ¡ella pudo haber tenido como cualquier otra persona... como todos nosotros, amigos míos, un momento de debilidad! Koëlla existe. Está en la marina mercante holandesa. Durante una escala en París, antes de continuar con su vuelta al mundo, sí, nació un niño. Ésa es la verdad. Por respeto a la madre de Suzanne, yo adopté al bebé como padrino.» Esa noche, todos prometimos no comentar nunca lo que acababa de decirnos. Yo he quebrantado mi juramento porque tengo una confianza ciega en su discreción...

»Después, en octubre de 1863, Édouard se marchó de París por unos días. Había preferido casarse con Suzanne en Holanda. Aun así, nosotros le preparamos un banquete. El joven Léon, de once años, estaba presente. Édouard siempre ha sido considerado el padrino, no el padre de Léon. Espero que esos cotilleos parisinos no les den una falsa impresión de mi amigo. Édouard Manet es un caballero en el sentido más estricto de la palabra. Ya lo juzgarán ustedes mismas cuando lo conozcan.

Stevens comienza a recoger sus objetos personales, que había colocado a su llegada sobre la mesa de fumar: el estuche de piel de cocodrilo donde guarda sus puros, la caja de las cerillas largas, el cuaderno para borradores que siempre lleva consigo, sus lápices...

Después de una comida tan deliciosa y de tantas libaciones, el cansancio le sobreviene de golpe a este hombre de cincuenta y dos años y de salud tan frágil.

—Hay algo que nos llama la atención a Jeanne y a mí, Alfred...

—¿El qué?

—La delicadeza... La ternura que alberga el maravilloso *Pífano*... Pero también la cantidad de dibujos que se inspiran en ese niño... Como, por ejemplo, un lienzo de 1868, *El almuerzo en el estudio*... Léon Koëlla, hoy un joven adulto, es el centro de esa composición admirable. A mí me parece que es como un tríptico... La ventana, la maceta grande con la planta verde, el sable y el casco... Un conjunto de objetos incongruentes... Y luego la criada, su cara llena de... ¿tristeza?, ¿humildad? El joven en el centro, con su extraño sombrerito de paja sobre la cabeza, y sus ojos que se parecen como dos gotas de agua a los de Manet en la foto que le hizo su amigo Nadar. Luego, en el lado derecho del cuadro, a la izquierda de Léon, está la tercera parte del tríptico: el cuadro de formas imprecisas, colgado en la pared, y ese barbudo con sombrero de copa que sostiene un puro con su mano larga y ancha. Y la mesa... ¡Dios mío! ¡Un rincón de naturaleza muerta! La tetera, la botella de vino tapada, el vaso medio lleno, la ostra que se ha caído de la bandeja y está cerca de un limón pelado. El cuchillo. El mantel blanco... Todos esos

elementos tienen como objetivo poner de relieve al personaje central. Ese cuadro, querido Alfred... Disculpe que no pueda contener el fuego de mi temperamento español... Para mí, ¡*El almuerzo* de Manet es un sublime acto de amor hacia su hijo!

Alfred Stevens está de pie, imponente con su gran altura y ese aire sereno y discreto que a algunos les recuerda al comportamiento gélido de los ingleses. Y entonces abre los brazos para decirles a las hermanas, que todavía están sentadas:

—La interpretación de esa obra le pertenece a usted enteramente, mi querida Eva. Creo, en cualquier caso, que ya está lista para conocer a Édouard, de igual a igual. Su pasión española se corresponde con las palabras de Baudelaire: «Varios cuadros de Manet hacen creer que el genio español se ha refugiado en Francia».

Esa noche, después de que Alfred Stevens se haya marchado, Eva entra descalza en la habitación de su hermana y se acuesta en su cama.

—Hemos escuchado la versión expurgada de Stevens... Tú has pasado la tarde en casa de la señora Boudin... ¿Qué te ha contado la lengua de víbora más venenosa de París?

—En su opinión, no existe asomo de duda de que Léon Édouard Koëlla es hijo de Manet.

—Pero, desde el momento en que se casa con Leenhoff, ¿por qué no reconocerlo?

—La señora Boudin entiende las razones de Manet. Tendría que haber anunciado públicamente que había tenido relaciones con la joven pianista, con la profesora de sus hermanos pequeños... En su casa. En casa. Bajo el techo de una familia honorable. Los Manet pertenecen a la clase liberal y republicana que, al mismo tiempo, es profundamente burguesa.

—¿Así que los grandes artistas revolucionarios también son hipócritas?

—Por lo visto...

Esperanza acababa de realizar su coreografía habitual de pasar de una habitación a otra recogiendo la ropa y las joyas de las hermanas. La españolita tampoco se olvidaba nunca del ritual nocturno: llevar una taza de camomila a Eva, que se quejaba de dormir mal, y un vaso de leche caliente con canela a Jeanne.

Con la espalda bien apoyada contra la almohada, las dos hermanas proseguían su conversación en voz baja, una costumbre de la infancia, un juego: «Nos contamos nuestros secretos».

—Manet ha sido tan copiosamente insultado por una parte de la prensa y por la corte imperial que ahora procura mostrarse intachable en su vida privada, ser un buen esposo, un padrino solícito para el joven Léon, con una residencia señorial y tranquila...

—¿Y sus amantes?

—Ah, las modelos... Parece que...

Eva aguarda con paciencia la continuación. Sabe del gusto de su hermana pequeña por mantener el suspense cada vez que cuenta una historia, lo hace incluso hasta con el asunto más anodino.

—En este momento parece que a Manet lo tiene seducido una belleza morena. Es Degas quien lo cuenta.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es?

Eva, como es su costumbre, se hace la indiferente para romper un poco el melodramatismo de su hermana.

—Una joven pintora, Berthe Morisot. Se dice que tiene mucho talento. El último cuadro de Manet se llama *El balcón*... De hecho, se trata de un palco de teatro. En él aparecen cuatro personajes: la Morisot; Fanny Claus, una música; Antoine Guillemet, el pintor, y el joven Léon, de pie, y un poco en la sombra.

—¡Vaya! Pobre criatura. Una sombra en la vida, una sombra en el fondo de un lienzo... ¿Y aparte de eso? ¿Cree Edgar que es una gran obra?

—Sí, claro. Pero... También debe de estar prendado de la Morisot. Ha descrito con detalle sus espléndidos cabellos negros, los rasgos armónicos de su rostro, la sensualidad de su boca y sobre todo... una mirada mágica que atrapa los ojos del espectador y lo hipnotiza. Se parece, según él, a una maja española.

—Por principio me creo sólo la mitad de lo que dice nuestro Degas, que siempre se va a los extremos. Con él todo es u horrible o magnífico.

Jeanne bosteza y se estira deslizándose bajo las sábanas. Eva capta el mensaje y se levanta para volver a su habitación.

—Hay otra coincidencia curiosa, Eva.

—¿Otra?

—Sí. Berthe Morisot tiene una hermana pequeña, Edma, que también es pintora. ¿No lo encuentras un poco... raro? Dos hermanas. Dos pintoras.

—Nosotras somos únicas, Jeanne. Manet sabrá distinguir entre lo verdadero, nosotras, las hermanas Gonzalès, y lo falso, las hermanas Morisot. Que duermas bien, Juanita.

—¡Tú también, Evita!

Al día siguiente...

La casa de la familia Gonzalès, en la plaza Bréda, ha comenzado a dar señales de actividad desde el alba. Esa noche, el pintor Édouard Manet va allí a cenar en compañía de su amigo Alfred Stevens.

Consuelo María de los Dolores llegó tres días antes a la capital francesa con un baúl lleno de botellas de vino de sus viñedos y de quesos de la Mancha, que considera más sanos y sabrosos que los quesos franceses...

—Estos camemberts, que hay que comérselos bien a punto, o sea, casi rancios...

La tía Dolores insiste también en las cualidades de ciertos condimentos cuyas mejores variedades sólo se encuentran en España.

—Es muy sencillo. Sobre una tabla de cocina se ponen a un lado aceitunas, cebollas, tomates, pimientos, un montón de ingredientes simples cultivados en tierra española. Y al otro lado se ponen los mismos ingredientes recolectados en Francia. Hay una diferencia de gusto que nadie puede negar. ¡Y no exagero! Francia brilla en otros aspectos. En moda, por supuesto. París es la ciudad de la elegancia. Todos somos de la misma opinión. Pero ¡nuestras cebollas, nuestros pimientos, nuestras aceitunas y nuestro aceite son mejores que sus equivalentes franceses! Con una excepción: la mostaza. No hay ninguna que se le compare a la de Dijon.

Céline Ragut se sintió obligada a levantarse antes de que cantara el gallo para ayudar a Dolores, pero en vano. Monumental y autoritaria, la tía Dolores ocupaba todo el espacio, daba órdenes, pelaba las langostas con las mangas remangadas y supervisaba cada detalle con sus ojos de lince, como ella decía.

Emmanuel Gonzalès había dormido muy mal. El largo monólogo de su mujer todavía le daba vueltas en la cabeza, un verdadero círculo vicioso. ¿De qué se trataba todo aquello en el fondo? Un pintor conocido iría a cenar y luego miraría los cuadros de Eva.

—Tengo un presentimiento —le repitió Céline Ragut durante una parte de la noche—. Un mal presentimiento.

Ya un poco crispado por los tormentos de su mujer, Emmanuel, «el santo paciente», como lo llama a veces su hija Eva, termina, a su pesar, por explotar.

—¡No hagas de una cosa tan simple un asunto de Estado, Céline!

—¿Me tomas por loca?

—No. Te recuerdo solamente que las intuiciones, las visiones, las premoniciones son buenas para la literatura, pero en la vida real es diferente. Los presentimientos sólo sirven para quitar el sueño, producir enojo y hacer palpar el corazón a un ritmo inconveniente.

Y entonces, muerto de cansancio y con el estómago revuelto, Emmanuel se levanta. Desde la cocina se oyen chillidos, los criados corren de un lado a otro de la casa. Lo mejor es encerrarse en el estudio y seguir escribiendo la novela que acaba de comenzar.

Al atravesar el pasillo, Emmanuel Gonzalès ve abierta la puerta de la habitación de Eva y todas las lámparas de aceite encendidas. La campesinita, Esperanza, está dejando vestidos, zapatos, medias y hasta ropa interior por todas partes... «Eva está preparando un gran número», piensa su padre, y toma nota de ello mentalmente. Un tema para una *nouvelle*.

Ese mismo día, en casa de los Gonzalès, el ambiente a mediodía es totalmente diferente. La tía Dolores ha decidido, después del desayuno, que todo el mundo tiene que dormir la siesta.

—La mañana ha sido dura. La cena, gracias a la ayuda de todas vosotras, queridas mías, será perfecta. Nos merecemos un descanso antes de tomar un baño. Después tendremos el tiempo justo para vestirnos con esmero y rendirle así homenaje al gran artista que recibiremos esta noche.

Tendida sobre la cama y todavía un poco dormida, Jeanne saca del cajón de su mesilla uno de los numerosos cuadernos que le compró a un vendedor ambulante muy cerca del Teatro del Odeón. La cubierta, negra, es de cartón grueso. Las hojas son de color «mármol», así es como ella describe el color tan particular de ese papel.

—Me inspira para dibujar —le respondió al señor Planchard, su vendedor habitual, cuando él le indicó que ella era su mejor cliente.

—¿Le preparo su docena?

Sí, Jeanne compra cuadernos por docenas. Cuando surge la inspiración o empieza a aburrirse, la joven es capaz de dibujar página tras página y rellenar un cuaderno entero en menos de una hora.

En vista de esta nueva aventura, la del encuentro entre Eva y Manet, Jeanne ha decidido comenzar no un diario íntimo, sino una especie de bloc de notas para conservar el recuerdo de ese momento tan particular de su vida.

Sentada contra la cabecera de la cama, y el cuaderno apoyado sobre la almohada que ha colocado encima de sus rodillas, Jeanne dibuja la cara de Manet inmortalizada por Nadar, una foto publicada por *Le Siècle* para ilustrar un artículo elogioso de Émile Zola. Hace tres años Eva le dio un consejo:

—¿Quieres hacer un ejercicio perfecto? Dibuja una naturaleza muerta, un objeto, una cabeza de la que te acuerdes. Ve siempre a lo esencial, deja de lado lo superfluo.

Una vez que el croquis está terminado, Jeanne lee el texto de Zola que había guardado entre las hojas de su cuaderno.

Édouard Manet es de estatura media, más bien bajo que alto. El pelo y la barba son de color castaño claro; los ojos, pequeños y hundidos, tienen una vivacidad y un brillo juveniles; la boca es muy personal, delgada, en continuo movimiento, y sus comisuras forman un gesto burlón. El rostro entero, de una irregularidad fina e inteligente, revela tacto y audacia, desprecio por la estupidez y la trivialidad. Y si descendemos del rostro a la persona, encontramos en Édouard Manet a un hombre de una amabilidad y una educación exquisitas, de maneras distinguidas y aspecto simpático.

No me queda más remedio que insistir en estos pormenores infinitamente pequeños. Los

farsantes actuales, los que se ganan el pan haciendo reír al público, han hecho de Édouard Manet una especie de bohemio, de pícaro, de ridículo espantajo. Y el público ha aceptado, como verdades, las burlas y las caricaturas. La verdad se ajusta mal con esos títeres de fantasía creados por humoristas a sueldo, y es bueno mostrar al hombre real.

El artista me confesó que adoraba el mundo y que gozaba de la secreta voluptuosidad de las delicadezas perfumadas y luminosas de las veladas nocturnas. Sin duda se ve arrastrado a ellas por su amor por los colores fuertes y vivos; pero en el fondo de él hay también una necesidad innata de distinción y de elegancia que me precio de encontrar en sus obras.

Jeanne decide no enseñarle su cuaderno a Eva. Y experimenta, para su sorpresa, una nueva sensación, una manera diferente de entender la realidad y de comprender los acontecimientos que atañen a su familia.

* En castellano en el original.

PRIMER CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

UNA EXTRAÑA CENA. Curiosa familia la mía. Creía conocer a cada miembro del pequeño clan Gonzalès-Ragut, y sin embargo...

A veces descubro un rasgo de carácter diferente, una reacción que me sorprende, un comportamiento que me deja perpleja.

Pongo en orden mis ideas.

En la mañana de ese martes de enero de 1869, un mensajero llegó a casa con un gran ramo de rosas: rojas, rosas, blancas y amarillas, y una tarjeta muy elegante que decía:

Para la señora y las señoritas Gonzalès.

Para Consuelo María de los Dolores,

viuda de don Felipe Vidal de Buenaventura

Édouard Manet

Gran emoción en las damas.

—¿Y eso? Entiendo las flores para vosotras, Céline, Eva, Jeanne... pero ¿para mí? ¿Cómo sabe que existo? ¡Ni siquiera vivo en París!

—Manet se ha informado a través de Stevens, tía Dolores. ¡Alfred ha debido de confiarle a su amigo que la tía madrileña va a preparar la mejor paella del mundo esta noche!

—¿Sabéis qué? Empiezo a pensar que a este pintor tan criticado no le falta clase.

La tía Dolores tiene razón. Manet no se ha limitado a agradecerles anticipadamente la cena a las mujeres de la familia. También le ha llevado a nuestro padre una litografía realizada en 1862 que representa a la bailarina española Lola de Valencia. Esta litografía colmó de gozo a nuestro padre. Modesto, el pintor murmuró con un tono caluroso:

—Un homenaje muy humilde, señor Gonzalès. Soy yo quien tiene qué agradecerle. Usted me ha ayudado mucho con sus artículos sobre toreros y el arte de la corrida.

Y para demostrar que no se trataba de una simple cortesía, Manet le recuerda a nuestro padre algunos de sus comentarios sobre la temporada de corridas en España a finales de la década de 1850 y principios de la de 1860.

Mi madre decidió la disposición de los comensales en la mesa...

Papá, como jefe de familia y presidente de la Société des gens de lettres, ocupa la «presidencia», el lado izquierdo de la larga mesa, y Manet la otra «presidencia», en el

extremo opuesto de la mesa.

El pintor tenía a nuestra madre a su derecha y a Eva a su izquierda. Yo me senté a la derecha de papá y Stevens a su izquierda. En el medio, la tía Dolores. Enfrente de Dolores, la dueña, *doña* [*] Carmen, la dama de compañía y fiel amiga de nuestra tía. Son las dos personas más opuestas del planeta. Dolores es obesa; Carmen, un palo. Dolores se viste con colores llamativos, rojo, preferentemente. Y lleva sin discreción su colección de joyas, obsequio de su difunto marido: collares, pendientes, pulseras, anillos... Oro, diamantes, plata maciza, rubíes...

—Un día conseguirás que te liquiden los bandidos, Dolores. Llevas un tesoro permanentemente encima.

—Eso nunca, Emmanuel. Estoy protegida por doña Carmen. Ella conoce todos los maleficios para mantener a raya a bandidos y gendarmes.

Cuando éramos pequeñas y pasábamos una temporada en Madrid en casa de Dolores, estábamos aterrorizadas por esa mujer esquelética, siempre vestida de negro de la cabeza a los pies. Su cabello de azabache, siempre peinado hacia atrás, resaltaba su cara de ave de rapiña. Una verdadera águila, con unos ojos que devoraban su rostro, su nariz en forma de pico, sus labios finos como la hoja de una cuchilla de afeitar, sus cuatro caninos afilados como los de un vampiro, ¡listos para clavarse en nuestros cuellos!

Sabíamos que era una bruja de verdad. La habían recogido de su pueblo natal, en Extremadura, a los quince años. Pero, si a nosotras nos aterraba su aspecto, para la tía Dolores ella representaba, sin embargo, su ángel guardián, y la curaba de todos sus males con tisanas, ungüentos y masajes en la cabeza o en el vientre... Resfriados, migrañas, cólicos... ¡Nada se resistía a la magia de una buena hada que tenía, para su infortunio, la apariencia de la más horrible de las brujas!

¡Vaya cena! ¡Qué conversación más deslumbrante!

Mi padre habló acerca de los considerables esfuerzos que tiene que hacer la Sociéte des gens de lettres para defender los derechos económicos y morales del escritor respecto de su obra. Manet y Stevens se quejaron del individualismo de los artistas pintores cuya premisa es la de ¡sálvese quien pueda y que gane el mejor! Alfred Stevens intervino para recordarle a Manet las reuniones en el café Guerbois y en su estudio.

—Todos están ahí, Édouard. Tú los atraes con tu arte y con tu ejemplo. Degas, Pissarro, Auguste Renoir, Monet, el joven Paul Cézanne... Todos han dado muestras, a pesar del desprecio del Salón de París, de una creatividad sorprendente...

—Te olvidas, modesto Alfred, de incluirte entre esos pintores que admiras con razón. Pero si me permite, señora...

—Dolores. ¡Soy la tía Dolores para todo el mundo, querido maestro!

—Si me lo permite entonces, tía Dolores, ¿qué mago o maga le ha enseñado a hacer una paella que, digámoslo con toda sinceridad, es una verdadera obra maestra del arte culinario?

Un seductor de nacimiento: ya le había preguntado a mi madre si tendría el placer de oírla cantar.

Manet también nos había dirigido algunas palabras de amabilidad a Eva y a mí, pero sin insistir demasiado. Después de todo, somos las muchachas de la familia. Un caballero casado está obligado a mantener las distancias con unas señoritas tan jóvenes. Eva cumplirá veinte años el 19 de abril de este año y yo diecisiete el próximo 16 de febrero.

Había palabras...

Pero sobre todo había miradas...

¡Dios mío! Creo que yo lo entendí todo y lo *presentí* todo aquella noche. En torno a la mesa y en el transcurso de la cena.

Mientras fingían estar mirando a otro lado, los ojos de Manet escudriñaban a Eva. Antes de pasar a la mesa, mi hermana me susurró al oído:

—No soportaría la espera, el ritual de los hombres: beber café, saborear un licor y fumar un puro antes de someterme a examen...

¿Se había puesto de acuerdo con Stevens? Justo después del postre, cuando nuestro padre, según el ritual, debía levantarse para proponerles a los señores pasar al saloncito para beber un licor con un café, Alfred tomó una iniciativa con su estilo más *british*...

—Édouard... ¿Y si fuéramos al estudio de la señorita Eva antes de retirarnos a la sala de fumar? De esta manera, las jóvenes señoritas podrán descansar sin esperar a que terminen nuestras eternas discusiones políticas inspiradas por el humo de los habanos.

¡Qué sonrisa la de mi hermana! ¡Con su aspecto de Mona Lisa inocente! Sí, ella me ha confesado que le había suplicado a Stevens que hiciera esta propuesta para conocer, lo antes posible, la opinión de Manet.

Por su lado, Alfred tomó otra iniciativa sin decirle nada a Eva. Nos habíamos levantado de la mesa al mismo tiempo, Eva, Manet, Stevens y yo, cuando justo delante de la puerta del estudio nuestro amigo belga se para y abre los brazos para decir:

—*My Kingdom for a cigar!* Yo ya he tenido el honor de conocer las obras de Eva... Te concentrarás mejor sin mi presencia, Édouard... Mis muy queridas damas...

Alfred estaba un poco ebrio, lo que lo había puesto de un humor alegre. Yo también capté el mensaje: «Sé discreta, vuélvete transparente...».

Ayudadas por Esperanza, nos habíamos pasado horas limpiando y sobre todo ordenando el estudio. Yo había insistido en ocultar detrás de dos biombos mi rincón de estudio para destacar así el trabajo de mi hermana.

Lienzos, acuarelas, dibujos... Las obras más maduras de Eva desde su ingreso en el

estudio de Charles Joshua Chaplin.

Mi perfil, un óleo sobre una tabla ovalada...

Mi perfil con las trenzas... Óleo sobre cartón...

La doncella, un óleo sobre lienzo encolado sobre cartón de 40,5 x 27 cm...

La señorita, otro óleo sobre lienzo encolado de 40,5 x 25 cm...

Retrato de una muchacha (yo, claro), un óleo sobre lienzo de 56 x 46,5 cm...

El espejo de cuerpo entero, un óleo sobre lienzo de 40 x 27 cm...

Una pequeña marina, óleo sobre lienzo encolado sobre madera de 15 x 25 cm...

Un vestido gris, óleo sobre lienzo encolado sobre tabla de 18,5 x 13,5 cm...

El moño, óleo sobre lienzo encolado sobre cartón de 51 x 40 cm...

Y sobre todo *El té*, un óleo sobre lienzo de 94 x 60 cm en el que hago una vez más de modelo. Su obra más lograda según... todo el mundo: Chaplin, Stevens, mi padre y hasta yo.

Los lienzos han sido espaciados y la habitación iluminada *a giorno*.

—¡Quiero que haya una luz muy fuerte! ¡Lámparas de aceite... cirios... e incienso! ¡Llenemos el estudio de barritas de incienso, Jeanne!

El pintor se paseó despacio, con calma, de un lienzo a otro, de un dibujo a otro... Eva había colocado sobre un caballete un cuaderno de trabajo de cuando tenía quince años.

—Quiero que conozca mis comienzos, cuando era una pequeña estudiante...

Y Manet se pasó mucho tiempo mirando sus trabajos de adolescente.

A ratos dialogaban, pero con una voz tan queda que no pude oír nada. Me pareció que... No sabría decir si fue una «impresión» o una «intuición»... Eva y Manet se veían por primera vez y, sin embargo... por instantes caminaban a la par. Si el pintor señalaba un cuadro, Eva terminaba su gesto. Y los dos ladeaban un poco la cabeza cuando el otro hablaba para oír mejor.

Me habían olvidado. Se sentían solos o creían que estaban así y se comportaban como si una burbuja de cristal los separara de los demás.

Édouard Manet abandonó el estudio con *El té* debajo del brazo. Nos saludó muy cortésmente y se reunió con los señores en el salón de fumar. Eva y yo nos fuimos directamente a nuestras habitaciones.

Mi hermana actuaba de una manera extraña. Muy tranquila. Cuando subíamos las escaleras hacia la planta de arriba, empezó a quitarse las joyas que se había puesto para la excepcional velada: un collar de perlas, regalo de la tía Dolores, una pulsera muy fina de oro y de rubí, regalo de nuestro padre, y el anillo con un diamante minúsculo que se compró cuando cumplió diecisiete años.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí, claro.

—¿Te ha dicho algo? ¿Algún elogio? ¿Consejos?

—Jeanne... Manet es un verdadero maestro. Es un hombre honorable. Por primera vez, desde que pinto, alguien me juzga como pintor. Hasta ahora sólo había sido discípula de Chaplin. Y en cuanto a nuestros amigos artistas Stevens, Degas, Fantin-Latour... ¡Todos han adoptado siempre conmigo una actitud paternalista o de hermano mayor frente a una chiquilla!

Estábamos en el pasillo, enfrente de nuestros cuartos. Me di cuenta de que, al contrario de lo que acostumbrábamos a hacer, Eva no tenía ningunas ganas de que entrara en su habitación o de que fuéramos a la mía.

—Manet me ha hecho algunas preguntas pertinentes. Si prefiero trabajar al óleo sobre tabla o sobre lienzo encolado. Me ha hablado de los problemas técnicos del óleo sobre cartón, de la elección de colores, de mi gusto por el retrato más que por el paisaje. De la felicidad que se siente cuando se consigue una naturaleza muerta. ¡Y las flores! ¡Le encantan las flores! Las pone un poco por todos lados. ¿Te acuerdas de *Olympia*? La criada negra que le lleva un ramo a su señora. ¡Ese ramo de flores es una obra maestra!

Mi hermana abre la puerta de su habitación sin invitarme a entrar.

—¿Y tu cuadro? *El té*...

—Otra manera exquisita de indicarme que me considera ya una profesional. Va a poner el cuadro en su estudio. Ya conoces la costumbre que tiene el grupo rechazado por el Salón. Cada pintor expone sus propias obras en su estudio, pero también las de los amigos. Se puede ver un Monet en el estudio de Pissarro, por ejemplo. O un Renoir en el estudio de Monet. Mañana yo estaré en el de Manet.

Eva me da un beso rápido en la mejilla, entra en su cuarto y cierra con llave. La entiendo. Creo que la entiendo. Intento entenderla... Es un gran momento para ella. Manet parece estar interesado en su trabajo, pero en el fondo... Conozco bien a mi hermana. Debe de estar tan emocionada que no tiene ganas de compartir ese instante tan particular con nadie más. Ni siquiera conmigo.

Al día siguiente, tomamos el desayuno en familia porque Dolores y la dama de compañía volvían a Madrid.

Manet había conquistado a todo el grupo. Tía Dolores le dio al pintor la receta de la paella que había mantenido hurañamente en secreto.

—He visto su placer al comer, al masticar, al saborear cada cucharada, cada trozo de pollo o de gamba...

Nuestro padre estaba tan emocionado con el regalo de la litografía de Lola de Valencia que encargó un marco para colocarla bien a la vista en la pared, frente a su mesa de

trabajo.

Pero nuestra madre todavía se mostraba reticente. Lo había encontrado elegante, de una educación sobresaliente, pero había algo en él...

—¿Qué, mamá? ¿Qué es lo que te molesta de él?

Eva, que no había parado de comer con el apetito de un lobo hambriento, habló por primera vez desde que comenzó el desayuno.

—No tengo ni idea. Puede que su manera de caminar. Tiene un problema en el pie derecho, ¿no? Eso me hace pensar... ¡en la pezuña de un macho cabrío!

Mi padre se sublevó.

—¡Manet, el diablo! Pero ¡qué exagerada eres, Céline!

Y de repente, para sorpresa general, la dama de compañía, la bruja piruja, la malvada bruja estalló de risa:

—*¡El diablo! ¡El señor Satán ha comido en vuestra mesa!*^[*] ¡Ha sido Satán al que habéis recibido en vuestra mesa!

*

Todo vuelve a la rutina. Eva trabaja en su rincón del estudio y yo en el mío.

Una tarde, hacía tan buen tiempo que decidimos coger nuestras bicicletas respectivas para ir al Bois. Al regresar de nuestro bonito y largo paseo, nos encontramos a nuestros padres sentados en el salón, esperándonos. Es nuestro padre quien toma la palabra:

—Édouard Manet ha pasado a vernos. Para nada en particular. Es un hombre que conoce las tradiciones. Nos ha pedido nuestra opinión, a Céline y a mí. Eva, le gustaría proponerte que seas su alumna. ¿No insinuó nada anoche, después de la cena?

—No, en absoluto. De hecho, según nuestros amigos pintores, Manet nunca tuvo alumnos. Creía que detestaba eso.

—Por lo visto tú eres la excepción. ¿Y entonces, Evita?

Mis ojos pasaron de mi padre a mi madre y luego a Eva. Tenía la impresión de estar interpretando el papel de testigo en una obra de teatro, como un espectador pasivo que aguarda con impaciencia el final de la escena.

—Creo... no, estoy segura de que podría aprender mucho de un maestro como Manet.

—Perfecto. Le enviaré una breve nota para anunciarle tu conformidad.

—Por supuesto, estarás siempre acompañada por Jeanne.

—¡Mamá! ¿No le habrás pedido eso? En fin, ¡es ridículo!

—En absoluto. Fantin-Latour me ha dicho que Berthe Morisot, cuando fue a posar al estudio de Manet, siempre estuvo acompañada por su madre. Es lo normal. ¡No sois ramera como Victorine Meurent!

Duelo de miradas entre mi madre y Eva...

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¿Por qué me impone mamá tu presencia?

—Puesto que Berthe Morisot estuvo acompañada por su madre... ¿dónde está el problema?

—¿Y tú? ¿Cuál es tu opinión?

Sentada contra la cabecera de la cama, las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas, Eva me mira con su aire de «hermana mayor», como decimos a veces.

—¿Mi opinión?

—¿Te gusta hacer de dama de compañía?

Esta vez me toca a mí enfadarme.

—Es un placer acompañarte al estudio de Manet. Además, si él va a darte clases, a lo mejor yo también podría aprender algo. ¿No te parece?

Como de costumbre —esto viene también de nuestra infancia—, Eva no puede evitar ponerse a reír cuando yo me enfado.

—¡Hermanita![*]

Me abraza y rodamos sobre la cama. Nuevamente soy su hermanita querida.

Al día siguiente...

Mamá nos da una carta de papel nacarado.

—Un mensajero acaba de traerla.

*Me sentiré muy feliz de recibir mañana,
a la hora del té, a las señoritas Eva
y Jeanne Gonzalès.
Reciban mis más cordiales saludos,*

Suzanne Leenhoff Manet

Antes de proponerle a Eva que fuera su pupila, el pintor lo había consultado con mis padres. Parecía encantado de que su única alumna fuera al estudio acompañada de su hermana pequeña. Pero, antes de comenzar las clases, todavía faltaba llevar a cabo otra gestión: la estudiante debía conocer a la esposa del profesor.

Una anciana dama, la criada bretona de la casa, nos conduce al amplio salón. Justo enfrente de la puerta, una pared. Y en el centro de la pared, *La lectura*, un cuadro realizado por Manet el año pasado. La pintura muestra a Suzanne Leenhoff sentada en un pequeño sofá cerca de una vidriera de su apartamento parisino. La holandesa lleva un vestido plisado de un gris azulado muy pálido. Las cortinas, de ligero fruncido, son del

mismo tono. El pintor ha tratado por todos los medios de resaltar la presencia resplandeciente de su mujer. Un collar de lapislázuli de dos vueltas subraya el contraste entre la piel rosada y las telas arrugadas que sirven de fondo.

A la derecha, detrás del sofá, Léon Koëlla está leyendo. De hecho, sólo podemos ver el perfil del joven, sus brazos y su mano izquierda apoyadas sobre el respaldo del sofá. La mano derecha sostiene un libro abierto.

—¡Qué amables son al venir a mi casa!

Suzanne Leenhoff tiene una voz muy dulce. Un ligero acento imprime a su francés vacilante una nota musical muy agradable.

Me sorprendo al ver a la señora Manet sentada en el mismo sofá, cerca de la misma ventana y ataviada con el mismo vestido del cuadro. Y, como en el lienzo, el color de las cortinas que están detrás de ella ponen de relieve su pelo caoba.

Sólo hay una gran diferencia respecto del personaje de *La lectura*: o bien Manet se esforzó mucho en dotar a su esposa de una silueta más grácil, o bien Suzanne Leenhoff ha engordado mucho en un año.

¡Qué penosa imagen! Suzanne Leenhoff, sentada en lo hondo del sofá, es incapaz de levantarse para recibirnos.

El ama de llaves bretona ya ha preparado un servicio de té con tazas, platos, una tetera de plata y una bandeja de *crêpes*. Stevens nos había aconsejado que le lleváramos a la señora Manet unos *macarons*.

—¡Se los come por docenas!

¡Qué sonrisa puso Suzanne Leenhoff al recibir la caja de *macarons*! La misma que la que pone una niñita golosa a la que se acaba de obsequiar con el regalo más bonito del mundo. De hecho, coloca la caja aparte y se apresura a servirnos unas *crêpes* con mermelada de fresa.

—Georgette hace las mejores *crêpes* de toda Bretaña. Según mi médico, no debería comerlas... Y según Édouard. Pero a estas alturas... ¡Vamos, queridas! Hagámosle el honor a Georgette...

Desde que éramos pequeñas, Dolores no paraba de repetirnos:

—París es la ciudad más cruel del mundo. No exagero. La maldad, el placer de manchar la reputación de los otros, la envidia, la pasión por el chisme... Hablar mal de la gente, mentir, cubrir de fango a los amigos o a los enemigos, a personalidades importantes, a artistas famosos... Os lo juro, Evita... mi pequeña Juanita... En ninguna otra parte he oído jamás tantos diálogos inmundos, tantas bajezas como en París. Y, lo que es más terrible, los franceses más inteligentes y cultivados son a veces los más feroces. Con una noche basta. El perverso boca-oreja continúa el trabajo comenzado en un comedor de un apartamento parisino cualquiera...

Miraba a Suzanne Leenhoff y estas frases acudían a mi memoria... La gente que ella había recibido y con la que había disfrutado de cenas excelentes ofrecidas por Manet a sus amigos... La gorda... la gruesa... la aburrida holandesa... Estaba a punto de llorar. La bondad, la dulzura de Suzanne Leenhoff le salían del corazón. Todo en ella me parecía límpido.

Suzanne felicita a Eva por su cuadro *El té*.

—A Édouard le gusta tanto que lo ha colgado en una pared de su despacho.

Yo no siento el menor viso de maldad o de ironía, pero para Eva es una «mala noticia». Muy poca gente es admitida en el despacho personal del maestro. En cambio, el estudio de la calle Guyot está abierto a todo el mundo después de las 18 h.

No me atrevo a mirar a mi hermana ni a leer la decepción en su rostro.

Siempre educada y con tono despreocupado, Eva se lanza a elogiar el buen gusto con el que está decorado el salón, con sus cortinas vaporosas, sus plantas y sus muebles cubiertos con la misma tela que la de las cortinas...

—Cuando hace buen tiempo, como hoy, esta habitación tan luminosa es una verdadera alegría, señora Leenhoff...

—Suzanne.

—Suzanne.

—Veo que ya no es necesario que haga las presentaciones. Les ruego que me disculpen, señoritas. Tenía que responder a algunas cartas urgentes y no se me da muy bien la escritura...

Manet viste un elegantísimo batín negro de cuatro bolsillos y de cintura ajustada, como si el pintor, coqueto, quisiera disimular su leve gordura. Lleva la barba bien arreglada y el cabello peinado hacia atrás, lo que pone de relieve su frente ancha surcada de finas arrugas.

Actúa con cierta familiaridad y nos llama «Jeanne» y «Eva», como un tío que recibe a unas sobrinas que conoce desde siempre.

Georgette, la bretona, sirve la comida con la eficacia de alguien que conoce bien las costumbres de cada miembro de la familia.

Sirve de nuevo el té, con una cucharada de miel para Suzanne Leenhoff, y añade un poco de crema en la taza del pintor.

Manet bebe un trago de su té y se limpia los finos labios y el bigote con una servilleta de encaje. Una especialidad de Ámsterdam, nos aclara la dueña de la casa al comienzo de nuestra «merienda». Después, Manet se vuelve hacia mi hermana.

—Tengo algunos dibujos... Un proyecto de litografía sobre el que me gustaría que me diera su opinión, Eva. Venga conmigo, por favor.

Eva se levanta y, al ver mi mirada, me sonrío levemente. No estaba previsto que yo me

quedara a solas con Suzanne mientras mi hermana se aleja con el maestro.

—¿Y usted, Jeanne...? También es usted pintora, me parece.

—Aprendiz... En fin, Eva me enseña desde que éramos niñas.

—Aprendiz y modelo... Me ha gustado mucho su aparición en *El té*. Una verdadera suerte. Dos hermanas unidas en la vida y en el arte...

—¡Perdón, Suzanne! Llego un poco tarde. Albert ha prolongado mi clase de equitación. ¡Hay tanta gente en el Bois! Cochecitos, cabriolés, calesas, jinetes... Cada vez hay más damas que montan a caballo. Sin contar los velocípedos. ¡Hay cientos de ellos! Y asustan a los caballos.

Léon Koëlla acaba de llegar vestido con sus botas de montar, un pantalón ahuecado, una chaqueta de ante y un sombrero de fieltro que se quita al verme. Su cabello, un poco largo, es del mismo color caoba que el de Suzanne.

Lo reconozco enseguida. Desde *El almuerzo*, pintado el año pasado, no ha cambiado nada.

Léon tiene mi edad: diecisiete años. Tiene la cara un poco redonda, la boca pulposa y los ojos azul grisáceos de Manet. Pero su mirada serena no tiene nada que ver con la del pintor. Léon observa el mundo con un matiz particular que las malas lenguas (la de Edgar Degas, por ejemplo) llamarían «mirada bovina».

—Léon... La señorita Jeanne Gonzalès es la hermana pequeña de Eva, la nueva pupila de Édouard.

El joven se sienta cerca de la gruesa señora. Ella abre para él la caja de *macarons* y le sirve una taza de leche con un poco de té, «sólo para darle gusto».

Gestos, miradas, sonrisas, una complicidad total entre madre e hijo, casi como entre hermano y hermana.

El joven y encantador Léon toma durante un rato la palabra para describirnos las dificultades de hacerse obedecer por un caballo fogoso.

Eva y Manet desaparecieron hace más de tres cuartos de hora. Cuando reaparecen, Manet se detiene un instante al percatarse de la presencia de Léon.

—¡Ah, estás aquí, Léon!

—Sí, padrino.

—¿Cómo van tus clases de equitación?

—Hoy sólo me he caído una vez. ¡Es un progreso!

Mismo juego de miradas, mismas sonrisas, una complicidad idéntica entre «padrino» y «ahijado». Esta representación teatral me da vértigo. ¿Acaso no saben que todo París y los amigos más cercanos al pintor conocen la verdad desde hace mucho tiempo?

—¿No te molestan Eva?

—¿El qué?

—Las similitudes. Se ve en Léon el parecido que tiene con Suzanne y el que tiene con Manet.

—¿Y qué? Eso les incumbe a ellos. Es una especie de convención, que yo respeto.

En casa, por la noche, después de cenar, le hago un montón de preguntas a mi hermana sobre el despacho del pintor. Ella se echa a reír.

—Manet tiene la sabiduría de separar su trabajo de artista de su vida personal. Es pintor en el estudio de la calle Guyot. En su casa, el orden reina sobre su mesa de trabajo. Además, tiene un sofá para descansar, dos cómodos sillones, algunas estanterías y libros.

—Y tu cuadro en una pared...

—Sí, mi lienzo enfrente de su mesa de trabajo.

Eva no me lo dice todo, para variar. Ha comenzado a crear una zona de sombra entre nosotras. Y en el rincón más oscuro de esa sombra, mi hermana mayor ha ubicado, de manera cada vez más evidente, a este personaje que está invadiendo nuestras vidas y destrozando nuestra intimidad: Manet, el pintor. Édouard, el seductor.

—¿Cuándo empiezan las clases?

—El jueves que viene. Dentro de tres días. A las tres de la tarde. Y vendrás conmigo, claro.

—Sí. Por supuesto.

*

Como ya nos señaló Alfred Stevens, Manet ha logrado crear una especie de triángulo mágico en el barrio de Batignolles: su hogar, el estudio y el café Guerbois, punto de reunión de todos sus amigos.

El pintor ha sabido acondicionar perfectamente el espacio que le sirve de estudio. Un recibidor comunica directamente con un amplio salón de techo muy alto. En una especie de cuarto de descanso hay un canapé, tres sillones y una mesa de madera bastante baja. Detrás del sofá hay una estantería con libros, revistas, periódicos... Es ahí donde los amigos del artista esperan a veces a que él termine de trabajar para tomar después café. Y es ahí donde, sentada en el sillón, espera mi hermana Eva cuando va a tomar sus clases con Manet. Mi rincón de espera. Como en el médico. Puedo elegir entre leer libros, ojear revistas, dormir la siesta o simplemente cerrar los ojos y dejar que mis pensamientos echen a volar.

Un biombo japonés se alza como una frontera delante del espacio reservado a los artistas.

Manet trabaja al otro lado del salón. Una mesa ancha y muy larga separa al maestro de

su alumna. Sobre la mesa, hay un batiburrillo de pinceles de todos los tamaños, carboncillos, tubos de pintura, botes, trozos de tela para limpiar los pinceles...

Dos veces por semana, los martes y los jueves, Eva y yo llegamos a las 15 h. Y, desde el primer día, el ritual no ha cambiado. Manet trabaja en su rincón y Eva en el suyo.

—¿Qué te dice? ¿Cuáles son sus consejos? ¿Y sus críticas?

—No dice nada. O muy poco. De momento, me manda hacer naturalezas muertas. Jarras, vasos, flores, frutas... A veces me da indicaciones. Tengo que dar trazos más firmes. La perspectiva también me causa algunos problemas.

Así que el maestro y la discípula trabajan el uno frente a la otra. De vez en cuando, se intercambian algunas frases.

Hacia las 18 o las 18.30 h, los amigos del pintor comienzan su ronda habitual. Para mi hermana y para mí es la señal: tenemos que irnos. Es la hora del círculo cerrado, donde solamente hay lugar para los hombres.

A veces, Manet deja sus pinceles. A veces no, y continúa pintando mientras dialoga con sus amigos.

Cuando llega el buen tiempo, me siento cada vez más inútil y un poco molesta por tener que hacer de dama de compañía. Ya se lo he explicado a mi madre en varias ocasiones.

—Los dos están obsesionados con el trabajo. Cada uno se queda en su rincón. ¿Para qué sirvo yo entonces, mamá?

—Para velar por la buena reputación de tu hermana. En la actualidad, la flor y nata parisina sabe que el señor Manet tiene una alumna. Peor aún... está esa chica, Berthe Maurice...

—Morisot.

—Da igual, que insinúa... ¡Dios mío, no! ¡Ella afirma que Eva es la nueva amante del maestro de los mil amores!

Yo no le digo nada a Eva porque se pondría furiosa con nuestra mojigata y prudente mamá.

En realidad, hacer de dama de compañía me pesa cada vez más. Mi hermana se ha acostumbrado a esta situación, y debo decir que Manet es irreprochable.

Detrás de los numerosos biombos colocados por todas partes en el estudio, hay una puerta, y he concluido que detrás de esa puerta se hallan los aposentos privados del maestro. A veces desaparece detrás de uno de los biombos para reaparecer con una bandeja cargada con una tetera, una taza y un plato lleno de pasteles. Me siento indecisa. Esa amabilidad, de un maestro tan grande, aumenta de manera extraña mi malestar. Interrumpir su trabajo para traerme té es una manera de decirme: «Todo va bien, Jeanne. Comprendo la inquietud de vuestra madre, pero no tiene ninguna importancia».

Es Henri Fantin-Latour quien, sin saberlo, acude en mi ayuda.

Un día llegó como si pasara por casualidad. Manet se limitó a saludarlo con la mano. Eva le sonrió, y entonces ambos retomaron su trabajo sin prestarnos atención.

Fantin me conoce desde que soy una niña. Era amigo de mi padre y admirador de mi madre. Cuando se sentía apenado, venía a casa a pedirle a «la señora Céline» que cantara sólo para él. Mientras permanecía en un sillón, con las piernas extendidas y los ojos cerrados, escuchaba a mamá encadenar canciones españolas inspiradas en amores infelices o en la tristeza de vivir una noche más lejos del hogar. Esta música sentimental y nostálgica cazaba, juraba Fantin, el dolor de su corazón.

—¿Qué haces ahí sentada en ese sillón durante horas, Juanita?

—Leo. Zola me ha prestado libros.

—¿Sus libros, los suyos? ¡Señor!

—¡No, tonto! Novelas de Victor Hugo, Dumas, Julio Verne... Es curioso, ¿sabes? En casa, papá siempre nos anima a leer a los grandes clásicos... A Montaigne, Montesquieu, Voltaire... A Émile Zola, por el contrario, le encantan las novelas de aventuras. Gracias a él, paso buenos ratos con *El conde de Montecristo*, *Nuestra Señora de París*...

—Es un contraste curioso, en efecto. Zola escribe libros cada vez más oscuros. ¿De modo que le gusta la literatura popular? Pero dime...

—¿Sí?

—Édouard y Eva trabajan... ¿Por qué no haces tú lo mismo? Trae tu cuaderno, dibuja... Pasas las tardes en el estudio de un artista. Ese ambiente nos incita a la práctica del arte, y no hacia el vano placer de la lectura.

Fantin abre su largo y ancho maletín que nunca abandona y que contiene, justamente, todo lo que se necesita para dibujar.

—Yo estoy preparando un cuadro que haré... no sé cuándo. Por el momento, sólo tengo el título: *Un taller en Batignolles*... Me gustaría reunir en un mismo lienzo a Édouard pintando, rodeado de algunos amigos. Yo lo veo desde aquí. Un trozo del lienzo. Con su marco dorado. La pared. La mesa, con un pequeño cuadro que apenas se verá. Ese jarrón redondo y azul que me gusta tanto. La estatuilla blanca. La espalda del caballete sosteniendo el lienzo que Manet pinta en medio de sus amigos, al tiempo que sigue una animada discusión.

—¿Quiénes serán los amigos?

—No lo sé. Aquellos por los que tengo simpatía.

—¿Degas?

—De momento no. Veo más bien a... Zola, por supuesto. Édouard le debe mucho. Me habría gustado poner a Baudelaire... Pero por desgracia nos ha dejado, demasiado pronto

en mi opinión. Estaba en *La música en las Tullerías*, como sabes. Habría querido reproducirlo con su frente ancha, sus hombros encorvados, su mirada desesperada... En fin, me limitaré a los jóvenes pintores. Renoir, sobre todo. ¡Me gusta mucho su cara!

Mientras esboza el cuadro que «pintará un día», Fantin-Latour me explica la importancia de Manet para la nueva generación de artistas.

—Édouard nos da ejemplo. El Salón de París rechaza sus obras, cuadro tras cuadro. Pero él no se detiene. Continúa su camino. Sufre, por supuesto. Sin demostrarlo nunca. Me acuerdo de un día que... yo había comido como un tragón y bebido bastante en compañía de Camille Pissarro. En esa época estábamos tan desanimados el uno como el otro. Luego, después del sexto café, Camille exclamó, como si acabara de oír la voz del Señor: «¡Vamos a ver a Manet! ¡Él nos alentará!». Y fuimos a ver a Édouard. Por supuesto, nos transmitió un poco de su valor. ¡Una noche memorable en el café Guerbois! Al día siguiente, Édouard tuvo la amabilidad de enviarme una larga carta para ayudarme a superar mi desasosiego. No he olvidado sus palabras: «Yo creo que si nos apoyáramos mutuamente, y sobre todo no nos desanimáramos, tendríamos una manera de luchar contra este mundo mediocre, que únicamente encuentra su fuerza en la unidad».

En casa.

Por la noche.

Escribo en mi cuaderno, mi nuevo hábito antes de irme a dormir.

Eva entra en mi cuarto en camión.

—¿Qué haces, Juanita?

—Nada. Tomo notas.

—¿Sobre qué?

—Sobre arte. La pintura. Los detalles técnicos. Los temas que un día me gustaría pintar...

—¿Me lo enseñas?

—Algún día. Cuando tenga suficientes ideas. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Desde cuándo me pides permiso? Te escucho.

Eva se ha vuelto de nuevo mi alma gemela. No teníamos este tipo de encuentros nocturnos desde que ella comenzó a frecuentar el estudio de Manet. Yo entendía, sin estar del todo segura, lo que le pasaba. Su cambio profundo. A medida que pasaba el tiempo, la veía cada vez más preocupada, a veces muy cansada y con frecuencia tan tensa como una cuerda de violín a punto de romperse. Se habían vuelto impensables las charlas de cada noche, como desde nuestra más tierna infancia. Y muchas veces, incapaz yo misma de conciliar el sueño, oía a Eva caminar en su habitación y abrir y cerrar la

ventana como si le faltara el aire.

Se asfixiaba. Una noche me despertó este pensamiento. ¿Por qué tanta angustia? ¿Acaso Manet le hacía reproches sobre su trabajo? ¿Se desentendía de aquello que pudiera parecerle un incordio? Él, el maestro que nunca quiso tener un alumno...

Al principio, Eva se quedaba en su rincón y Manet en el suyo. Hacia el final de la jornada, antes de que llegaran los primeros visitantes, el maestro examinaba el trabajo de su pupila y le daba consejos. Un intercambio regular y muy breve.

Ahora bien, últimamente, o era Eva la que iba hacia Manet, como tentada por plantearle alguna pregunta, o Manet el que iba a sentarse al lado de Eva. Un cambio sutil.

A mí me daba vergüenza mi actitud hipócrita, mis miradas indiscretas, siguiendo de lejos las idas y venidas entre alumna y profesor. Me decía: «Hablan acerca de algún detalle técnico. Manet está constatando el progreso de Eva».

Yo, a mi vez, también me convertí en una artista. Aprendí a observar un gesto, una mirada, la inclinación de dos cabezas que se acercan para intercambiar mejor una idea, un sentimiento, un gusto...

Últimamente, cuando Manet iba a sentarse cerca de Eva, aunque no oyera ni una sola palabra, no podía evitar pensar: «¡Dios mío! ¡El Diablo, como dice mamá, está seduciendo a mi hermana!».

Porque él es, sin lugar a dudas, un seductor. En 1864, Degas hizo un boceto de Manet en una hoja de papel. El pintor acababa de cumplir treinta y dos años. Obsesionado por lo que llamaba el lenguaje corporal, Degas lo dibujó sentado de perfil, muy calmo, con las manos cerradas y entrelazadas sobre las piernas. Un hombre relajado. Un hombre que desvela, en cierto modo, una fuerza interior notable. También se veía su perfil izquierdo y una cabeza más pequeña vuelta hacia la derecha. Al pie de la página, ¡el humor de Degas!, había dibujado el sombrero de copa de su amigo. Cinco años más tarde, Manet sigue teniendo el mismo rostro que bosquejó Degas con maestría... El cabello ligeramente ondulado, la frente grande tan noble, la mirada soñadora, la nariz bien definida, la barba de profeta o de poeta, la boca apenas visible, como un hilo entre el bigote y la barba...

Esa noche...

Eva entró en mi habitación y se acomodó en mi cama, cerca de mí. Nos quedamos un rato en silencio. ¡Yo estaba tan feliz!

Al mismo tiempo, veía desfilar las imágenes de esos últimos días, el acercamiento evidente entre el maestro y la pupila, entre el hombre maduro y la joven mujer...

Eva... Édouard...

—¿Entonces? ¿Cuál es tu pregunta, Juanita?

—¿Qué es lo que has aprendido tras tantas horas de trabajo en el estudio de tu

maestro? Sé que juzga tus dibujos, tus lienzos... Pero tú... Ahora que tú, a tu vez, lo ves trabajar... ¿cuáles dirías que son las cualidades que le atraen a Manet de las jóvenes pintoras con talento?

Eva cruzó los brazos por detrás de la cabeza.

—Creo que, desde que la pintura existe, cada artista ha representado siempre al personaje o el paisaje que ha pintado como si se tratara de un reflejo en un espejo. ¡Todos! Tintoretto, Goya, Rembrandt... Y los más contemporáneos también: Delacroix, Courbet... Son cuadros depurados, impecables. Todos intentan hacernos olvidar los pinceles, la pintura, el óleo. En cuanto a Manet, él ataca el color con fuerza. Tú has visto cómo trabaja, ¿verdad? Se queda sentado para trazar las líneas y preparar el fondo del lienzo. Luego se levanta y, de repente... ¡rabia! Observa bien *El almuerzo en el estudio*, con Léon en el centro del lienzo. Esos contrastes violentos que han aterrado a los viejos reaccionarios del Salón de París... La blancura del mantel. La chaqueta del chico. El traje y la barba negras del hombre del puro... ¡Eso es lo que me gustaría encontrar a mí, Juanita!

—¿Qué, cariño?

Cerró los ojos antes de responder.

—Su pasión absoluta por la pintura. Su aborrecimiento por todas las convenciones, por el pretendido refinamiento artístico... Poco a poco, estoy descubriendo que en el fondo de ese hombre, Jeanne, hay... un toro furioso saliendo al ruedo. ¡*Un toro bravo!* [★]

Tres días más tarde...

Por la mañana, Eva había tomado posesión del baño que compartíamos en la primera planta. Se había quedado en la bañera un tiempo interminable. Más tarde, envuelta en su albornoz, había cambiado tres veces de peinado antes de dejarse el pelo suelto sobre los hombros para que le enmarcara el rostro, cuidadosamente maquillado. Por otro lado, había desordenado mi habitación y puesto sobre la cama la mitad del contenido de mi armario...

Se había convencido de que podía ponerse un vestido rosa palo de organdí que el modisto Charles Frederick Worth había confeccionado para mí. Un regalo de la tía Dolores por mis diecisiete años y que había costado una verdadera fortuna.

—¡Para! ¡Vas a desgarrar el cuerpo del vestido!

—¡Venga, hermanita! Pero ¡si tenemos la misma talla, tú y yo!

—¡Sabes que no!

—¿Quieres decir que estoy más gorda que tú?

—Te recuerdo que no vamos a las Tullerías a tomar el té con la emperatriz. Vamos a encerrarnos toda la tarde en el estudio de Manet. ¡Con las puertas y las ventanas

cerradas!

Así que salimos de casa, yo de muy mal humor. Eva, vestida, perfumada y entonando un aria de Offenbach, me apretó contra ella varias veces susurrándome, como cuando éramos niñas:

—Juanita, *mi hermanita*...[*] Mi hermanita Jeanne.

Una Eva despreocupada, feliz.

Una Eva insolentemente enamorada.

Tendría que haber sido idiota para no comprenderlo.

¿Qué podía decir yo? ¿Qué podía hacer?

Manet y mi hermana trabajan cada uno en su rincón.

Yo, a mi vez, dibujo en un sillón, con la espalda vuelta hacia el ángulo de los «artistas». El gato gordo que vagabundea por el estudio desde hace unos días duerme en el sillón. Una bola de pelo negro. Vaya uno a saber qué espíritu de perversidad misteriosa me ha llevado a dibujar ese gato, a darle de vez en cuando una leve patada para despertarlo y hacerlo cambiar de posición...

—Mi querida Jeanne...

—¿Maestro?

Me ha dicho que lo llame Édouard, «como todo el mundo», o «Manet», si es que le quiero «mostrar un respeto que no está a la orden del día».

—Me gustaría pedirle un favor, Jeanne.

—Dígame.

—Bien. Estoy esperando unos aguafuertes que Henri Guérard tendría que haberme enviado hace una semana. Son para un coleccionista belga que vendrá esta noche. Ahora bien, por un lado, Henri es un perfeccionista y, por el otro, lo que es raro, una especie de burócrata que no suelta ni una plancha hasta que se le confirma que algo es del todo conveniente. Yo podría ir pero, verás, Jeanne...

Manet me tiende la mano para ayudarme a levantarme del hondo sillón en el que estoy hundida. Va delante de mí apresurando el paso. Entonces percibo el «defecto» que no se le pasó por alto a mi madre: el pie derecho, que parece controlar con dificultad, una especie de saltito para mantener el equilibrio.

—Eva y yo hemos comenzado juntos este estudio de mujer. Un intercambio entre maestro y alumna. De hecho... Yo me creía incapaz de enseñarle nada a nadie... Así que con su hermana empleé, al principio, el método tradicional... Eva pintaba por su lado... Y yo pasaba de vez en cuando para hacerle alguna sugerencia, corregir algún trazo... Después se me ocurrió una idea. ¿Por qué no hacer una obra juntos? ¡Y aquí estamos delante del mismo lienzo! Un cuadro de a dos...

Es una mujer sobre fondo negro. Un juego de luces y sombras. Cabello negro. Ojos de azabache con un punto claro en lugar del iris. Un rostro pálido, tan pálido como su cuello y sus hombros. Un busto opulento. Un vestido con cuerpo en semicírculo y la piel muy pálida.

—Como ve, todavía nos queda mucho por hacer. El cuadro no está terminado y sería una pena interrumpir la sesión. Además, creo que usted no conoce a mi amigo Henri Guérard, el mejor grabador de París. El más loco, también. Tenga, le doy instrucciones para que le muestre a usted los grabados y, tras su visto bueno, para que se los dé.

Manet me tiende un pliego precintado por un sello de cera roja. Y me mira a los ojos, como acostumbra a hacer desde que soy la dama de compañía de mi hermana mayor. Detecto en él una mezcla de molestia y febrilidad. Quizá lo avergüence un poco usarme de mensajera, y además debe de estar impaciente por terminar ese cuadro. Un ejercicio de estilo a cuatro manos. Una experiencia pedagógica diferente.

Agarro la carta observando a Eva, que finge añadir un toque de negro a los mechones que le caen sobre el hombro izquierdo a la desconocida.

Eva tiene las mejillas encendidas por su fuego interior.

Eva, cuyo pecho generoso revela su ansiedad. Una inspiración profunda y una espiración que vacía sus pulmones, sus costillas, su vientre.

Un coche de punto me esperaba en la calle. Manet me acompañó hasta la puerta de entrada exclamando en voz alta, una voz desacostumbrada, para hacerse oír por todo París:

—Vuelva enseguida, Jeanne. ¡Se merecerá un té bien caliente a su regreso!

El estudio de Henri Guérard se encuentra en la zona sombría y solitaria que rodea la Escuela Militar. Es una residencia donde todos los materiales se hallan mezclados: madera, piedra, adoquines, vigas de hierro... Una casa que está cubierta de mugre y polvo.

Diviso a un hombre en la entrada intentando abrir una puerta muy ancha, gruesa y sólida. El señor, considerablemente nervioso, no alcanza a dar con la llave adecuada.

Nunca había visto a Henri Guérard. Ahora me encuentro frente a una fuerza de la naturaleza, visiblemente acostumbrado a cargar y descargar objetos excepcionalmente pesados.

Su calvicie avanzada contrasta con una barba que no se toma la molestia de arreglar y que se dispara hacia todos los lados, como su bigote. Tiene cejas espesas y ojos tan expresivos que parecen cambiar de color según la persona a la que miran.

—Señor Guérard... tengo un pliego para usted. De parte de Édouard Manet.

—¿Y usted es?

—Jeanne Gonzalès. La hermana de Eva, la alumna del señor Manet.

—Sí. Sé quién es Eva. ¡Ah, en fin! Gracias al cielo... Aquí está la llave que abre esta lamentable buhardilla.

Entra. Yo me quedo delante de la puerta con el sobre en la mano. Desamparada. El cochero, al llegar a la casa de Guérard, me había anunciado:

—Voy a dar de comer a los caballos. Luego vengo.

No me ha gustado su cara de bribón, ni su nariz roja como un tomate. Antes de llegar al destino, cuando pasábamos por detrás de la Escuela Militar donde hay varias tabernas de fachada sombría, el cochero ralentizó el trote de los caballos y me dijo:

—Desde que hay soldados acantonados por ahí, no faltan las tascas de vino...

No era una información, sino una deducción que parecía alegrarlo.

—Señorita Gonzalès, puede usted subir... Todo está encendido...

Guérard me llama desde el último piso. Tengo que subir una escalera de caracol, y aunque sus escalones están más o menos iluminados, el resto está sumido en la penumbra.

Cuando llego al último piso, las paredes del edificio de repente se ponen a temblar. Unos aullidos feroces, como para desgarrar unas cuerdas vocales, se alzan en la noche. Estoy paralizada. Guérard tiene que alentarme para hacerme entrar en el estudio.

—No tema nada —me dice—. *Ulises* está de muy mal humor, es cierto, pero ¡está encadenado!

Ulises es un gran mono encadenado a la ventana del estudio que da al exterior. El grabador le lleva un cuenco de agua que el animal bebe a medias, y luego lanza el resto sobre las piernas de su amo.

—No le gusta quedarse solo y yo he tenido una jornada infernal. Veamos, ¿qué me dice Édouard?

Me mantengo lo más alejada posible de la ventana. Sólo tengo ganas de una cosa: abandonar ese lugar sórdido, a ese raro grabador y a ese mono loco.

—El señor Manet querría tener las planchas lo más rápido posible...

Mi voz suena extraña. El miedo. La angustia de encontrarme frente a una situación que me sobrepasa.

El grabador examina el billete del pintor y se echa a reír.

—¡Ah, sí... las planchas! ¡Menudo es Édouard!

Qué extraño estudio el de Henri Guérard, donde todo parece colocado al azar. El mono cerca de la ventana. Una magnífica silla Luis XIII pegada a la pared. Una mesa cubierta de pergaminos, de libros con cubiertas arañadas... Y llaves de todos los tamaños y de todas las épocas.

—Colecciono llaves. ¡Aquí hay con qué abrir todas las puertas de París! Conventos,

prisiones, residencias suntuosas de Saint-Germain... Sin olvidar las escuelas de las jovencitas...

Un gran farolillo alumbra la mesa de roble. Guérard aparta libros, llaves, pergaminos y comienza una verdadera coreografía, yendo y viniendo de una habitación cercana a esta sala que el grabador considera su salón-comedor.

Gesto tras gesto, el grabador pone sobre la mesa platos, vasos, cuchillos, tenedores, pan negro, una botella de vino, un queso muy redondo, gruesas lonchas de jamón... Como el mono comienza a aullar, Guérard le sirve a la bestia antes de llenar su plato y el mío: queso cortado en trozos y algunas lonchas de jamón. El animal coge algo de su plato, lo mastica y lo traga con voluptuosidad. O lo toma, lo mastica y luego lo escupe sin razón aparente.

—Señor Guérard...

—Henri... Todo el mundo me llama Henri. Incluso ese mono satánico. Un regalo de... ¡Trate de adivinarlo!

—No lo sé.

—De Baudelaire. ¿Quién más podría regalar un animal así de vicioso? ¡He heredado un mono de mi querido amigo difunto!

Y, sin preocuparse por verme petrificada, el grabador se pone a comer con entusiasmo y vacía de un solo trago un vaso lleno de vino. Yo, a mi vez, también bebo para infundirme ánimos...

—Señor... Henri... Su amigo, Manet, me ha pedido que regrese con las planchas lo más deprisa posible.

—Jeanne, querida Jeanne... Édouard nunca ha tenido noción del tiempo. Para él, «enseguida» puede significar dentro de cinco horas o mañana. No he comido nada desde ayer por la noche. ¡Y me da en la nariz que usted también tiene hambre! Le ofrezco una comida de gran calidad. Todo proviene de una familia campesina muy numerosa. Trabajan duro para producir estos productos tan difíciles de conseguir: la leche más untuosa para este queso divino. El jamón de los cerdos mejor alimentados y los más sanos del planeta. En cuanto al vino... ¡Beba, Jeanne! Ni siquiera nuestro indigno y muy despreciable emperador ha bebido jamás uno con tanto sabor.

Tenía hambre, era verdad. Los almuerzos anteriores a las sesiones de trabajo en el estudio de Manet eran siempre frugales. Era la voluntad de Eva.

—No se puede hacer arte con el estómago pesado. Con algunas hojas de lechuga y algunas frutas será suficiente...

Y Guérard no mentía. Todo estaba bueno: el queso, el pan, el jamón, el vino... Además, me gustaba ver a ese hombre simpático y acogedor rendir homenaje a la excelente comida que llenaba su plato.

Mientras comía, el grabador comenzó a hablarme de su vida, de su trabajo...

—Quise ser pintor, como todos mis amigos. Y, un día, por fin pinté un cuadro. Lo he presentado tres veces al Salón. ¡Y tres veces ha sido rechazado! Pero continuaré, aunque sea para molestar al jurado, una panda de viejos canallas que cada vez que proclaman «es usted el mejor grabador de Francia, Guérard...» piensan que me halagan. A propósito, ¿ya ha trabajado usted el grabado?

—No, nunca.

—Le enseñaré después de la comida.

Henri me lleva a su «rincón de trabajo», como él dice. Ahí está su prensa, un instrumento derivado, insiste el grabador, de la Inquisición española. Es verdad que es un enorme dispositivo con cuatro palos que recuerda más bien a un aparato de tortura.

—Sus brazos, en mi opinión, están inspirados en las aspas de un molino, lo que la convierte en mi molino de dibujos y de palabras, y a mí en un grabador un poco al margen... Punta seca, aguatinta, aguafuerte, barniz blando: lo trabajo todo. Otra cosa, querida Jeanne: acepto cualquier encargo. Tarjetas de visita, menús, exlibris... Pero con mucha imaginación, hasta para los trabajos más anodinos. Mire, por ejemplo, esta invitación para cenar en casa de Dentu...

Me muestra una maravillosa estampa. Tres hombres de espalda examinan un cartel pegado a una pared. Guérard ha alterado las apariencias, porque lo alto de ese muro se parece a la mesa sobre la que acabamos de cenar. Sobre la mesa hay un libro grueso y grande cuya cubierta ha sido arrancada, y una hoja en la que se puede leer claramente: «Cena Dentu». A la derecha está el horrible mono, loco de alegría, que acaba de volcar un tintero. La tinta amenaza con empapar las tres hojas sobre las que está escrita la lista de invitados que los tres hombres, en traje de noche, leen con interés. Entre los invitados titulares, reconozco los nombres de Ferdinand de Lesseps, François Coppée, Édouard Dentu, Emmanuel Gonzalès... Entre los invitados de honor, sólo conozco el nombre de Paul Féval, un amigo de mi padre y el autor de *El jorobado*. En la tercera hoja aparecen el nombre del restaurante y la fecha: «La cena Dentu tendrá lugar en Nolta, el lunes a las 19 h».

—Tengo un secreto que voy a confiarle, mi querida Jeanne. Yo no soy tan rico como ciertos aguafuertistas que prodigan el cobre con todas sus fuerzas. Yo, cuando un aguafuerte me mortifica, simplemente me dirijo a casa de un amigo trapero que se dedica a los escombros. Y ahí encuentro con frecuencia un buen canalón inservible del que saco unas placas soberbias. A veces, incluso, para algunas ilustraciones, utilizo un atizador al rojo vivo. Y puedo improvisar motivos muy variados sobre abetos y hayas...

Al lado de la prensa hay un armario. Guérard ha desmontado la puerta para transformar el mueble en librería. Voltaire, Cyrano de Bergerac, Rabelais... Algunos

libros de mi padre... *Las memorias de un ángel*, *Los buscadores de oro*, publicados en 1857. *Las tres prometidas*, publicado en 1860.

—Releo a menudo los mismos libros, por eso están todos en ese estado, un poco... envejecido. Otros han caído en las garras del mono que, por imitación, sueña con leer. ¿Quiere que la inicie en la práctica de la prensa, Jeanne? Tengo un grabado urgente que hacer.

—¿Qué hora es?

—Según mi viejo y fiel reloj, ese que está detrás de usted, son las seis y media de la tarde.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Conservo el recuerdo de una verdadera crisis de angustia. Cautivada, a pesar mío, por la acogida tan calurosa del grabador, me había bebido tres vasos de vino sin darme cuenta. Yo, que casi nunca bebo. Después vino la sorpresa de descubrir el trabajo de un grabador eminente, sus herramientas, las posibilidades que se me abrían para iniciarme en el grabado, como él me proponía.

—Ya es hora de que me marche. ¡Manet y mi hermana deben de estar preocupados! ¡Se suponía que tenía que volver enseguida!

—¡Cálmese! Édouard sabe que usted está aquí. Si estuviera preocupado, ya habría venido. El cochero la espera abajo. En un cuarto de hora estará delante del estudio de la calle Guyot.

Henri Guérard me conduce hasta la escalera.

—¿Y los grabados? Se supone que tengo que darle mi opinión.

—Ah, sí... Los grabados.

Me sorprende la turbación de Guérard. Me deja esperando durante un rato largo antes de regresar con un gran sobre sellado.

—Aquí están. Gracias por llevárselos.

¡Qué extraño cambio! Tengo la sensación de que ahora es él quien tiene prisa por echarme. Apenas comenzamos a bajar la escalera cuando el mono satánico se pone a dar gritos estridentes.

El cochero, cuya nariz está más roja que antes de nuestra llegada, se mantiene muy recto sobre su asiento, con el látigo y las riendas bien agarradas con la mano.

—Espero volver a verla pronto, Jeanne.

Henri Guérard me estrecha la mano de la manera en que lo haría con un camarada.

Atravesamos París a toda velocidad.

El borracho, un profesional, conduce su vehículo sin correr peligro de accidentarnos. Sus caballos están bien alimentados y son disciplinados y resistentes.

La puerta del estudio está cerrada. No hay ninguna nota clavada en la madera que me

indique qué hacer. Tengo el estómago revuelto. Una idea sombría se apodera de mí. Sin pensarlo, me pongo a caminar.

Sabiendo que a las damas honestas y a las señoritas de buena familia no se les permite entrar en el café Guerbois, me limito a dejar el sobre para «Édouard», como lo ha escrito Henri Guérard. El camarero bigotudo me desnuda con la mirada. Luego comienzo de nuevo a caminar, y caminar, y caminar...

Son las 21.12 h cuando llego a casa. Mi madre me abraza con lágrimas en los ojos.

—Me he pasado horas yendo de arriba abajo, Jeanne. Estoy muerta de cansancio. ¿Dónde estabas?

—¿Dónde está Eva?

—Acostada. Le dolía mucho la cabeza.

—¿No ha dicho nada?

—Sí. Que habías ido a ver a un grabador por una urgencia. Que todo estaba bien.

—¿Ha dicho eso?

—Sí.

—Pues... ¡es mentira! ¡Nada está bien!

—¿Qué te ocurre? ¡Señor! ¿Es que mis dos hijas están enfermas?

—¡Sí! ¡Esta noche mi cabeza corre peligro de estallar! ¡No quiero hablar con nadie!

Y corro a encerrarme en mi habitación.

Al día siguiente, me levanto muy temprano y deslizo una nota bajo la puerta de la habitación de Eva y otra bajo la de mis padres. Aviso a mi madre de que voy a trabajar al Bois para aprovechar el precioso día. Es la pura verdad. Me llevo conmigo algo para dibujar, para hacer una acuarela...

Mi mensaje para Eva es muy breve:

*Te propongo un trato. Iremos juntas
a la calle Guyot. Tú estarás en el estudio
y yo me iré por mi lado. Pasaré a
buscarte al final de la tarde y regresaremos
juntas a casa. Así hasta que me digas
lo que tienes que decirme.*

Jeanne

Es la primera desilusión que sufro con mi hermana mayor. Mi primera gran y verdadera pena. Me siento traicionada, sucia, humillada... Manet ha inventado un pretexto innoble para alejarme del estudio durante horas. Y Eva lo sabía.

Peor todavía: ese hombre de mirada leal, ese ser de extraña dulzura que es Henri

Guérard formaba parte de la «conspiración». Me dio de comer y me quitó la sed, me hechizó con su conversación, me explicó el arte del grabado...

¡Son todos unos mentirosos! Todos. Jamás había estado tan sola.

No puedo decirles nada a mis padres. Pienso en la tía Dolores. Ella lo habría entendido todo, lo habría explicado todo y lo habría perdonado todo. Pero yo, en este momento tan negro de mi existencia, ya no soy capaz de nada. Y, sobre todo, no quiero entender nada, no quiero explicar nada y no quiero perdonar nada.

Esperaré a que mi hermana dé un paso hacia mí.

*

Dos veces por semana, salimos juntas de la casa de la calle Bréda. Después, Eva se dirige al estudio de Manet. Yo busco refugio en una placita en lo alto de Montmartre, en uno de los numerosos cafés con terraza que frecuentan las familias, los bohemios, los artistas y «las chicas de la calle que saben comportarse». Un verdadero pueblecito donde puedo leer, pintar, dibujar y soñar sin ser importunada.

El vigilante de la esquina, los camareros y la patrona de mi café preferido han acabado por cogerme cariño. Para ellos soy la señorita Gonzalès, «artista en formación».

Dos veces por semana, Eva y yo nos reencontramos a las 18 h delante de la puerta del estudio de la calle Guyot. Volvemos juntas a casa charlando de todo y de nada, salvo del motivo de nuestro primer desencuentro, de esa tensión que no para de crecer entre nosotras. ¡Cuántos esfuerzos para mantener la sonrisa y seguir la conversación de nuestros padres o de nuestros invitados! ¡Qué vergüenza cuando se produce un incidente incontrolable!

Las preguntas que nos hacen...

Las respuestas.

Padre: Entonces, Eva, ¿qué novedades hay en el estudio de Manet?

Eva: Mi retrato...

Madre: ¿Qué?

Eva: Manet ha comenzado a hacer mi retrato. Estoy sentada, pintando...

Madre: ¿Por qué no nos has dicho anda, Jeanne?

Yo: No sabía si Eva quería...

Padre: ¡Un acontecimiento tan importante! ¡Mi hija es modelo de Manet! ¡Como pintora!

Mi hermana y yo nos miramos. Apenas puedo contener las lágrimas. Eva tiene las mejillas ardiendo.

Esa noche, después de la cena, alguien llama a la puerta de mi habitación, esa puerta

que cada noche cierro con llave. Mi hermana debería entenderlo. No respondo.

—Jeanne...

Eva murmura mi nombre para no despertar a mis padres. Yo ya estoy acostada, en camisón. Me tomo todo mi tiempo para levantarme y abrirle.

La prueba de fuerza ha terminado...

—Juanita...

—Evita...

Nos abrazamos.

Nos cogemos con fuerza las manos la una a la otra.

Acercamos nuestras cabezas para hablarnos en voz muy baja.

Dos huérfanas bajo la tempestad. Nuestros personajes preferidos.

Una balsa sobre un mar en furia.

La tormenta que se desata.

El mundo se vuelve del revés, las montañas se hunden. Y sin embargo...

Estamos protegidas contra todas las amenazas.

Una gitana amiga de la tía Dolores lo predijo un día: «Nada les ocurrirá nunca a estas dos niñas si permanecen juntas, unidas la una a la otra por el vínculo del amor. *La suerte las guía...*». [✱] La suerte está con ellas.

Una noche en vela.

Hablamos hasta el alba.

Todo ha sido revelado.

El alba se cuela tímidamente a través de la persiana veneciana de mi habitación. No sé si hablo durmiendo. No sé si lo que digo es lo que escribo aquí...

—¿Qué esperas de él, Eva?

¿Duerme? ¿Habla ella a su vez en sueños?

—Nada, Jeanne, nada. Lo que pueda darme. Cuando pueda dármelo. Vivimos al día, como las flores que él adora. «Mira este ramo de violetas», me dice. «Tengo que darme prisa para pintarlas antes de que se marchiten.» Quizá yo soy su violeta de un día. No lo sé. No sé nada. Pero... ocurra lo que ocurra, Jeanne, pase lo que pase... siempre bendeciré el cielo por haber puesto a Manet en mi camino.

Coloca su cabeza sobre mi hombro.

La abrazo un poco más fuerte.

Sí.

Pase lo que pase, siempre estaré con ella.

Mi hermana.

Unidas hasta que la muerte nos separe.

Y quién sabe si allá arriba... también estaremos juntas para siempre.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

SEGUNDO CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

NO HAY UNA HISTORIA más curiosa que la del retrato de Eva realizado por Manet... ¿Qué hay en la cabeza de este hombre tan complejo, de este gran artista que parece amar tanto el doble juego, las falsas apariencias, el reflejo de un espejo en otro, y así hasta el infinito?

Yo era la «dama de compañía» que llevaba a Eva al estudio donde ella trabajaba al lado del maestro. Ahora bien, cuando el maestro decidió pintar el retrato de su alumna, se permitió escribirle a mi madre una carta para que ella, a su vez, fuera también dama de compañía.

Si la señorita Gonzalès y usted están de acuerdo, estaré muy contento de comenzar el retrato el domingo a la hora que les convenga —para más comodidad, lo haré en mi casa, en la calle Saint-Pétersbourg, 49; tengo un pequeño salón que puede servir de taller—. Si usted me lo permite, mandaré que el domingo por la mañana vayan a recoger el vestido de gala de la señorita Gonzalès.

El domingo por la mañana, el maestro recibía a Eva y a mi madre.

Los martes y los jueves, la alumna iba a ver al pintor a la calle Guyot. Y nosotras continuábamos haciendo creer a nuestros padres que yo estaba invitada a la reunión pedagógica.

Eva me ha confesado su alegría de ser la modelo de su maestro. Ha dibujado cientos de veces su cabeza. Por amor.

Pero, unas semanas más tarde, yo recibiría otra versión de este folletín artístico.

Estoy sentada en el rincón de la placita que hay en lo alto de la colina Montmartre y que tanto me gusta. Tengo todo lo que necesito para entretenerme antes de ir a buscar a Eva al estudio de Manet: libros para leer, un cuaderno para escribir, hojas para dibujar, una paleta, pinceles...

La plaza no está lejos del café en el que ya tengo mis costumbres. La patrona, Minette, ya ha entablado amistad conmigo. ¿Una antigua «chica de la calle»? Puede ser. En cualquier caso, tiene un gran corazón. Su humor me maravilla.

—Se dice, mi pequeña Jeanne, que tengo un corazón de oro. He nacido así. Pero, a fuerza de dar y dar, todo el oro se me ha ido. Mi pobre corazón está en carne viva y a veces sangra. Lágrimas de sangre, lágrimas de amor.

Una joven me interpela:

—¿Señorita Jeanne Gonzalès?

Levanto la cabeza. Es una bella presencia. Muy elegante. Un sombrero azul cubre su cabeza. No se atreve a sentarse a mi lado, en el banco de la pequeña plaza. Me tiende una mano.

—Soy Edma Morisot. La hermana de Berthe.

Se quita el sombrero para dejarse ver el rostro y la mirada, la franqueza de su mirada, de unos ojos que jamás mienten.

—Hablo de usted a menudo cuando vengo a París con Henri... En fin, con nuestro amigo en común: Fantin-Latour.

El vínculo. Fantin. Él conoce el acuerdo que tenemos Eva y yo, y parece creer en el principio de este entendimiento. «Me aburro, sola, en el sofá de la calle Guyot, Fantin. Ya lo sabes. Así que aprovecho para ir a trabajar fuera, en la terraza de un café... O bien al abrigo en un rincón de la placita de la colina que me enseñaste un día... ¿te acuerdas?»

Y él se acuerda. Es él quien le ha dado la dirección a Edma.

—¿No encuentra esta situación bastante rara, Jeanne? Mi hermana es pintora. Su hermana es pintora. Ellas sirven de modelo para Manet. En cuanto a usted y a mí... también somos pintoras. Nuestras hermanas nos guían. Es más... ¿qué edad tiene Eva?

—Nació en 1849.

—No llega a los veinte, entonces. Berthe nació en 1841.

—Ocho años más que mi hermana...

—Son muchos, ocho años.

Hablamos y hablamos.

—Sí, ¡es extraño! —exclama Edma con la voz un poco ronca—. Una historia digna de ser novelada.

Dos veces dos hermanas.

Cuatro mujeres pintoras.

Un maestro que toma por modelo a dos hermanas.

Y un círculo de amigos en común.

Artistas.

Fantin-Latour, «el Fantin de las dos», ríe Edma.

Edgar Degas, el cinismo elegante.

El viejo Courbet, siempre emocionado cuando recibe la visita de una mujer joven.

Alfred Stevens, el pérfido valón.

—No, no tan pérfido como Alfred Sisley, el inglés. ¿Lo conoces?

Nos tuteamos. Y aquí estamos, en el bar de Mariette, la puta del corazón de oro. «Mamá Marietta» nos prepara una tortilla de patatas.

—Mi primer amor fue un carpintero de Madrid... Era irremplazable en la cama.

Murió prematuramente. Demasiado amor, decía él. Cuando en realidad, y por desgracia, fue por demasiado alcohol.

Mariette nos sirve su mejor vino y bebe con nosotras, feliz de oír citar los nombres de esos «señores artistas que ella no conoce».

—Nosotras los haremos venir aquí, mamá Marietta. Que dejen esa horrible tasca encerrada de Guerbois.

—¿A quiénes?

—A los que se acercan cada vez más a Manet... Camille Pissarro, Claude Monet, Auguste Renoir, el gentilísimo Paul Cézanne...

—¡Y a Nadar! ¡Al grandísimo Nadar!

—¡Al valiente Nadar! —exclama Marietta muy emocionada—. ¡Lo conozco! En 1856 sobrevoló París en globo, ¡y encima en compañía de su mujer! ¡Fue el que hizo la primera fotografía aérea! ¿Lo entendéis, niñas? ¡París visto desde el cielo! ¡El Barrio de la Estrella! Con su arco y sus largas avenidas...

Marietta nos deja para ocuparse de otros clientes, de los turistas venidos de lejos. Entonces, Edma me enseña las cartas de su hermana Berthe.

París, 13 de agosto de 1869

Edma, querida mía...

Manet me sermona y me sugiere que tome a la eterna señorita Gonzalès como modelo a seguir... Sabe comportarse en sociedad, persevera, sabe llevar las cosas a término, mientras que yo soy incapaz de nada. Mientras tanto, él retoma su retrato por vigésimo quinta vez. Ella posa todos los días... Y por la noche, él borra su cabeza con jabón negro... Eso es lo que lo anima a pedir a la gente que pose.

10 de septiembre, París...

Edma...

Pasamos la noche del jueves en casa de Manet. Estaba loco de alegría. Nos salió con mil extravagancias a cuál más extraña. Durante un cuarto de hora concentró todas sus admiraciones en la señorita Gonzalès, pero su retrato sigue sin avanzar. Me ha dicho que ya están en la cuadragésima sesión y ha vuelto a borrar otra vez la cabeza. Él es el primero que se ríe de ello.

Nos vamos afuera mientras esperamos el coche de punto que mamá Marietta nos ha pedido.

Edma Morisot y Jeanne Gonzalès, del brazo, cada una sosteniendo a la otra.

—¡Estáis un poco ebrias, queridas mías! ¡Qué bonito!

Mamá Marietta nos da un beso en las mejillas y nos montamos en el coche.

—¡No le digas nada de nuestro encuentro a Eva, Jeanne!

—¡Y tú no le digas nada a Berthe de nuestra conversación, Edma!

Nos cogemos de la mano. Cabeza contra cabeza.

—¿Cómo acabará esta historia de amor entre Manet y nuestras hermanas?

—¿Amor, Edma?

—Jeanne... Mi hermana adora a Manet.

—Edma... Mi hermana adora a Manet.

—¿Y Suzanne Leenhoff?

—Manet nunca dejará a su gorda esposa, Jeanne; a la madre de su amado ahijado, a ese pobre Léon. Los años pasan y él sigue siendo el pequeño *Pífano* de Édouard, su padrino. El genial pintor al que este pobre niño venera.

Atravesamos París. Una fina lluvia ha comenzado a mojar el pavimento, las aceras, las fachadas de la ciudad que tanto amamos.

—Edma...

—Jeanne...

—Creo que soy la única mujer en el mundo que no está enamorada del pintor en cuestión. ¿Por qué te ríes?

—Tú eres la excepción... ¡excepcional! Incluso yo, en un momento dado, consideré la posibilidad de ser la rival de mi hermana Berthe y de la señorita Eva Gonzalès...

—¿Así que la serpiente te ha hipnotizado a ti también?

—Sí, Jeanne. La serpiente.

Mi padre, que es un admirador incondicional de Voltaire, nos hizo leer *Cándido* a Eva y a mí cuando teníamos trece y diez años, respectivamente. La célebre frase «Todo sucede para bien en el mejor de los mundos posibles» nos encantaba. Nos la repetíamos a menudo a medida que crecíamos.

De cierta manera, a principios del año 1870, todo parecía ir mejor para nosotras.

Eva continuaba tomando clases particulares con Édouard Manet. Yo, por mi lado, había retomado la práctica de la pintura de acuerdo con los consejos de mi hermana mayor, que iba adquiriendo cada vez más seguridad. Ella hacía sus «descubrimientos» al lado de su maestro y me mantenía al tanto de lo que aprendía.

—Los pintores mediocres del Instituto, el jurado del Salón de París y ciertos críticos... ¿sabes lo que éstos no soportan especialmente del autor de *Olympia*?

—No. Dime.

—Que haya sido Manet el que inventara la yuxtaposición de las manchas de colores y la supresión de los fundidos. Juntos hemos hablado de la dilección de Delacroix por las

medias tintas. Y bien, ¿qué hace Édouard? Suprime las medias tintas y el claroscuro tradicionales, nos da contrastes a veces violentos, claro... ¡Y es eso lo que les hace gritar a los seniles del Salón! ¡Provocación! ¡Escándalo!

—¿Édouard? ¿Ahora lo llamas Édouard?

—¡Jeanne!...

Me equivoco al tratar de provocar a mi hermana con lo que, para ella, es el momento más bonito de su vida: su amor por Manet.

Viven su pasión con total secretismo, detrás de las cortinas y los biombos del estudio del pintor. Un amor que tiene sus rincones sombríos, sus zonas siniestras...

Por supuesto, Eva es la única alumna del maestro, pero no por ello él ha dejado de pintar a su «dama de negro». ¿Acaso es cínico? ¿Inocente? ¿O es que cree que a un gran artista hay que perdonárselo todo?

He vuelto a acompañar a mi hermana, de vez en cuando, al estudio de la calle Guyot. Pero últimamente me está dando vértigo. Manet ha colocado, unos junto a otros, el retrato de su mujer leyendo en el sofá azul, el de Eva pintando, por fin terminado, y *El descanso*, un óleo sobre lienzo que encuentro sublime y que representa a Berthe Morisot semiacostada en el sofá oscuro estampado de estrellas. Otro ejemplo del famoso contraste al que es tan aficionado Manet: un vestido muy claro sobre un fondo oscuro.

Y también he vuelto a ver a Edma Morisot, de paso en París. A ella también le inquieta haber visto los tres cuadros colgados en la misma pared...

—Eva... Berthe... Suzanne Leenhoff... Pero ¿sabes lo que más me indigna, Jeanne?

Caminamos juntas por uno de los muelles del Sena. Acabamos de pasar la iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre. Una idea de Edma...

—Vamos a rezar, Jeanne.

—¿Rezar? ¿Por quién? ¿Para quién?

—Por nada. Para nadie. Rezar por rezar. ¿Nunca has sentido esa necesidad de... comunicarte con Dios sin exigirle nada? Esos poetas españoles que quieres tanto: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz... ¿No crees que a veces ellos sentían esa necesidad, como si les llegara del corazón o de las entrañas? ¿Las ganas repentinas de hablar con Dios?

Edma no había elegido la gran catedral de Notre-Dame, sino que prefería, como yo, la pequeña iglesia al otro lado del Sena, donde a esa hora estaríamos seguramente solas...

A las cuatro de la tarde, Edma retoma el hilo de la conversación...

—Lo que más me indigna es el rostro y la mirada de mi hermana Berthe en *El descanso*. ¿Te has fijado bien en sus ojos? ¿En ese instante de... adoración?

—¡Pues claro! Berthe, sentada con desaire en el sofá... Una pierna oculta bajo su falda larga. Su zapato negro y su enagua tan blanca como su vestido... Su larga y exquisita

mano izquierda apoyada sobre el sofá, junto a un pañuelo blanco. Su mano derecha, que descansa sobre el brazo del sofá. Y un abanico cerrado porque es un día de verano. Es la imagen de una mujer que se abandona, una enamorada que se ofrece. Todos los prejuicios caen. El amor es lo más fuerte.

Estamos sentadas en un banco en el jardín de Vert-Galant, con el Sena a nuestros pies.

—Edma... Se dice... En fin, corre el rumor parisino... Parece que Eugène, el hermano de Manet, le hace la corte a Berthe.

Edma baja la cabeza. Su mirada se posa sobre las pequeñas olas que vienen a morir a nuestros pies. ¿Acaso no me ha oído?

—Por una vez, el rumor es cierto. Eugène está cubriendo de regalos a mi hermana... Oh, no tienen nada de particular ni se trata de gastos excesivos... Un pequeño ramo de violetas... Una concha recogida en una playa del norte de Francia... Es su manera ingenua y un poco tonta de declarar su amor.

Es mi turno de guardar silencio durante un largo rato.

—Entonces ¿no sabe lo que hay entre Berthe y Manet?

—No lo sé. Se está cocinando una extraña historia que nosotras estamos degustando: dos hermanos, dos hermanas... Los dobles del doble. ¿De qué te ríes, Jeanne?

—Con él todo es posible. ¡No se puede negar que Édouard Manet tiene imaginación! Como muestra sirvan esos tres cuadros en la misma pared...

Los hermanos de la costa, una de las novelas más populares de nuestro padre, acaba de ser publicada como novela de folletín. También se vende en formato de folleto ilustrado y las reediciones se suceden. Se habla de seguir el ejemplo con otro libro más reciente, *Viaje en pantuflas*, del que Émile Zola ha hecho una reseña muy elogiosa.

Céline Ragut, nuestra madre, ha retomado intermitentemente sus actividades de artista, como ella dice. Incluso sueña con organizar un recital de obras de Schubert, su músico preferido.

Yo, por mi lado, me he iniciado en el arte de la escultura sin, no obstante, dejar la pintura. Es Henri Guérard quien me ha propuesto pasar «de un ejercicio al otro».

—Como los gimnastas, que son capaces de practicar barra fija, saltar hacia atrás, lanzar la jabalina o el martillo. Pintas con delicadeza una acuarela, un cuadro al óleo, y luego hundes las manos en el barro, en la arcilla... ¿por qué no? Se puede moldear toda clase de materias antes de atacar el mármol.

Henri... me envió un día, como regalo, un grabado que me encantó: *La cena en la casa de Dentu*. ¿Quizá quería pedir disculpas? Me había retenido, me había embriagado para darle tiempo a su amigo Manet de llevar a mi hermana a sus aposentos privados, al otro lado del estudio de la calle Guyot.

31 de marzo de 1870. Charles Joshua Chaplin, miembro del jurado, acaba de anunciarle a mi hermana Eva que sus cuadros serán recibidos en el Salón. Eso sí, Manet le ha pedido que presente sus obras como «alumna del señor Chaplin». Teme que su «mala reputación» perjudique a su joven y única alumna.

7 de abril. Cena real en casa de los Gonzalès, en el número 11 de la plaza Bréda.

Eva expone tres obras en el Gran Palacio de las Bellas Artes para el Salón de 1870: *Niño de tropa*, inspirado en *El pífano* de Manet, *Una transeúnte* y *Retrato de la señorita Jeanne Gonzalès*.

Niño de tropa, un óleo sobre lienzo, despertó la cólera de nuestro padre contra uno de sus colegas, un periodista de *Le Siècle*.

—¿Cómo ha podido Castagnary escribir eso? ¡Lo siento mucho, Eva!

—¡Vamos, papá, es su opinión! Aun así, el jurado ha aceptado la obra. ¿Que imito a Manet? ¿Y qué? ¿No imitaba el propio Manet a Velázquez? Y Velázquez mismo admiraba a Rubens y a los pintores de Venecia... y así sucesivamente. Ya no sé quién dijo que «el arte se nutre del arte»...

—¡Y la amistad se nutre de la amistad, hija mía! ¡No puedo perdonarle a Castagnary esta afrenta!

No puedo por menos que copiar el infortunado artículo del periodista, quien, después de todo, como la propia Eva dijo, quizá tuviera razón:

El niño de la tropa, de pie, trompeta en mano y gorra de policía en la cabeza, es una pieza muy importante que presagia lo mejor para el futuro. El rostro está muy bien modelado, la pose y la expresión son las adecuadas. ¿Qué se le podría reprochar a este hombrecito? Está insuficientemente construido. Su brazo izquierdo está mal ajustado a su hombro, sus manos no están firmemente definidas, todas ellas insuficiencias de dibujo que el trabajo y el arte corrigen. Lo más acuciante para la señorita Gonzalès es que deje a Manet sus defectos. Pinta un poco oscuro y tiene inclinación, como el artista, por suprimir las medias tintas. Es ahí donde puede darse una caída peligrosa bajo la que no hay práctica sincera del arte, sino una manera. Resumiendo, la primera receta sería eliminar los fondos y pintar al aire libre, a la bonita y verdadera luz del día.

Eva había hecho todo lo posible para que su modelo se pareciera a Léon Koëlla, el pífano de Manet.

Una transeúnte es un óleo sobre lienzo. Cabellos negros y vestido negro sobre fondo completamente negro. Un pequeño rostro pálido y una mano izquierda apenas dibujada

y también muy blanca.

Retrato de la señorita Jeanne Gonzalès. Entiendo el entusiasmo del jurado por este pastel. Eva trabajó en él sin enseñarme sus progresos.

—¡Espera! ¡Ya lo verás acabado!

¡Por fin lo he visto! Y me he echado a llorar.

A llorar de alegría.

A llorar de emoción.

A llorar de gratitud.

—¡Eva! ¿Me ves así de guapa?

—¡*Hermanita!* ^[*] ¡Mírate en el espejo!

—Sí, veo mi cara, pero tú has puesto algo más. Esos ojos que...

—Es tu mirada interior. El reflejo de tu alma. Eres la dulzura en estado puro. La gentileza absoluta. La generosidad en forma de mujer. ¡Estoy orgullosa de mostrarte tal como eres, Jeanne!

Y un cielo de tormenta para Manet: ha «osado» presentar al Salón su *Retrato de Eva Gonzalès*. La prensa contraria a Manet se desata y le encuentra todos los defectos posibles. Un periodista, que revela que la señorita Gonzalès, pintora también, ha posado para el cuadro, en el que ella también ha trabajado, comenta:

¿Es ésta la manera que emplea Manet para mostrar a su modelo, la joven pintora, cómo se pinta una naturaleza muerta? ¿A quién pertenece entonces el cuadro dentro del cuadro? ¿Al señor Manet? ¿A la señorita Gonzalès?

Algunos amigos de mi padre aseguran estar «desagradablemente sorprendidos». Ignoraban que la hija mayor de un periodista y novelista tan respetado se hubiera «complacido» haciendo de modelo para Manet.

De repente, la desgracia se cierne sobre nuestro país. Ese 19 de julio Francia declara la guerra a Prusia. Napoleón el Pequeño, según mi padre y sus amigos periodistas, cae en la trampa que le ha tendido el terrible Bismarck, «el hombre de hierro».

El Estado acaba de comprarle a mi hermana *El niño de la tropa*, el hermano gemelo de *El pífano* de Manet. ¿Acaso es porque el cuadro representa a un clarín vestido con el uniforme francés?

Las noticias no son buenas.

La armada francesa, mal pertrechada, desorganizada, desmoralizada y sobre todo muy mal comandada, va de derrota en derrota.

Se produce el éxodo en París. Nuestro padre nos envía a mi madre, a Eva y a mí a Dieppe. Huelga decir que Eva ha hecho todo lo posible para quedarse en la capital. Se ha inventado mil excusas. Una migraña continua que le impide viajar: «Será un infierno para mí». Su éxito en el Salón, las reuniones que le han propuesto. «Periodistas, marchantes... Además, es posible que la armada francesa se recupere, ¿no?»

Sé —¿lo saben mis padres?— que lo que Eva desea sobre todo es no alejarse de su maestro y señor.

Fantin-Latour resuelve la situación anunciando que Manet y su familia se marchan («¡esa misma noche!») a los Pirineos.

Un malentendido. Es a su madre a quien Manet, en efecto, ha enviado junto con su mujer y Léon a casa de unos amigos, en los Pirineos Atlánticos.

2 de septiembre. Mazazo: Napoleón III, el emperador enano, depone las armas en Sedán con ochenta y tres mil hombres. No se cuentan, al parecer, los miles y miles de franceses caídos en el campo del honor.

Una masacre. Un imperio que se desploma.

Pero la pasión patriótica asciende a primera línea. Léon Gambetta, jefe de la minoría republicana en el Cuerpo Legislativo, toma las riendas del gobierno.

Comienza la resistencia.

19 de septiembre. Los prusianos avanzan, París queda incomunicada del resto de Francia.

El gigante Nadar, siempre inventivo, ha tenido la idea de mandar el correo en globo. ¡Una armada de globos! Él en persona y Gambetta emprenden el vuelo por encima de las líneas alemanas hacia territorio desocupado. Y, gracias a los globos, Eva recibe las cartas de Manet.

Salimos con frecuencia de casa para caminar juntas por la orilla del mar en busca de un rincón tranquilo. Mi hermana me cuenta las novedades.

—Manet y Degas se han alistado en artillería. Lugarteniente de la Guardia Nacional, ha sido designado al Estado Mayor. Es irónico, pero Édouard está a las órdenes del coronel Ernest Meissonier, ¡pintor académico que ha hecho de todo para impedir que sus cuadros entrasen en el Salón!

Mi hermana sonríe, pero su risa es de corta duración.

—Berthe Morisot se ha negado a abandonar París. Ha prometido luchar como un hombre. ¡Ya lo decía yo, tendría que haberme quedado yo también! ¡Ese imbécil de Fantin lo ha hecho a propósito! ¡Siempre se ha sentido más cerca de las hermanas Morisot que de nosotras!

Más cartas.

Noticias cada vez más alarmantes.

Otro mensaje de Manet a mi hermana:

Yo creo que nosotros, desgraciados parisinos, acabaremos por asistir como participantes a algo espantoso —muerte, incendios, robos— si Europa no interviene a tiempo. En este momento hay masas de guardias móviles en todos los rincones de Francia, que se alojan en los hogares de la gente o acampan en plazas y bulevares. Muchas personas se van... Es una debacle; la gente se pelea en las estaciones de tren para irse.

A veces pienso que mi hermana está enloqueciendo. Por suerte, Esperanza se encuentra en Dieppe con nosotros. Es ella la que «se va de la lengua»:

—Señorita Jeanne... ¡Acabo de enterarme! ¡Su hermana prepara en secreto su regreso a París! ¡Lamento mucho traicionarla!

Desesperación profunda de Eva. En efecto, está considerando irse de Dieppe en compañía de una vecina cuyo marido se ha quedado, enfermo, en París. Pero la realidad se interpone: es imposible cruzar las líneas alemanas sin correr el riesgo de ser violada o asesinada.

19 de noviembre. Una nueva carta de Manet actúa en mi hermana como una especie de bálsamo:

Una de nuestras amigas sitiadas me preguntaba cómo soporto su ausencia, puesto que la admiración y la amistad que tengo por usted son de notoriedad pública. Me tomaré la libertad de responderle a usted misma que, de todas las privaciones que nos ha impuesto el asedio, considero ciertamente la de no poder verla como una privación de primera fila...

Ayer fui a visitar a su padre. Había salido. Sólo encontré a la criada, que me dijo que estaba bien y que el tiempo se le estaba pasando muy lento.

Degas y yo estamos en la artillería, como artilleros voluntarios. Cuento con que a su regreso le haré un retrato con mi gran capa de artillero.

Y más adelante:

Mi petate de soldado está equipado con mi caja de pinturas, mi caballete de campo y todo lo necesario para no perder el tiempo y aprovechar las facilidades con las que me vaya encontrando...

Aquí estamos comenzando a sufrir. La carne de caballo empieza a estar considerada

una exquisitez. El precio del asno está por las nubes. Las carnicerías venden carne de perro, de gato y de rata. París está mortalmente triste. ¿Cuándo acabará esto? Ya hemos tenido más que suficiente.

Por un momento, Eva y yo creemos que el humor negro de Manet lo empuja a contar estas macabras historias de «carnicerías de gatos y ratas». Pero, por desgracia, ésa es la realidad. Nuestro padre nos ha enviado algunas notas escritas por Victor Hugo a su regreso del exilio en las que dice: «Ya ni siquiera es caballo lo que comemos. Quizás es perro. Quizás es rata. Empiezo a tener dolores de estómago. Comemos lo desconocido». Y añade: «Hemos matado a un elefante en el Jardín de las Plantas. Nos lo comeremos».

28 de enero de 1871. Nos enteramos, consternadas, de que París ha capitulado: la ciudad se ha entregado al enemigo.

En Dieppe vivimos el día a día.

Dormimos poco. Comemos poco. Caminamos mucho.

A veces nuestra madre nos acompaña, y nuestra damita de compañía, Esperanza, también. Esta última parece estar inmersa en una bonita historia de amor con el hijo del panadero, que sueña con llegar a ser un día, a la muerte de su padre, pastelero o restaurador.

—Geoffroy Jean ya está ahorrando para comprar un local muy cerca del mar. Una cervecería de calidad que podría convertirse, afirma él, en una mina de oro.

—Es decir, que dentro de unos años, querida Esperanza, serás una patrona rica...

—¡No sé, señorita Eva! ¡Geoffroy y yo nos conocemos tan poco!

—Vamos, Esperancita... La señora Garoche, nuestra vecina, jura que esta mañana, a las cinco, ha visto al joven panadero saltar de la ventana de tu habitación.

—¡La vieja arpía miente!

La pobre Esperanza estaba a punto de llorar. Su angustia ha acabado por enternecernos.

Seguimos con interés las historias sentimentales de la españolita, pero nuestra madre no deja de estar preocupada:

—La señora Garoche ha querido advertirme, como ella dice, del drama que se avecina. El padre del joven Geoffroy ya ha cerrado algunos acuerdos con el asador más importante del pueblo, que tiene sólo una hija. «El pan y el asado van siempre de la mano.» Y con ellos el vino. Según el viudo, los dos padres también tienen el proyecto conjunto de comprar un viñedo y ampliar su patrimonio.

—¿Y el amor, mamá? ¡El joven parece verdaderamente prendado de nuestra Esperancita!

—¡Eva! ¡Lemarchand hijo está tan ávido de negocios como su padre! Lo que descarta, de entrada, es a una huérfana española llegada a Francia para trabajar de criada en París. ¡Corre peligro de salir de Dieppe embarazada hasta las cejas!

Terminamos por entender el peligro de la situación. Eva se hará cargo de dirigir nuestra «estrategia de combate».

—Un encuentro con Geoffroy Lemarchand en un bar discreto del puerto. El joven tiene un cabello cobrizo y unos ojos azules que bien podrían inspirar un bonito pastel —me susurra mi hermana al oído. Él parece bastante nervioso.

—¿Querían verme, señoritas Gonzalès? ¿Tiene que ver con la calidad de nuestro pan?

—Mejor aún, señor Lemarchand. Tenemos una pregunta concreta y directa: ¿tiene usted la intención de casarse con Esperanza Lobos o con la heredera del rico asador?

El joven panadero palidece, balbucea y trata de salir del paso afirmando que él «quiere mucho a la persona de la que hablamos».

—No se trata de querer mucho, señor, sino de querer completamente, de casarse, de formar una familia...

Observo con admiración la actitud firme de mi hermana mayor, su manera de arrinconar a Lemarchand hijo hasta el punto de hacerle confesar que en efecto, a pesar de su «aprecio» por Esperanza, ya ha firmado el acuerdo de matrimonio, que se celebrará en Dieppe el verano siguiente.

Salimos del bar con una carta que Eva le ha dictado a Lemarchand hijo, en la que el panadero le anuncia a Esperanza su próxima boda, le suplica que le perdone sus mentiras y le desea un futuro maravilloso —después de la guerra— en París.

Hemos tenido que consolar a nuestra querida Esperanza y le hemos jurado, por supuesto, que en París, cuando las cosas vayan mejor, la familia Gonzalès emprenderá la búsqueda de un hombre digno de Esperanza Lobos.

Un momento de verdadera felicidad: una carta de Manet, enviada el 5 de febrero de 1871:

He recibido una nota de su padre en la que me anuncia que acaba de recibir buenas noticias de ustedes, lo que me complace mucho. A menudo he pensado en todas ustedes, y supondría para mí una gran satisfacción verlas muy pronto. Nosotros tres, mis hermanos y yo, estamos bien, pero, como todos los parisinos, tenemos cara de hambrientos. Desde hace un mes que nos morimos de hambre, y esta situación se me antoja que va a prolongarse mucho.

Cada vez que llega una carta de Manet de París, Eva corre a encerrarse en su cuarto.

Yo sé que hay que dejarla tranquila. Pasa de la risa a las lágrimas, de la desesperación más loca a la alegría más incontrolable.

—¡No me olvida, Jeanne! ¡A pesar de la tragedia que vive París! A pesar de sus preocupaciones, del hambre, a pesar de... la Morisot, no me olvida. Pero, ¡Señor!, que termine ya esta carnicería y podamos emprender el camino de regreso. ¡Tengo tantas ganas de verlo, Jeanne! He vivido en el paraíso durante el tiempo que han durado mis clases en el estudio de la calle Guyot. Trabajar a su lado, verlo pintar, hablar con él... ¡Si tú supieras, Jeanne! ¡Si tú supieras!

En realidad, no deseo saber más. La pasión de Eva por Manet me aterroriza. Es una pasión ciega. ¿Cree que un día, por una especie de milagro de amor, abandonará a Suzanne y a Berthe para comenzar una nueva vida con Eva Gonzalès?

—Para revolucionar el arte de la pintura como lo hace desde hace años, Manet necesita una vida tranquila. ¡Nunca cambiará su modo de vida!

Es a Henri Guérard a quien debo este retrato tan realista de su amigo. Antes de que dejáramos París, Henri venía a vernos con frecuencia a casa. Nuestro padre admiraba a este «grabador genial que hace perdurar las obras de nuestros mejores artistas». En cuanto a mí, sigo impresionada por la adoración que Guérard le profesa a mi hermana. Como nos hicimos verdaderamente amigos, Henri, un hombre franco, terminó por confesarme un día:

—Las mujeres pasan, Suzanne se queda. La lista es larga. Las mujeres aman a Manet. Y Manet ama a las mujeres. ¡Es tan simple como eso!

Poco a poco vamos recibiendo noticias de todos nuestros amigos. Buenas y malas.

Al joven Frédéric Bazille, cuyo talento todo el mundo alababa, lo mataron en el frente a finales del año pasado. Sólo tenía treinta años.

Paul Cézanne, prudente y pacifista, se ha fugado para evitar su reclutamiento y, al parecer, vive escondido en «alguna parte al sur de las colinas de L'Estaque».

Camille Pissarro y Claude Monet, que nunca han disimulado sus ideas socialistas, se han negado a alistarse en la armada de un emperador al que rechazan.

Pissarro ha encontrado refugio en Londres. Como represalia, los alemanes han instalado una carnicería en su casa de Louveciennes. Una gran parte de sus obras ha sido destruida.

En cuanto a Monet, ha dejado a su mujer e hijo en casa de su amigo el pintor Boudin, para reunirse después con Pissarro en Londres.

Renoir se ha enrolado en los artilleros. Lo enviaron a Burdeos y, más tarde, a los Pirineos, donde contrajo una disentería muy grave. Su fuerte naturaleza le ha permitido volver a la vida. Al llegar a París, justo antes del comienzo de la Comuna, sólo deseaba restablecerse completamente...

Respecto a Manet... Muy debilitado a causa del hambre, ha terminado por reunirse con su familia en los Pirineos Atlánticos.

—Lo entiendo... Lo entiendo...

Eva repite estas palabras durante horas, como para digerir su decepción. Pero una noche, acostada en mi cama, con las manos sobre los ojos para ocultar las lágrimas que corren por sus mejillas, me confiesa por fin:

—Por un momento tuve la esperanza de que pasaría por aquí. No para quedarse, por supuesto. Sólo para verme... Para saludarnos...

—Está muy débil. El viaje de París a los Pirineos debe de haberle supuesto un esfuerzo enorme.

—Sí, lo sé. Pero una vez allí, rodeado de su familia... No creo que encuentre tiempo para escribirme. Le mandaré una nota a su esposa.

—¿Lo crees necesario?

—Suzanne y yo somos amigas, después de todo, ¿no?

Y mi hermana aparta las manos de los ojos para fulminarme con una de esas miradas cuyo secreto sólo ella tiene.

Es así como las dos «amigas» han establecido correspondencia para contarse las últimas novedades, sin olvidarse entre líneas del verdadero motivo de ese intercambio de amabilidades: un pintor llamado Édouard Manet.

Aprovechando que hace una temperatura agradable, nos llevamos, en cada paseo, nuestros caballetes y todo lo necesario para pintar o dibujar.

Estoy feliz por haber redescubierto la complicidad que teníamos desde que éramos pequeñas. Pero sobre todo estoy orgullosa del cambio sutil en nuestra relación. Yo era el modelo preferido de Eva y yo, a mi vez, había logrado dominar esa falta de confianza en mí misma que mi propia hermana no paraba de subrayar con impaciencia y en ocasiones con violencia.

—¡Basta, Jeanne! ¡Me he pasado horas y horas enseñándote dibujo, pastel, acuarela, óleo! Has firmado decenas y decenas de naturalezas muertas que son más que aceptables. ¡Lánzate a un proyecto de envergadura! ¡Me lo debes, Jeanne!

«¡Me lo debes!» A veces mi hermana se mostraba exigente, reivindicativa y apremiante. Pero, al mismo tiempo, se dejaba influir como una modelo dócil, permitiéndome decidir la pose, los objetos, el fondo del cuadro, la elección de los colores...

Eva Gonzalès en Dieppe es mi verdadero primer cuadro como pintora profesional. Eva está de perfil, con el cabello recogido y sentada en el sillón más cómodo de la casa.

Como elección en absoluto «inocente», he querido que lleve un vestido muy amplio,

muy claro, un poco arrugado y sin forma. Es mi acción «anti-Manet»: si Berthe Morisot simboliza (sobre todo según las malas lenguas) su «dama de negro», Eva Gonzalès será la «dama de blanco» de su hermana Jeanne.

En el transcurso de una pausa, Eva me lee algunas frases de la carta que acaba de recibir:

... buena y encantadora carta que me escribió hace dos meses, pero estaba demasiado triste para coger la pluma... ¡Qué angustias y temores! Mi marido está aquí desde hace ocho días y lo he encontrado muy cambiado. Cuento con que el buen aire, la buena comida y la alegría de volver a vernos lo repongan de todo lo que ha tenido que soportar durante el asedio...

Suya...

Suzanne Leenhoff

Acabo de terminar mi cuadro. ¡Puedo —por fin— mostrárselo a mi madre, que no aguanta las lágrimas!

—¡Yo sabía que las dos teníais talento! Una nueva etapa comienza para ti, mi Jeanne... ¡Estoy segura de que algún día os veré a las dos en el Salón de París!

París... Después del asedio... El hambre, el éxodo... Un nuevo baño de sangre. El horror cotidiano.

Los parisinos, reducidos a la desesperanza y furiosos con las condiciones de paz, ultrajados por los insultos y amenazas que pesan sobre ellos, han decidido retomar las armas y proclamar un gobierno insurrecto. ¡La Comuna de París!

Thiers busca refugio en Versalles. Los prusianos siguen con interés a la armada levantada por «el señor Thiers». ¡El segundo sitio de París!

La Comuna es aplastada y el poder pone los puntos sobre las íes. Hay más de diecisiete mil fusilados y miles de deportados.

28 de marzo. Suzanne Leenhoff le escribe de nuevo una breve carta a Eva en la que le anuncia que la familia Manet se irá de Arcachon el 1 de abril para «pasar quince días en Burdeos». Le pregunta a mi hermana si ha oído hablar de una exposición que tendrá lugar en el mes de mayo... La señora Manet termina con una frase que hace palidecer a mi hermana de humillación, y luego enrojecer —y rugir— de cólera: «Mi marido le aconseja que no envíe nada si no tiene algo realmente muy bueno, digno de usted».

—¡«Mi marido le aconseja»! ¿Por quién se toma esta cerda gorda? ¡Y él... él! ¿Es que ha perdido todas sus fuerzas durante el asedio de la capital? ¿Es que es incapaz de coger una pluma o un lápiz para decirme él lo que tiene que decirme?

París se levanta poco a poco. Se entierra a los muertos. Se lloran las ausencias. Se les dice adiós a los proscritos.

Después de tanta sangre y lágrimas, la ciudad retoma su rutina. Los pobres tienen un duro trabajo: han perdido lo poco que tenían. En cambio, para los ricos hay paseos y sonrisas.

El verano transforma el París mártir de ayer en un París feliz y cura sus heridas en un tiempo récord.

El barón Haussmann ha tenido la sabiduría de pedirle a Charles Marville un testimonio fotográfico de cada calle y de los cruces más modestos de la capital antes de que desaparecieran decenas y centenares de edificios. Así, las generaciones futuras podrían hacerse una idea del rostro de París antes de la construcción de todos sus nuevos inmuebles, avenidas y edificios suntuosos, como el de la Ópera.

Es otra época. Casi otra ciudad.

Mi madre, Eva, Esperanza y yo salimos de Dieppe a principios del mes de julio. Encantadas, por supuesto, de volver a estar en casa. ¡Nunca olvidaré la exclamación de la españolita!

—¡El señor Gonzalès tiene que estar tan feliz!

Es un padre envejecido y enflaquecido que nos recibe amargado por la debacle de la Comuna, pero ¡tan contento de volver a ver a su familia!

* En castellano en el original.

TERCER CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

PAPÁ NOS ACONSEJÓ, ayer por la noche, que retomáramos nuestras buenas y viejas costumbres.

—Haced todo lo que podáis para olvidar la guerra, los malos momentos, la larga estancia en Dieppe... Id al Bois, queridas mías. Reuníos con los amigos que no hayáis visto desde hace mucho tiempo... París está reencontrando, poco a poco, su habitual esplendor. ¿Sabéis que ahora artistas, escritores y turistas llegados de todos los rincones del mundo frecuentan todos, discretamente, el nuevo centro de la elegancia y del placer parisino...? ¡Les Folies-Bergère!

—¡Emmanuel! Pero ¡si tú detestabas ese lugar destinado, y cito, «a las señoritas de vida alegre y a los barones de la corte del infame Napoleón III! ¡A la chusma realista!».

—Marie Céline Ragut, ¡mi esposa bien amada! ¡Eso era antes de la caída del Imperio! ¿Sabes lo que es apasionante, ahora, cuando llegas al Folies?

—No. ¡Ilústreme, señor Emmanuel Gonzalès!

—¡La mezcla, mi amor! ¡El popurrí democrático! Los ricos... qué digo, ¡los archirricos están allí! Los hombres con sombrero de copa... Las damas con sus vestidos suntuosos... Y esa gente guapa se cruza con las mujeres de compañía distinguidas, con los poetas en busca de nuevas sensaciones, con los pintores atraídos por la luz... Degas, Renoir, Fantin, Manet...

—¿Y tú, Emmanuel? ¿Vas con frecuencia al Folies?

Eva y yo salimos del salón donde nuestra madre se aprestaba a hacerle a nuestro padre una escena de celos en toda regla.

De manera que hemos retomado nuestros hábitos. Sobre todo, hemos vuelto al trabajo con redoblado empeño. Yo me concentro en mi muy ambicioso proyecto: *El puerto de Dieppe*, el final del puerto en diagonal... Barcos... Velas desplegadas... Velas arriadas... El final de la ciudad en el extremo izquierdo del lienzo... Y el cielo... El cielo tormentoso típico de esa región de Francia.

Eva, por su lado, le da los últimos retoques a sus *Anémonas en jarrón azul*, que considero espléndidas. Un ramo maravilloso del que no importa el dibujo preciso de cada flor. Una armonía de manchas de colores diferentes sobre un fondo oscuro, y en el centro, el amarillo y el blanco, pétalos y hojas. Verdaderos soles.

No he podido evitar manifestar mi entusiasmo. A Eva le ha salido una especie de sonrisita triste.

—Me habría gustado llamar a este cuadro *Homenaje a Manet*. ¡Le gustan tanto las flores! Desgraciadamente, temo que sea muy mal visto por determinadas personas. En todo caso, estas anémonas son para él.

Y extiende las manos hacia el lienzo como para acariciar las flores.

Lo sabía... Conocía el «secreto» de mi hermana. Eva sólo espera el regreso de Manet a París para retomar sus clases, o más bien para continuar su historia de amor.

28 de octubre de 1871. «La señorita Eva Gonzalès» se inscribe en el Louvre a través de la Instrucción Pública y de Cultos con el fin de realizar una copia de un gran maestro del pasado.

Recibirá dos mil francos por su trabajo.

Este encargo hace de Eva una pintora profesional. Tal felicidad debería colmar a mi hermana de orgullo y alegría. De tanta felicidad...

Mis padres no entienden nada.

—Jeanne... ¿Por qué tu hermana pasa de la risa a la angustia? ¡Acaba de obtener un reconocimiento oficial! ¡Debería estar bailando, cantando y saltando de entusiasmo! Pero no. ¡Estoy perdiendo el norte! ¿Es que hay algo que atormenta a mi hija mayor?

Mi pobre papá tiene motivos para estar preocupado. Pero ¿qué hacer? ¡No puedo, bajo ningún concepto, revelar el secreto de mi hermana!

La vida, los días y las noches, el instante de alegría o las horas de pena dependían, para Eva, de una sola y única persona: ¡Édouard Manet!

Cada vez con más frecuencia nos quedamos en casa. Sobre todo Eva. ¿Y si Manet le enviara un mensaje? Un encuentro clandestino... Una cena discreta...

Falsas ilusiones. Hay que rendirse a la evidencia. El maestro se aleja, paso a paso, de su única alumna.

Eva está pensando en enviar al Salón dos cuadros: *La indolencia* y *La planta favorita*.

Una vez más, tengo que hacer de modelo para mi hermana. Eva, la artista, y Jeanne, la modelo, nos hemos sentido muy orgullosas de la opinión de dos eminencias de la prensa francesa. Jules Clarétie ha escrito: «La señorita Eva Gonzalès, la hija de nuestro simpático colega, ha expuesto el retrato de una joven al que ella le da el título de *La indolencia*. Es una figura sentada que lleva puesto un vestido rosa claro y una pañoleta de gasa alrededor del talle. La joven mira al frente con pupilas soñadoras. De su mano cae perezosamente un delicioso ramo de violetas; no hay nada más grácil que ese brazo cansado...».

Por su lado, Émile Zola, en sus «cartas parisinas» del 12 de mayo de 1872 escritas para el diario *Le Cloche*, dice: «Quiero señalar un cuadro adorable que representa a una joven muchacha, una figura cándida vestida de rosa con una pañoleta de muselina anudada

castamente al cuello. Es simplemente exquisito por su fragilidad y blancura: es como una virgen caída de una vidriera y pintada por una artista naturalista de nuestra era».

La tía Dolores está de paso en París junto con su fiel ama de compañía.

—Es muy natural que venga a visitar el Salón que expone a mi sobrina.

Nuestro padre le ha enviado los artículos que citaban *La indolencia*, así como la nota de Théodore Duret sobre el pastel y que escribió para la *Chronique des arts et de la curiosité*: «En *La planta favorita*, una joven mujer riega una flor. El conjunto se sostiene a partir de un gris violáceo y de una gran armonía; la ejecución es excelente. La modelo está llena de vida, de sensibilidad, de reserva, como cualquiera querría ver la imagen de su mujer, de su hija o de su hermana».

—Pero ¡Jeanne! Habéis trabajado en ese cuadro las dos juntas, Eva y tú. Lo sé. ¡Os vi cuando fui a saludaros a Dieppe! ¿Por qué sólo está firmado con Eva y no Eva y Jeanne?

—Por varias razones, tía. A las críticas y al público no les gusta que un cuadro esté firmado por dos personas. Es una especie de prejuicio, una idea romántica de lo que es el Arte, con «A» mayúscula. El creador debe crear solo, como Dios. Pintar un lienzo entre dos sería una especie de divertimento. Así que más vale que la obra lleve un solo nombre. Mira lo que ha ocurrido con el *Retrato de mujer*. Ese cuadro lo trabajaron Eva y el señor Manet, y el maestro se negó a firmarlo. Eva se limitó a indicar que el lienzo tenía correcciones realizadas por Édouard Manet.

—¿Hasta ese punto?

El tono indignado de la tía Dolores me sorprende. Ignoro lo que ha querido dar a entender con esa enigmática interrogación.

Bajamos por los Campos Elíseos. Un trío muy particular que no deja indiferente a nadie. Algunos caminantes giran la cabeza para observarnos.

¿Qué es lo que ven? A una muchacha bastante elegante. A una dama tan obesa que le cuesta poner un pie delante del otro y a una viuda toda vestida de negro, de talle alto, filiforme, que le da su brazo a la gruesa patrona para evitar que tropiece.

Nos detenemos un instante para que la tía Dolores pueda recuperar el aliento.

—Ahora tienes veinte años, Jeanne...

—Sí, tía.

—¿Puedo hablarte entonces de mujer a mujer?

—Por supuesto.

—¿Qué hay entre Eva y Manet?

Se acabó la tranquilidad. Me lo temía. Me lo esperaba.

—Pues... nada, tía Dolores. Nada más que amistad. Es una relación privilegiada entre

maestro y alumna.

—¡Jeanne! Las malas habladurías que sirven para ensuciar la reputación viajan más rápido que el aire. Y Madrid... Es triste decirlo, pero es así: Madrid respira con frecuencia el aire de París, Manet no es un santo. Y Eva tiene la sangre caliente de una Manuela de Lavapiés. Yo estoy alerta desde que tu hermana era adolescente, y siempre me digo: el día que Evita se enamore, no será amor en el sentido convencional. Para ella será la pasión en estado puro, como ¡un terremoto! Un huracán devastador. Lo dará todo... ¡Todo! Incluso si ella no recibe nada a cambio.

—Tía, eso no es del todo exacto. ¡Eva ha aprendido mucho sobre su arte gracias a Manet!

—¡Jeanne! Si sólo fuera la pintura... Manet nunca dejará a su mujer. Y, por el momento, tampoco ha dejado a la otra chica, que tiene garras de acero. ¡Esa Morisot! Evita tiene todas las de perder en ese circo parisino.

La dama de compañía y yo tenemos que llevar a la tía Dolores al banco más cercano para que se siente. Su respiración es entrecortada. Le sale un ruido sordo del pecho. Se ahoga de rabia.

—¿Qué puedo hacer, tía? Eva es como un *toro bravo*.[\[*\]](#) Se lanza... Y se ha lanzado al ruedo. Y a ella poco le importa si hay sangre en la arena.

—¡Sangre!... ¡Mala sangre! De la sangre de adulterio es de lo que tengo miedo.

—¿El qué, tía? No entiendo...

—¡Oh, claro que sí! Sí que lo entiendes, hija mía. Ya sabes lo que puede suceder cuando la pasión vuelve locos a un hombre y a una mujer. Ése es el motivo de mi angustia. ¿Me lo contarás todo, Jeanne? ¿Lo harás? ¡Júramelo por Dios!

—¿Contarte qué, tía?

—Si Eva...

Como no se atreve a decir la palabra, hace un gesto con las manos, el que se usa para imitar a una mujer embarazada. Pero la tripa que dibuja es tan vasta, tan hinchada y monstruosa, que no puedo reprimir una carcajada casi histérica...

Verano.

Preparamos el viaje a Montecarlo que reunirá a toda la familia Gonzalès.

La tía Dolores y su dama de compañía se unirán a nosotros en el «peñón paradisíaco», como lo llama mi padre, cuyo amor por este pequeño principado se consolida.

—¡Estoy plantando mis raíces en Mónaco!

Ése es el nuevo grito de guerra de papá.

Manet, como de costumbre, se va a Gennevilliers, a la propiedad que heredó de su padre magistrado. Un edificio muy bonito rodeado de jardines donde el pintor encuentra

todas las flores y árboles frutales que le gustan.

—¡La casa de Manet al borde del Sena es la residencia de todos! —proclamaron a coro en el Guerbois: Renoir, Monet y Sisley—. ¡Así podremos desvelar las bellezas secretas del río y sus ondas luminosas!

Fue Claude Monet quien me explicó, en una cena en casa, la fascinación que tienen los impresionistas por el agua.

—¡Todo viene de Maupassant, querida Jeanne! Hacia la década de 1860, como a él le gusta recordar, los parisinos descubrieron las orillas del Sena, sus barcos de remo y de vela. Esos barcos atraían, sobre todo los domingos, a hombres jóvenes y vigorosos y a mujeres jóvenes y fáciles: vestidos ligeros para las damas y bañador a rayas y sombrero de paja para los varones. Maupassant fue un atleta en su juventud. Escribió algunas cartas que reflejan bien la atmósfera de aquella época: «Durante los días en los que fui a remar, vi cosas curiosas y chicas peculiares. Una vida de fuerza y despreocupación, de alegría y pobreza, de grandes fiestas escandalosas...». Y más adelante: «Una mujer es indispensable en un barco. Indispensable porque mantiene despiertos el corazón y el espíritu, porque anima, distrae, añade un toque picante y decora las verdes orillas con su sombrilla roja resbaladiza».

Mis padres habían invitado a Monet. Mi padre solía despedirse de los amigos antes de irse de vacaciones. El pintor estaba sentado a mi derecha, y yo estaba encantada de escucharlo porque evocaba de una manera cálida el ejemplo de Guy de Maupassant.

—Le debemos mucho, Jeanne. Sin saberlo, este escritor de genio nos ha mostrado el camino que hay que seguir. Es decir, el camino del río, del lago, del mar. Fue en 1871, apenas un año después de que yo me instalara en Argenteuil. Renoir y Sisley vinieron a pasar ese verano conmigo. Ahí hay mucha animación... porque todos los años se abren restaurantes y cafés. Yo tengo incluso un estudio flotante que le entusiasma a Manet, tanto que llegó a decirme: «Algún día pintaré un cuadro de ti en tu barca-estudio». Buena idea, ¿no? ¡Monet por Manet!

Finales de verano en Mónaco.

Papá no deja de agrandar y embellecer la casa, y «su» jardín se ha convertido casi en una atracción turística.

Como en París, Eva y yo tenemos habitaciones contiguas.

Esa mañana hacía todavía mucho calor. Nuestros padres se habían ido muy temprano a la ciudad en compañía de nuestra ama de llaves monegasca, la criada de mi madre y dos mozos muy fuertes, Émile y Abel, que están realizando varios trabajos para el «señor Emmanuel». Ayudan en el jardín, en la cocina, conducen el coche de la familia, cargan las compras... Son dos hermanos muy simpáticos que veneran a nuestro padre.

—Gracias al señor Emmanuel, los parisinos están viendo la otra cara de nuestro país. Mónaco no es solamente Montecarlo. Mónaco es un lugar donde se vive bien, como lo afirma con frecuencia don Emmanuel en sus artículos.

Yo salí de casa al alba para subir la Roche y contemplar el amanecer. Un instante exquisito en el que las sombras de la noche se funden en los colores todavía tímidos de la aurora.

Eva se imaginó entonces que no había nadie en casa y que estaba sola con Esperanza, que se ha transformado casi en su doble, en su sombra. Hasta ha comenzado a vestirse con los vestidos de mi hermana cuando sale. Incluso mi madre se ha dado cuenta.

—Eva... ¿le das a Esperanza ese magnífico conjunto de Worth? Me gusta que seas amable con tu pequeña dama de compañía, pero de todos modos... ¡ese vestido costó una fortuna!

—¡Ya no me vale, mamá!

—¿Por qué? Si lo llevaste por última vez hace... ¿un mes? ¿Un mes y medio? ¿Qué es lo que no va?

—He engordado un poco, mamá. Las paellas de la tía Dolores.

—Qué exagerada, hija mía. No tanto como para vaciar tu armario en beneficio de una chica que, seamos sinceros, lleva mal esas prendas de gran dama. No tiene costumbre.

—Ya no soporto ciertos colores, mamá. Además, eres injusta. ¡Esperanza es más fina y tiene más clase que muchas damas del barrio de Saint-Germain!

Esa mañana, creyendo entonces que estaban solas, Eva y Esperanza habían abierto puertas y ventanas para generar una corriente de aire.

Yo me había puesto mis alpargatas para ir a la playa. Me gusta mucho ese tipo de zapatos porque es como si caminara descalza. Al subir, oí las voces de Esperanza y de mi hermana. Como me había ido sin haberlas visto, me apresuré para saludarlas.

Eva y Esperanza estaban frente al espejo del gran armario de ébano. Eva estaba desnuda y Esperanza sujetaba un metro alrededor del talle de mi hermana. Eva se sostenía los senos con las manos en copa para evaluar el peso y el aumento de volumen.

Me quedé inmóvil. Petrificada. Entonces lo entendí.

Nuestras miradas se cruzan en el espejo. Con eso basta. Ya quedaron atrás nuestros años de infancia y de adolescencia.

¿Sospechan algo nuestros padres? Eva afirma que no. Y que «es mejor así». Durante un tiempo.

—Ya veremos más adelante...

—¿Qué piensas hacer, Eva?

—Tía Dolores lo sabe todo. Me espera en Madrid.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

De regreso a París, actúo de intermediaria entre Eva, nuestros padres y nuestros amigos parisinos.

Eva, Esperanza y yo hemos ido a una tienda muy elegante que acaba de abrir en el barrio de Saint-Honoré.

Poco a poco, Asia cobra presencia en París. China, y sobre todo Japón. Manet se ha asegurado, en su retrato de Émile Zola, de reproducir la estampa japonesa que el escritor había colgado en la pared de su estudio, al lado de un grabado inspirado en un cuadro de Velázquez y de una fotografía de *Olympia*.

Mi hermana y yo nos gastamos una fortuna. Al unir nuestros esfuerzos y pequeños ahorros, Eva podrá pasearse por casa (e incluso recibir a amigos) vestida con uno de sus tres suntuosos kimonos japoneses de raso y seda con forro de algodón.

Un kimono azul cielo.

Un kimono amarillo muy claro.

Un kimono verde esmeralda.

—¡Verde! El color de la esperanza —grita Esperanza loca de alegría.

—¡Eva! ¡No te quedarás otra vez encerrada en tu estudio! ¿Cuánto tiempo hace que no vas a pasear por el Bois? ¿Por los bulevares? ¡Dos meses ya!

Nuestra madre, Eva y yo tomamos la merienda las tres solas en el salón íntimo de nuestra casa de la plaza Bréda. Esperanza, que se ocupa del servicio, me lanza una mirada angustiada. Eva calla. Ha decidido de una vez por todas no contestar a preguntas desagradables.

—Déjala en paz, mamá. Ya saldrá cuando los cuadros estén acabados.

—¡Jeanne! ¿Desde cuándo respondes tú cuando pregunto a tu hermana?

—Pronto iré a pasear, mamá. No hace falta que regañes a tu hija menor.

—¿Pronto? ¿Cuándo? Insisto por tu bien. Estamos en otoño. Los campesinos dicen que el invierno será crudo. Hay que aprovechar los días buenos entre las dos estaciones.

—Estoy pensando en hacer un viaje, mamá.

—¿Qué? ¿Adónde? ¿Cuándo?

—A Madrid. Luego a Almería, a Sevilla... La tía Dolores se está ocupando de todo.

Nuestra madre enrojece y luego palidece. La cólera se apodera de ella.

—¿Y desde cuándo...?

Larga pausa. Profunda inspiración para tratar de mantener la calma.

—¿Desde cuándo María del Carmen de los Dolores organiza tus viajes sin decirme nada?

—No hay nada decidido todavía.

—¿Os vais juntas tu hermana y tú?

La pregunta nos coge por sorpresa. Eva y yo no habíamos contemplado esa eventualidad. Por supuesto, yo estaría dispuesta a seguirla.

—No —replica Eva—. Ya es hora de que Jeanne comience un trabajo para el Salón. Está perjudicando su arte por ponerse al servicio del mío. No es justo. Iré sola a España. ¡Oh, perdona, Esperancita! Tú vendrás conmigo, como habíamos convenido entre nosotras.

—¡Convenido... entre vosotras!

Nuestra madre está sobrepasada por los acontecimientos. Repite esa frase con aire turbado. ¿Es el comienzo de una sospecha?

Ponemos en práctica el plan elaborado en Mónaco a finales de verano.

No hace falta decir que Eva se queda cada vez más en casa en previsión del Salón.

—Hay que invitar a cenar a nuestros amigos pintores, Jeanne.

—A los que servirán de portavoces en París y proclamarán: «¿Eva? Está muy bien. Sí, he cenado en su casa. La he visto. Está trabajando como una loca para el Salón». ¿Por quién comenzamos? ¿Stevens? ¿Sisley?

—¿Un inglés y un valón juntos? *Sister!*

—Tienes razón. Sisley es incluso más mundano que Stevens. ¡El inglés es mejor opción!

—¿Y Degas?

—Sí. Y lo más rápido posible. Y no en la víspera de mi viaje.

No puede evitar pasarse la mano sobre el vientre a través del kimono japonés, un gesto frecuente en las mujeres que esperan, como diría la madre del pintor Boudin, «un feliz acontecimiento».

¿Feliz para quién? ¿Qué siente mi hermana en el fondo? No hablamos de ello por el momento. Y yo no quiero presionarla. Ya veremos después del viaje.

18 de diciembre de 1872. Nuestro padre ha recibido una carta que nos lee durante la comida.

—Me ha escrito Théodore de Banville: «El tercer tomo de *Camafeos parisinos* saldrá pronto y quiero agradecerle a la señorita Eva Gonzalès que con su enorme bondad, y para facilitarme la tarea, haya querido someterse a un aburrimiento que no podré compensarle, puesto que para describir apropiadamente y en unas pocas líneas su belleza de distinción tan alta y pura, sería necesario tener el ingenio de Gavarni o de Balzac...».

Sorpresa general. Eva no había anunciado a la familia que el señor de Banville la haría

aparecer en sus famosos *Camafeos*, retratos de gente ilustre y de algunas celebridades de la capital.

—¡Te has lanzado, Evita!

Edgar Degas, que participa de la cena, no ha podido reprimir esta frase, un cliché mundano de nuestra época. Los artistas se «lanzan». Los escritores se «lanzan». Las mujeres de compañía también...

¿Respuesta de Eva? Una sonrisa risueña que comprendo sólo yo. Mañana por la noche, el París frívolo al completo sabrá, gracias a Degas, que Eva Gonzalès está «como una rosa» y que formará parte de los *Camafeos* tan preciados de Théodore de Banville...

21 de diciembre de 1872. Eva recibe la mención de honor por *El té* en la Exposición Universal de Lyon.

—Va a ser el fin de año más feliz desde hace tiempo, ¿verdad, Evita? ¡Tus profesores, los señores Chaplin y Manet, van a caer a tus pies! Te mereces ese honor.

Mamá abraza a Eva. No ve las lágrimas de su hija. ¿Llora de alegría? ¿O es que el nombre de «Manet» la ha hecho llorar? ¿Sabe el porqué de su viaje imprevisto a Madrid? ¿Se lo dirá?

Eva, en compañía de Esperanza, abandona París bajo la lluvia. El cielo bajo está cubierto de nubes grises. Este paisaje sombrío concuerda con mi estado de ánimo.

Cada uno conoce su papel. Nuestros padres, con sonrisa helada, repiten las mismas palabras, como un dúo:

—Descansa.

—Diviértete.

—Trabaja mucho.

—Regresa pronto.

Eva les devuelve la sonrisa al tiempo que controla con Esperanza si sus maletas, bolsas y paquetes ya están todos listos en el vestíbulo; yendo y viniendo en una coreografía personal y repitiendo, a su vez, frases estereotipadas.

—Os escribiré todos los días. No será por mucho tiempo. El tiempo pasa tan deprisa... Volveré... con los brazos cargados de lienzos.

En vísperas de levantar el vuelo, a Eva se le ocurre esta puesta en escena con el fin de evitar una despedida triste.

—En España encontraré otra manera de abordar mi trabajo de pintora. ¡Y quién sabe si, a mi regreso, seré una nueva Eva!

Después de que mi hermana se marchara, he corrido a encerrarme en nuestro estudio común. Me ha sugerido que ocupe su lugar, que dejará vacío durante mucho tiempo.

—Más espacio para ti y una ventana más alta y más ancha que la que tienes ahí, en tu rincón.

Le he dicho que «sí» para ser amable y cumplir mi promesa:

—No me permitiré venirme abajo. Llevaré a buen término mi propio trabajo, como si estuvieras aquí.

Y trato de mantener mi palabra. Organizo por anticipado, día tras día, mis actividades cotidianas.

Sesiones de trabajo... Paseos... Visitas al Louvre en busca de elementos de inspiración... Los «primitivos» italianos... El Quattrocento... El Renacimiento... Las escuelas del norte... La pintura francesa...

Lleno mis cuadernos de dibujos y lo mezclo todo: dos cabezas de mujer de un cuadro de Caravaggio; una dama con un sombrero de plumas; la lectora de la buena fortuna con su gorro; los personajes de una vasija griega en forma de campana que representan *La purificación de Orestes en Delfos*; un busto de César cuyo cuerpo está hecho de plata y la cabeza de piedra.

A veces, sufro un choc, una parálisis, vértigo...

Vuelvo a verme a la edad de seis años cogida de la mano de mi hermana Eva, de nueve años, y de mi padre. Los tres inmóviles, incapaces de apartar la vista del objeto de nuestra admiración, *El tramposo del as de diamantes* de Georges de La Tour.

—Observad, Evita, Jeanne; observad el juego de miradas...

Cuando me asaltan los recuerdos, sé de antemano que por la noche tendré pesadillas.

Cuanto más tiempo pasa, menos me acostumbro a la ausencia de Eva.

—¿Nunca os habíais separado desde que erais pequeñas?

Una amiga de mi madre, arpista de origen ruso, me plantea esta pregunta; una pregunta quizá molesta a juzgar por el largo silencio que se ha instalado alrededor de la mesa.

Echamos de menos a Eva. Echo de menos a Eva. Sus largas cartas no bastan.

Sus cartas... Un verdadero ejercicio de estilo y de imaginación:

Tita Dolores me ha organizado una fiesta formidable. Se ha gastado una fortuna en una sola noche. Pero ¡qué noche! Me ha regalado una corrida de toros muy particular, llevada a cabo por un jovencísimo matador, El Almendritos, originario de Sevilla y del que se dice que será un maestro excepcional dentro de unos años... Si el cuerno de un toro[] no le atraviesa antes el vientre.*

Muy largas misivas. Un mar de palabras. Y habla de cualquier cosa. Excepto de ella

misma. Y eso que antes de que se marchara se lo supliqué:

—Dime sobre todo cómo estás. Cómo te sientes, triste o feliz. Con buena salud o enferma. Cómo va todo.

«Eso...»

El motivo de su viaje. El secreto que hay que enterrar bajo una montaña de arena.

En vano: Eva está determinada a describirnos una quimera en la que todo va mejor que nunca, en la que las fiestas se suceden y son todas distintas. Su excusa para prolongar su ausencia.

Nuestra madre ha sugerido la posibilidad de ir a España. Respuesta de Eva:

Imposible recibirte por el momento, mamá. La tía Dolores y yo nos vamos dos semanas, quizá tres, a Portugal. La tía insiste en que conozca Coimbra.

A medida que pasa el tiempo, las preguntas de los que quieren a mi hermana se hacen cada vez más apremiantes.

—¿Alguna fecha fijada para su regreso?

—¿Qué va a encontrar en España? Eva es cien por cien parisina, Jeanne, ¡lo sabes tan bien como nosotros!

Fantin-Latour y Alfred Stevens esperan con impaciencia. A su manera de hombre discreto y gentil, Henri Guérard no oculta mejor su desasosiego.

—Sin la presencia de Eva, esta ciudad es un agujero siniestro. Un pozo de desolación, si se puede expresar así...

Un día, el rumor se extiende por las calles de París. Henri Guérard, el primero de todos, tiene el coraje de advertírmelo con toda franqueza. Y sabiendo que mis padres no estaban en casa, viene a verme. Esa noche mi padre trabajaba hasta tarde en el periódico y mi madre ensayaba, desde hacía una semana, un concierto en beneficio de no sé qué institución caritativa.

Llevé a Henri al pequeño salón, el lugar perfecto para intercambiar confidencias. El grabador rechazó el asiento que le ofrecía y prefirió quedarse de pie, apoyado contra la chimenea. Entre sus fuertes manos de forjador hacía girar su sombrero de fieltro de alas muy anchas.

«Un sombrero de bandido andaluz que le queda muy bien a su cabeza esculpida en mármol.» Estas palabras de tía Dolores me vinieron a la mente mientras aguardaba a que él se decidiera a hablar. No hice ni el mínimo esfuerzo por ayudarlo.

—Jeanne... No sé cómo decírselo...

—Dígalo sin más y luego ya veremos si fue o no la manera adecuada de decirlo.

Como su rostro atormentado me inspiraba mucha lástima, intenté dar un paso hacia

delante.

—Algunas personas insinúan... de forma indigna, por supuesto... que... que su hermana Eva se ha ido a Madrid para dar a luz al hijo ilegítimo de Manet.

Como si estas palabras hubieran agotado todas sus fuerzas, el grabador de anchos hombros buscó a tientas un sillón. Transpiraba. Con la respiración entrecortada, se esforzaba por recobrar la calma.

—¿Qué personas, Henri? París, sobre todo el París artístico, es un pueblo. De estudio a estudio y de café a café... la vuelta se hace rápido. Seguro que usted sabe quién ha sido capaz de divulgar tales mentiras. Para facilitarle su confesión, le diré un nombre que se me ha venido a la cabeza. El nombre de una mujer celosa que sólo quiere hundir a mi hermana...

Henri Guérard había recuperado su equilibrio y su mirada retomaba ese aire serio, sereno e inteligente que finalmente acabé por conocer tan bien. La mirada de un hombre recto.

—Berthe Morisot.

—¡Quién si no!

—No me esperaba esa reacción de una joven pintora. Por desgracia, se cree la rival de Eva.

—Y dígame, Henri... ¿lo sabe Manet?

—Lo ignoro. Creo que ya os lo he reiterado varias veces: Édouard es Édouard. Siempre se ha guarecido en una burbuja de cristal. Si no lo hiciese así, ¿cómo sobreviviría a los escándalos generados por sus obras? Se le ha vilipendiado. Se han burlado de él en los periódicos satíricos. Y su vida privada no se ha salvado. Así que él también prefiere no escuchar los rumores, despreciar los insultos y cerrar los ojos ante la fealdad. Lo único que cuenta para él, y usted lo sabe tan bien como yo, Jeanne, es la pintura. Nada más.

Su mirada sombría no se aparta de mí y su voz parece ensordecerse.

—¿Cuándo vuelve Eva?

—No lo sé, Henri. Pronto, creo.

—Estaría bien. Sería la única manera de cortar por la sano esta avalancha de calumnias.

Me pasé la noche entera escribiendo a mi hermana. La papelera estaba desbordada de papeles rasgados, arrugados en forma de pelota, medio quemados... No había forma de terminar mi carta, una carta dictada por un único pensamiento: contarle sólo una parte de la verdad para no alterarla.

«Eva... Te echamos tanto de menos...»

«Eva... Me aburro sin ti...»

Al final elegí el camino más simple, el más rápido. Dos palabras:

«Eva... ¡VUELVE!»

Así lo entenderá mejor que si le hago un largo alegato.

Esta mañana mamá ha venido a despertarme.

—¿Qué hora es, mamá?

—¡Casi mediodía!

—¿Por qué me has dejado dormir hasta tan tarde?

—He venido a verte a eso de las diez. Dormías a pierna suelta. Además, tenías los puños apretados contra la cara, como si quisieras protegerte de los golpes. O como si estuvieras dispuesta a darlos. Así que te dejé tranquila, y he hecho bien. Acaba de llegar una carta de Madrid. Eva regresará la semana que viene. ¿Me oyes, Jeanne? ¡Eva volverá a casa en unos días! ¡Emmanuel se ha atragantado con el café de la alegría! ¡Tu hermana regresa por fin a París!

Mi madre me ha servido el desayuno en la cama. Incapaz de permanecer quieta, no paraba de levantarse y sentarse. Yo la observaba mientras masticaba tranquilamente un *brioche* acompañado de té. Pero ya no la oía.

Mi carta ha sido inútil. ¡En una semana Eva estará aquí!

La semana más larga de mi vida. Y también la más intensa.

He querido encargarme personalmente de limpiar a fondo el estudio de Eva para que encuentre su «rincón de trabajo» tal como lo dejó.

También estoy ayudando a mamá a hacer una lista de invitados para la «noche de gala».

—¿Noche de gala, Céline?

—Noche de gala, Emmanuel. Nuestra hija ha estado más de tres meses fuera de París.

—¿Y por qué no hacer tres cenas para recibir a nuestros amigos?

—¡Con una bastará! Imitemos a la tía Dolores. También nosotros somos capaces de tirar la casa por la ventana en honor a Eva, ¿no?

—¿Y cómo tirarás la casa?

—Vamos a alquilar una sala de baile y un salón para el bufet; traeremos una orquesta...

—¿En Pré Catelan?

—O en otra parte. Más en el centro. En el corazón de París, para facilitar los desplazamientos a nuestros amigos.

—Incluso si fuera en lo profundo del Bois de Boulogne, bajo una carpa, vendrían. Champán, bufet de calidad, música... ¡Y Eva, la reina de la noche! Todo París estará ahí, no te preocupes.

—Sí, me preocupo. Quiero una fiesta preciosa para mi hija. ¡Una fiesta a lo tía Dolores!

[*]

¡Eva ha vuelto!

¡Muy delgada! ¡Llena de vida! Y, tal como había prometido, con los brazos cargados de cuadros.

—Para demostrarte que no te olvidaba y que estabas conmigo todo el tiempo... ¡Mira, Jeanne!

Mi retrato en acuarela y *gouache*. Llevo puesta una camisa de cuello y un chaleco, y alrededor del cuello una especie de collar de flores. Mi pelo está recogido sobre mi cabeza en dos trenzas sujetas por una cinta en forma de mariposa. Sonrío, y mi mirada es nítida. Sobre el pecho tengo abierto un abanico. En el respaldo de la silla, cerca de mi hombro derecho, hay una máscara negra.

El mismo retrato pero al óleo. Ya no sonrío y mi mirada parece velada de tristeza.

Un tercer cuadro, un óleo sobre lienzo, *La joven alumna*. Otra vez yo, sentada de frente pintando. Un gran caballete sostiene el lienzo que está de espaldas al espectador.

Eva ha regresado sola. Esperanza encontró el amor y no quiso volver a París.

—Un viudo sin hijos. Un granjero bastante rico. La tía Dolores le ha llevado a su notario el contrato de matrimonio. Así que ahí está nuestra Esperanza, transformada en una rica propietaria.

Al día siguiente de su llegada, Eva insistió en que retomáramos nuestro trabajo, como de costumbre.

—¿No irás a encerrarte de nuevo, Eva?

—¿Qué te hace pensar eso? Un rato de descanso antes de la velada que mamá está preparando... Y enseguida retomaremos el ritmo normal.

Tres días más tarde, recibí una nota de Edma Morisot. Algunas líneas sobre una cartulina de color crema. Quería verme, pero no me daba ningún motivo.

Nos encontramos en Montmartre, al fondo de la pequeña plaza, protegidas por su pared. Como dos conspiradoras. En todo caso, como dos jóvenes mujeres que habrían podido ser las mejores amigas del mundo de no haber sido por nuestras hermanas rivales en el arte y en el amor.

—Jeanne... Fantin-Latour me ha dicho que estabas furiosa con Berthe.

—Edma, tu hermana está propagando mentiras sobre Eva. ¿Berthe te ha puesto al corriente de ese rumor lamentable?

—A ver... El rumor viene más bien de una fuente muy cercana a Manet. Su hermano Eugène está enamorado de mi hermana, y cuando la pasión se mezcla, incluso los más nobles se envilecen.

Me quedo en silencio durante un rato largo, trazando líneas en el suelo con la punta de mi sombrilla.

—Edma... Imaginemos que Eugène, para hacerse el interesante, le hiciera una confidencia a tu hermana. Si, en lugar de a Berthe, hubiera sido a ti a quien le hubiera contado esa mentira, ¿habrías recorrido toda la ciudad anunciando por todas partes que Eva Gonzalès ha tenido un hijo de Manet en España? Creo que ahora te conozco, Edma, y estoy segura: no habrías difundido ese rumor.

Cabizbaja y con la barbilla sobre el pecho, es ella quien ahora guarda silencio. Entonces por fin levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos:

—Le he pedido a Berthe que no repita más esa... alegación. Te juro que he insistido.

—¿Y?

—Es como darse de cabezazos contra un muro. ¡Los celos la vuelven loca!

—Berthe ha atentado contra el honor de mi hermana Eva.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Mantengámonos ambas fuera del campo de batalla.

Un nuevo silencio y nuevas líneas trazadas en la tierra.

—Me habría gustado que nuestra amistad creciera todavía más. Soñaba incluso con reunir a nuestras dos hermanas, que, de hecho, se parecen mucho.

—Sí. A mí también me habría gustado.

—Pero por el momento es imposible, Edma. Hay heridas que nada puede curar. Eva nunca le perdonará a Berthe ese arañazo envenenado.

—Quizás algún día... Estaría encantada de volver a verte, Jeanne.

—Yo también, Edma.

Nos quedamos un rato inmóviles, en silencio. Luego, Edma se vuelve hacia mí, me besa en las mejillas, se levanta y abandona la plaza casi corriendo.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

CUARTO CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

PASA EL TIEMPO. La vida continúa. Y a mí todavía me sorprende ver cómo los franceses han olvidado tan deprisa las horas sombrías y las tragedias.

¿El asedio de París? Se habla de él como si viviéramos en el siglo siguiente al acontecimiento. ¿La Comuna? Un tema de conversación que apenas se quiere evocar. Con algunas frases basta: «Tantos muertos... ¡Todas esas personas asesinadas! Pero reinaba la anarquía, ¿verdad?».

El lujo y la fiesta regresan a París. El teatro del vodevil hace reír, se celebran los bailes de las *Catherinettes*,^[*] y Les Folies-Bergère ofrece espectáculos en cabinas a puerta cerrada.

Un extranjero, un argentino muy rico que visitaba por primera vez la capital de Francia, el *señor** Mendoza, nos aseguró durante una cena:

—El mundo entero sueña con las noches parisinas en las que el champán corre a raudales, las mujeres son hermosas y los hombres extremadamente elegantes.

El director de *Le Siècle* había solicitado a nuestro padre que invitara «regiamente» a este argentino llegado de la Pampa.

—Sospecho que a nuestro querido director le interesan los diarios de Buenos Aires de los que es propietario Mendoza...

Eva ha retomado sus clases particulares con Édouard Manet, si bien es cierto que la frecuencia ha cambiado. La dirección del estudio también. El pintor ha dejado la calle Guyot para instalarse en la calle Saint-Pétersbourg, en un estudio cuyas ventanas dan a la calle Mosnier. Una calle de mala fama, frecuentada por los «apaches»^[*] y las chicas de la calle.

Eva reencontró su energía habitual y su pasión por el detalle. Quería que su cuadro para el Salón de 1873 fuera «perfecto».

Así que aquí estoy yo, día tras día, sentada en la hierba a orillas del río, con un sombrero en la cabeza, una cesta colocada delante de mis piernas, flexionadas, y mi falda larga desplegada de extremo a extremo. Del lado del río, manchas claras me rodean, y del otro lado, manchas de tierra que encuadran la parte baja del lienzo. Detrás de mí hay una granja grande. A su derecha se ven dos siluetas caminando, y a la izquierda unas casitas más bajas. Horas y horas de trabajo.

Eva se lo ha enseñado a Manet, quien le ha dado su beneplácito. Una vez obtenido, Eva les pide a nuestros padres que estudien el lienzo:

—¡Espero de vosotros una opinión sincera y sobre todo severa!

Papá estrecha a su hija contra su pecho y mamá llora.

—¡Perdón, es que la emoción es demasiado fuerte!

En cuanto a mí... Estoy tan acostumbrada a hacer de modelo para mi hermana que he terminado por adoptar una distancia prudencial con respecto a sus obras. Pero, como nuestros padres y como Manet, también yo creo que éste es el trabajo más conseguido que Eva haya podido firmar nunca. Así que todas las esperanzas están permitidas.

Mayo de 1873.

El Salón ha rechazado *Las mimbreras* de Eva.

Bajo el consejo de Philippe Jourde, el director de *Le Siècle*, mi hermana ha presentado su obra al «Salón de los rechazados», y por primera vez hemos podido leer en el catálogo del Salón: «La señorita Eva Gonzalès, alumna de Charles Joshua Chaplin y de Édouard Manet». Eva acaba de ganar una pequeña batalla: la de ser reconocida como alumna de Manet.

La ira crece día a día. La solución bastarda del Salón de los rechazados ya no sirve. Cada vez más humillada y exasperada, la panda del Guerbois ha tomado una decisión que cambiará el panorama de la pintura. Es Degas quien lanza el santo y seña:

—El movimiento ya no necesita luchar contra los otros. Es, existe y tiene que mostrarse aparte.

Se pone el proyecto sobre la mesa: crear una asociación oficial que permita realizar una exposición colectiva. ¿Qué tipo de asociación? Camille Pissarro declara:

—Podríamos tomar como modelo la cooperativa de la panadería de Pontoise, donde vivo. Los chavales saben cómo arreglárselas.

Esta idea provoca la risa, pero Renoir, con su buen criterio habitual, encuentra una mejor solución.

—Si vendemos, el diez por ciento del producto neto de estas ventas debe ir a la caja de nuestra asociación.

La asociación acaba de nacer. Sus primeros miembros son Claude Monet, Alfred Sisley, Auguste Renoir, Camille Pissarro, Edgar Degas... Y a ellos se unirá una pintora: Berthe Morisot. ¡La primera!

Édouard Manet declina la invitación. Lleva demasiados años en su lucha personal: entrar un día, por la puerta grande, en el Salón de París.

Eva Gonzalès, a quienes sus amigos han pedido que figure en el catálogo de la exposición, también ha rechazado la invitación. Para mi hermana, sólo cuenta la opinión de Manet.

Abril.

Eva me despierta al alba. La excitación hace vibrar cada fibra de su corazón.

—¡Jeanne! Manet va a pintar un pastel aquí mismo, en nuestra casa, en nuestro estudio. Lo llamaré *Un palco*. ¡Léon y yo seremos los dos personajes! Es un bonito regalo, ¿no te parece?

Un bonito regalo... Cada vez entiendo menos a mi hermana mayor. Una mujer de carácter íntegro, una artista que ya atrae el respeto de los entendidos, un ser de una inteligencia excepcional que impone su voluntad desde su infancia... Eva, mi querida hermana, se comporta como la más tonta de las modistillas.

¡Un regalo! Un gesto de gratitud de Manet. Eva, su alumna, no le ha dado la espalda como Berthe Morisot.

Así pues, Manet viene a trabajar a casa, y yo estoy autorizada a asistir a las sesiones de trabajo.

Soy la que, como en la época en la que el maestro daba clases a Eva, espera durante horas, sentada en un sofá medio desfondado.

La alumna se ha convertido en amante. Tienen una relación amorosa en desequilibrio constante. Cuanto más tiempo pasa, más prendada está Eva de Édouard. Cuanto más tiempo pasa, más mira Édouard a Eva como se acostumbró a mirar a Berthe Morisot, a Victorine Meurent... o a las rosas, o a las violetas o a las naturalezas muertas. Como a bellas imágenes para pintar.

Contemplo los ojos luminosos de Eva cuando posa su mirada en Édouard. Y observo el rostro banal de Léon, sus ojos opacos. Hay en él una tristeza profunda que surge de su interior.

El hijo llama a su padre «padrino». El padre llama a su hijo «ahijado». Un pensamiento me obsesiona y me atormenta: ¿por qué Manet es incapaz de asumir su papel de padre? Y, de repente, se me viene una idea a la cabeza: la certeza de que mi hermana no le ha dicho nada a Manet del verdadero motivo de su viaje a España. El nacimiento de un niño. Eva está dispuesta a sacrificarse para que su maestro la mantenga siempre cerca de él, en calidad de alumna, en calidad de modelo y como... ¿qué? ¿Dama de compañía, acompañante, criada? Eva podría aceptarlo todo. Vive una pasión sin límites, casi obscena.

Manet termina rápido y bien ese *Palco* que reúne a su hijo-hijastro con su alumna-amante. Dos personajes. Dos modelos.

No puedo evitar pensar que él va a pasar a otra cosa rápidamente. Y no me equivoco. Édouard Manet acaba de cumplir cuarenta y dos años. Su pie sigue molestándolo, pero

ha aprendido a dominarlo. Cada vez está más seguro de sí mismo. Su fuerza creativa parece inagotable, y su sed de mujeres hermosas, también.

Después de *Un palco*, hará un nuevo retrato de Berthe Morisot. Luego, su *Morena con los senos desnudos* provocará la desesperación de Eva:

—¿Quién es ésa? ¿De dónde viene? ¡Es una prostituta, claro! ¡Una puta! ¿Te has fijado en la expresión de su cara, Jeanne? Como de animal. Como la de una hembra satisfecha después de haber hecho el amor.

Eva estalla de rabia al enterarse de que Manet ha representado a Victorine Meurent en su nuevo lienzo, *El ferrocarril*. Sin embargo, Victorine ha cambiado mucho desde *Olympia*. Ahora es una mujer un poco gruesa, mal vestida, con el rostro y las mejillas rosáceas. Está sentada delante de la verja del tren; el humo asciende desde la máquina infernal. A su lado, hay una niñita de pie, de espaldas y toda vestida de azul. ¿El símbolo de la infancia y de la madurez? ¿El comienzo de la vejez?

Observo a mi hermana. Tiene los puños apretados y se muerde el labio, como hacía cuando era pequeña y quería contener su ira.

Contemplamos juntas la nueva obra del maestro: un pastel sobre papel encolado que representa a Suzanne Leenhoff semiacostada sobre el sofá azul.

—¿Ves la pose ridícula en la que está la gorda holandesa? El sombrero, las trenzas, los pies al borde del sofá... Parece una muñeca sin vida. ¿Por qué lo ha hecho, Jeanne? ¿Por qué?

Y más grave todavía para Eva: el retrato de Nina de Callias, un óleo que Manet realizó al mismo tiempo que el cuadro de Eva y Léon...

Mientras Manet pinta a su mujer y a sus amantes, los miembros de Guerbois saltan como chinches. Degas muestra, de repente, un sentido de la organización notable: convence al equipo de reunir a otros artistas. Se llama a jóvenes pintores de gran talento: Armand Guillaumin, Paul Cézanne...

Algunos pintores bastante conocidos se niegan. Entre ellos, el colmo del desprecio, Fantin-Latour. Degas monta en cólera:

—¡Ese niño de mamá se comporta como lo que es: un idiota!

Otros artistas aceptan, entre ellos Eugène Boudin, buen amigo de Monet.

El grupito de Batignolles va creciendo, por lo que hay que modificar el estatus y crear una «sociedad anónima cooperativa de artistas, pintores, escultores, grabadores, etc., con un capital y personal variables».

Se funda la susodicha sociedad y decenas de artistas se inscriben. Sólo queda por arreglar un detalle de una importancia capital: ¿dónde exponer? El famoso fotógrafo y aventurero Nadar acude en ayuda de sus amigos. Posee un estudio en la esquina de la

calle Daunou y el boulevard des Capucines, en el corazón de París. Auguste Renoir, siempre amable, acepta el pesado encargo de colgar las ciento sesenta y cinco obras de treinta artistas diferentes.

La exposición tiene que abrir sus puertas el 15 de abril, un mes antes del Salón de París. Edmond, el hermano de Renoir, está a cargo de componer el catálogo. ¡Busca un «título chocante»! En el estudio, en compañía de Claude Monet:

—El Salón de París es conocido... Está el otro salón, el de los rechazados. Pero nosotros buscamos otra cosa, un título un poco... colectivo.

Monet reflexiona. Mira los lienzos.

—¿Y por qué no *Impresión, sol naciente*? —dice, nombrando su propio cuadro.

Para pintar ese cielo de colores indefinidos, Monet esperó al instante exacto en el que el sol atravesaba las brumas en el puerto de El Havre. El mar ocupa el borde inferior del cuadro, o más bien las olas temblorosas. Un pequeño sol rojo y algunas manchas del mismo color, los rayos del sol, se reflejan en el agua.

Todos estaban allí, el París mundano al completo, toda la prensa, el público curioso, los amantes de la pintura... Recuerdo lo mucho que nos costó a Eva y a mí entrar en el estudio, literalmente asaltado. Había un desfile de gente incesante. El éxito de la risa, de la burla y del insulto.

Un periodista escribió: «No son pintores, son impresionistas». Pissarro, loco de ira, anunció que iba a «romperle la cara a ese maldito periodista.» Degas lo detuvo con un gesto:

—¿Estás loco? ¡Ese cretino acaba de darnos un título sublime! Amigos míos, a veces con una palabra basta para crear un renombre. A partir de hoy, para el mundo seremos... ¡los impresionistas!

26 de mayo de 1874. El jurado del Salón rechaza *Un palco en los Italianos* de Eva, pero Castagnary, que se convierte en el defensor más apasionado de la joven pintora, publica en *Le Siècle* estas líneas inspiradas en otro cuadro suyo, *La mañana rosada*:

Una chica joven en camisón rosa, sentada delante de su tocador, contempla una camada de perritos bulliciosos en una cesta que hay en el suelo. El conjunto es delicado, luminoso y de una armonía cautivadora. La señorita Eva Gonzalès tiene una educación de colorista que se ve enseguida. Además, posee una destacable sensibilidad para las cosas que retrata en cada una de sus producciones. En ellas no hay nada de vulgar o manido: representan la gracia misma de la simplicidad y de lo natural, felices cualidades que no pueden sino conducir a los mejores resultados.

Este artículo llena de alegría a nuestro padre, pero no de felicidad a Eva:

—¡Tengo que luchar! *Un palco* es uno de mis mejores cuadros. ¡Mi lienzo más caro, en cualquier caso!

Y sin pedirle su opinión a nadie, Eva publica una nota en *Le Siècle* en la que anuncia que expondrá *Un palco en los Italianos* en su estudio de la plaza Bréda. La iniciativa es aprobada por Manet, que le envía a su «alumna» este mensaje: «Confórmese con el éxito que obtenga usted en su estudio».

El señor Manet también tiene de lo que alegrarse. Ha presentado dos cuadros al Salón. ¡Y no se los han «rechazado»! Todo lo contrario.

Uno es *Un buen vaso de cerveza* (*Retrato de Émile Bellot, grabador y litógrafo*). Por primera vez, el público y las críticas más convencionales parecen estar encantados con este rechoncho personaje de mejillas sonrosadas que sostiene un vaso de cerveza con la mano izquierda, una pipa con la derecha y lleva sobre su estómago redondo un chaleco abombado.

Este buen vividor les muestra a los franceses la otra cara del pintor, nada chocante ni ofensiva para la moral tradicional. Por una vez, padres, abuelos, hijos y nietos pueden observar sin rechazo el cuadro de Manet.

El otro cuadro, en cambio, provoca una vez más el escándalo. *El descanso, retrato de Berthe Morisot*. El público y la crítica consideraron este lienzo un ejemplo perfecto de «pose» obscena. Esta mujer joven no está «descansando» en el sofá: se está «ofreciendo». La obra fue rápidamente retirada de la exposición.

La desventura de *El descanso* puso muy contenta a mi hermana.

—Sabes, Jeanne, tenía una intuición... ¡Te lo juro! ¡La intuición de que ese retrato de la Morisot proponiéndole su cuerpo al artista despertaría la repulsión de la gente honesta!

—Eva... Si no se tratara de Berthe Morisot estarías furiosa con el jurado y el público del Salón.

Eva finge no haber oído mi reproche y empieza a remolinear. Ese baile improvisado le permite salir de mi habitación sin responder.

Llega el verano.

Eva es invitada al Salón trienal de Gante, donde expone *Un palco en los Italianos*.

Camille Lemonnier, director de *L'Art universel*, que se publica en Bruselas, escribe un artículo que aquí copio, como de costumbre, en mi cuaderno:

Cualquiera se maravillaría al encontrar en una jovencísima artista tanto temperamento, una visión tan extraordinaria del mundo real, un talento tan presente y

unas cualidades que, si bien la adhieren a la escuela de Manet, la hacen ser superior al propio maestro en ciertos aspectos.

Eva se siente tan bien en Bélgica que se plantea prolongar su estancia, visitar los museos de Bruselas, Gante, Amberes...

—¿Te quedas conmigo, *hermanita*?[*]

—No. Ya avisé a la tía Dolores que iría a Madrid.

Estamos en la habitación de un hotel de lujo donde la Dirección de la exposición ha alojado a Eva. Mi hermana finge buscar una horquilla del pelo que se le ha caído a los pies. Se levanta, cruza la habitación hasta el baño, regresa, no me presta ninguna atención... Como si me hubiera evaporado.

—¿Mamá te acompaña?

—No. Iré sola.

—¡Ah!

Da vueltas. Su ajetreo me apena y, al mismo tiempo, me irrita. Es el momento. Lo sé.

Ya no soy la pequeña, la *hermanita*[*] sumisa y fascinada por su hermana mayor, en perpetua adoración. Es verdad que todavía la admiro. La artista no deja de sorprenderme. Quizá más que la persona.

Sólo... Tengo veinte años. Soy una mujer. Una mujer que no entiende a otra mujer. A mi hermana.

Eva sabe por qué voy a Madrid. Sabe también que no podrá impedirme hacer este viaje.

Espero su reacción. Espero...

—¿Te quedarás mucho tiempo allí?

Eva se peina frente al espejo. No me mira, por supuesto, aunque mi reflejo le resulte bien visible.

Le ofrezco la posibilidad de afrontar la realidad:

—¿Quieres que le haga un retrato al niño?

—No. Gracias.

Por primera vez en mi vida, tengo ganas de abofetear a mi hermana.

Diciembre de 1874.

Este año de confusiones generales y personales, rico en acontecimientos buenos y malos, toca a su fin.

He recibido una invitación de Edma Morisot. Un gesto de amistad y una manera de decir: «La guerra ha terminado. Mi hermana se rinde. Quizás ha llegado el momento de la reconciliación entre nosotras, hermanas fieles a nuestras hermanas».

El 22, la familia Manet celebrará con fasto el matrimonio entre Berthe Morisot y Eugène, el hermano de Édouard, que será, por supuesto, el testigo del novio. Mi hermana no estará ese día en París, sino en Londres, donde Durand-Ruel tiene que exponer *El té y Preludio*, la obra más reciente de la señorita Eva Gonzalès.

Le he tomado el gusto a estos cuadernos de papel rayado, con cubierta negra un poco rugosa, donde mezclo, en función de mi ánimo, notas y dibujos. Un centenar de páginas rosas llenas de una escritura cuidadosa.

También es un punto de referencia. Como se suele decir, los años pasan cada vez más deprisa. Y todos estamos presos de su maquinaria. A veces tengo la impresión de vivir en el interior de un molino cuyas aspas nunca giran a la misma velocidad. Un día tranquilo, un día alocado.

Sólo hay un punto de apoyo sólido y concreto: el trabajo. Cada vez me siento más comprometida con mi oficio. Todavía no me atrevo a presentar mis obras al Salón, porque quiero que Eva ocupe en él el mayor espacio posible. Y también porque conozco el ambiente parisino: «¿Dos señoritas Gonzalès?».

Espero. Todavía soy muy joven. Ya llegará el momento, más adelante.

1875: un año sin nada destacable para nosotras, las hermanas Gonzalès.

Yo trabajo cada vez más, con encarnizamiento. Eva y yo hemos enviado algunos cuadros para vender en beneficio de la Escuela libre y gratuita de la calle Blanche. Yo he dado acuarelas, algunos *gouaches*... Naturalezas muertas y paisajes de Dieppe. Eva ha donado una acuarela, *Naturaleza muerta con peras*, así como un óleo sobre lienzo encolado en madera, *Una granja en Brie*.

En cambio, mi hermana ha rechazado presentar sus obras al Salón.

—Empiezo a cansarme. Este circo me aburre.

¡Eva se aburre! No está feliz. Ve cada vez menos a su «maestro», el señor Manet.

Para estimularla, y porque adoro de todo corazón ese cuadro, hice de todo para que presentara su *Retrato de la señorita Eva Gonzalès*, es decir, su autorretrato.

Mientras permanecía sentada en mi «rincón» del estudio de la calle Bréda, contemplaba, de lejos, el reflejo de Eva en un gran espejo que hay contra la pared, enfrente de su caballete. Cuando el lienzo estuvo terminado, me preguntó mi opinión.

—Es... Es...

—Es ¿qué? ¿Feo? ¿Está conseguido?

—¡Eva! ¡Jesús! ¡Míralo bien!

—Lo miro... ¿Y qué?[*]

—¿Es que no lo ves? La barbilla, las orejas, la mirada... son tuyas, pero el óvalo de la

cara... ¡es mío!

¡Eva y Jeanne juntas en un autorretrato! Nos quedamos inmóviles frente al cuadro, cogidas de la mano, como soldadas por la misma emoción.

Por su lado, Manet ha guardado su estandarte de «pintor maldito» y comienza a disfrutar del placer un poco perverso del éxito, como dijo Baudelaire.

Desde 1871, el pintor está instalado en la calle de Saint-Pétersbourg, en el barrio de Europa, un barrio de moda, muy solicitado.

Sus negocios van bien. Paul Durand-Ruel compró un buen número de sus lienzos, y otros aficionados ilustres, como el famoso barítono Jean-Baptiste Faure, se han convertido en uno de sus «clientes» privilegiados. A tal punto que puede permitirse mudarse de nuevo y alquilar un estudio más amplio, más cómodo, y mandar imprimir, con su sentido del humor tan particular, un papel con la divisa:

Todo llega.

Y de nuevo es verano...

El 14 de julio Eva recibió una carta del Ministerio de Agricultura y Comercio en la que le solicitaban que acudiera a recoger una medalla de la Exposición Internacional de Londres.

El medio artístico cambia y nuevas costumbres se imponen.

Los académicos, los miembros del Instituto, los «retratistas» preferidos de la alta sociedad francesa son cada año más ricos.

Los impresionistas presentan las obras del «grupo». Eva y yo seguimos con interés los proyectos de estos artistas independientes.

—Cada vez me caen más simpáticos —me dice mi hermana.

—¿No te parece que este movimiento, tan interesante realmente, plantea un problema desde el principio?

—¿Cuál?

—La gran variedad... Cada artista tiene una personalidad muy fuerte. Costumbres, orígenes, estilos... En realidad, todo los opone.

—¿Y qué? Muy diferentes, sí, pero todos alimentados con la misma determinación, la misma pasión...

—¿No tienes intención de unirte a ellos?

—Si no estuviera Berthe Morisot...

—Y si no estuviera Manet. Parece que se acerca cada vez más al Salón de los seniles... ¿Es cierto que está haciéndole la corte a tu otro maestro, el señor Chaplin? ¿Y que dice

admirar su obra?

—¡Jeanne! Estás repitiendo las amargas palabras de Degas. Sé que Edgar se divierte proclamando que Manet se ha convertido en «un burgués». ¡Y todo porque Édouard se ha negado a asociarse con los impresionistas!

Mi hermana omite algunos «detalles» que tienen el don de ponerla cariacontecida, ansiosa, infeliz... Manet —es una realidad que no puede negar— va de cena en cena, de baile en baile... No se pierde ninguna recepción en la que haya gente selecta. Pero lo que más le duele a Eva son sus «martes musicales», que atraen a la casa de los Manet a aristócratas, escritores, periodistas y artistas... ¡Susanne Leenhoff ha tocado incluso a cuatro manos con el ilustre compositor y pianista Franz Liszt!

—¡Imagino que tuvieron que poner dos largos bancos uno al lado del otro para soportar el trasero de la gorda holandesa y los saltos histéricos del suegro de Wagner!

Los celos la hacen ser injusta. Yo habría pagado por asistir al concierto. Liszt tiene sesenta y cinco años y vive en Roma, donde lo han ordenado cura de una orden menor. Hace algunos años, nuestro padre llevó a su familia —a madre, Eva, tía Dolores y a mí— al último recital de Liszt en Weimar, del que ha sido director musical desde 1843 hasta 1861. Yo tenía nueve años y Eva doce. Listz interpretó a Listz, evidentemente. Sus *Estudios de ejecución trascendente*, su *Sonata en si menor*, algunas de sus *Rapsodias húngaras*...

Liszt, de paso por París, acudió al salón de moda: el de Manet. Eva no había sido invitada. Yo tampoco. Henri Guérard, en cambio, recibió algunas invitaciones sobre el famoso papel de lujo.

—¿Fuiste, Henri?

—No. Me inventé un pretexto cuando supe que vosotras no iríais. Además, tú ya sabes que la música... ¡no es mi fuerte!

Y otra vez el ritual del Salón.

Eva presenta *El pequeño despertar*. Una mujer joven (que por una vez no soy yo) en camisón bordado está sentada. Otra mujer (que se me parece un poco), vestida con una camisa de rayas, peina a la mujer sentada. Un espejo, linda astucia de Eva, refleja el rostro de la mujer sentada y de su peinadora. Duranty, un escritor reconocido, publicó lo siguiente: «He visto el cuadro de la señorita Gonzalès. Es muy fino, muy personal».

El Salón rechaza dos obras de Manet: *La ropa* y el retrato de Marcellin Desboutin, *El artista*. El jurado explotó: «¡Se acabó! Le hemos dado diez años al señor Manet para que se enmendara. Y no lo ha hecho. ¡Se esfuerza en lo contrario! ¡Tenemos la prueba con estos dos cuadros! ¡Rechazados!».

Respuesta del artista: anunciar que su estudio está abierto y que presenta al público las

obras rechazadas.

Todos los amigos y admiradores del pintor se ponen en marcha, comenzando por nuestro padre, que le pide al director de *Le Siècle*, su jefe, autorización para publicar un artículo un poco particular. Papá se muere de la risa mientras nos cuenta en la mesa esta historia «singular».

—Le dije a Jourde: «Mi querido Philippe, no quiero adoptar el papel tradicional, describir las obras, dar mi opinión de periodista, etc. No. Éste es mi punto de vista: anunciar el acontecimiento, sin hacer alusión al Salón, y limitarme a facilitar la información: Édouard Manet, el famoso pintor que despierta con tanta frecuencia el interés, la controversia y el escándalo, presenta dos lienzos en su estudio particular de la calle Saint-Pétersbourg. Doy la dirección, el horario... Luego me paseo por allí como un espectador cualquiera, preguntando cada tanto la opinión de unos y otros. Paso de Zola a un desconocido, de un joven a una mujer entrada en años... Algunas palabras. Y, con toda libertad, les tomo el pulso a los visitantes».

Pensábamos que un buen número de personas irían por simple curiosidad. Pero hubo que rendirse a la evidencia. Día a día, la exposición personal de Manet se transformó en un verdadero fenómeno de moda. Más de cuatro mil personas pasaron por el estudio entre el 15 de abril y el 1 de mayo. Los pros y los contras se enfrentaban día tras día.

Eva y yo vamos cada mediodía. Eugène se mantiene siempre al lado de su hermano en compañía de su esposa, Berthe Morisot. Guerra de miradas entre Berthe y mi hermana. Yo recibo la sonrisa amistosa de Edma, que nunca está lejos de su hermana.

Manet está rodeado de admiradores o de visitantes hostiles que no esconden su reprobación. Lo que sorprende es ver al gran artista discretamente protegido por sus hermanos y por Henri Guérard, que disimula prudentemente a su espalda, ¡un palo bien firme!

—¡Al primero que le levante un dedo a Édouard lo sacudo!

Manet no cambia. Educado, amable, sonriente, conserva su tranquilidad en todo momento, como si los elogios y los insultos le resultaran equivalentes.

—Me gustaría ser como él —me susurra Eva al oído—. ¡Mira! Ese gordo burgués lo trata de inmoral y él se queda impasible...

—Manet cosecha lo que ha sembrado, Eva. Ya no se habla del Salón. Todo el interés del pueblo parisino se concentra aquí. ¡Esa gente vale más que un premio del Salón!

La afluencia, las conversaciones que continuaron hasta bien entrada la noche, provocaron la cólera del propietario del lugar, que le anunció al pintor que su contrato de arrendamiento no sería renovado.

El verano se acerca. Es difícil no advertir la agitación interior de mi hermana. Yo tampoco me siento a gusto. Por un lado, Manet ha abandonado París y se ha ido de vacaciones con su familia. Por el otro, en casa se repiten las mismas discusiones, las mismas tensiones que el año pasado. Nuestros padres no entienden que la tía Dolores se niegue a salir de España.

Para el verano de 1876, mi padre toma la decisión de ir a casa de la tía Dolores.

—Es algo inexplicable que haya levantado ese muro entre nosotros y ella. ¿Quiere ocultarnos que está enferma? ¿Alguien de nuestra familia la ha ofendido? Dolores es susceptible. Cualquier cosa le hace daño. ¡Tengo que saberlo!

Intercambio de cartas entre París y Madrid.

Mi querido Emmanuel:

¡Os echo de menos! A tu mujer, a las niñas... Y a ti, por supuesto. Pero, aunque sigo amando el París que renace de sus cenizas, con sus bulevares, sus largas avenidas, su Ópera, de la que se cuentan maravillas, soporto cada vez menos a los franceses... Tengo una propuesta que seguro que te va a gustar, Emmanuel. Encontrémonos en tu casa, en vuestra casa encantada de Mónaco.

La familia Gonzalès sale entonces de París hacia Mónaco.

La vida es dulce. El tiempo, espléndido... Mi hermana y yo damos largos paseos cerca del mar.

Con una sonrisa agrídice, Eva me enseña una carta de Manet.

—Se ha ido de vacaciones con Monet y Sisley. A casa de los Hoschedé. Cuando los ricos muy ricos invitan a los artistas, esto es lo que pasa:

Aquí hay demasiadas distracciones para ponerse seriamente manos a la obra. He comenzado muchas cosas que sin duda no podré acabar...

Estos días me pondré seriamente a intentar darles un empujón, porque no queremos prolongar nuestra estancia... Me fui al campo para descansar y nunca había estado tan cansado en toda mi vida.

Esta mañana, para gran sorpresa de nuestros padres, Dolores y su dama de compañía han llegado con un niño muy pequeño, muy educado y vestido como un príncipe. Mi madre ha sido la primera en reaccionar:

—¿Y este niño tan encantador, Dolores?

—El hijo de una aldeana... que me fue muy servicial.

—¿Un huérfano?

—En cierto modo, sí.

—¿Y entiende francés?

—No. Es español de la cabeza a los pies.

El niño le aprieta la mano a Dolores y a su dama de compañía, contra la que se acurruca, como en busca de protección. Con sólo una mirada, se ve que la bruja malvada se ha convertido en un hada de dulzura y de afecto.

Como yo no me sentía muy bien, me había quedado en casa. Eva se había ido al mar. Mi hermana todavía no sabe de la llegada de Dolores y de sus acompañantes.

Mientras mis padres ayudan a Dolores, a la dama de compañía y al niño a instalarse en sus habitaciones, yo corro a encontrarme con mi hermana.

Mi madre dedica todo su tiempo a evitarle a Dolores el mínimo esfuerzo. Le prepara comidas «menos pesadas» y tisanas que «hacen maravillas». Y puesto que la señora Gonzalès se ocupa de *doña*^[*] Dolores, el hada no deja ni por un instante al señorito de mi corazón, al chavalito que ha nacido en Madrid...

Mi padre, siempre tan popular y apreciado por los vecinos, no ha podido dejar de aceptar la invitación de uno a cenar, el paseo en barco del otro de más allá, «a quien le debe un montón de favores»...

Eva aprovecha todos estos desplazamientos mundanos para pasar poco tiempo con nosotros en casa. Sólo aparece para encerrarse en su habitación.

—Estoy enferma... Creo que estoy incubando la gripe.

A veces, por la noche, la oigo caminar... Incapaz de conciliar el sueño. Por la mañana, amanece con las mejillas pálidas y los ojos rojos. Noches de insomnio, noches de depresión. Y mi hermana llora, llora...

Logra la proeza de no cruzarse casi nunca con la tía Dolores, y más cuando hay invitados. Dolores busca entonces su mirada, pero ella la evita. ¿En todo este tormentoso verano sólo se han hablado una vez?

Eva jamás ha sostenido al niño en sus brazos. Nunca lo ha abrazado, nunca lo ha besado.

Ayer por la noche, incapaz de dormirme, me inventé una historia.

Una pareja. Dos enamorados que se encuentran de vez en cuando. Él está casado y nunca abandonará a su familia. Pero, quién sabe, quizás algún día...

Circunstancia particular: el nacimiento de un niño clandestino sería para ese hombre, y en ese momento concreto de su carrera, absolutamente inconcebible. Ya tiene que hacer frente a los escándalos artísticos. No puede permitirse, además, un escándalo personal.

Así que no hay niño. Y si llega, si lo hace como caído del cielo... la mujer enamorada experimentará la necesidad imperiosa de no aferrarse a ese fruto oculto, escondido, renegado...

Yo me armaba mi propia película, mi manera de afrontar este drama, del que no podía hablar con nadie.

Y de repente una gran sorpresa.

De regreso a París, y a modo de regalo de Navidad, Eva me ofrece *Mujer y niño en la playa*. Es un paseo por la playa. En el centro del cuadro, una mujer —yo— sostiene una sombrilla con la mano derecha. A su lado, sentado sobre una tapia de baja altura, hay un niño con un sombrero redondo. Detrás de ellos, el mar, barcos de vela, arena.

Eva nos había estado observando, nos había seguido y se las había arreglado para conservar el recuerdo, el rastro de ese extraño y misterioso verano en Mónaco.

Un lienzo muy querido para mí.

Diciembre. 1878 llega a su fin.

Releo mis cuadernos página tras página, mes tras mes.

¿Qué nos ha pasado de sorprendente o trascendente a los Gonzalès en el transcurso de 1877? Muy poco, o tan poco.

Nuestros padres, con buena salud, siguen cada uno por su lado su rutina habitual. Padre con la escritura, el periodismo, las reuniones de apoyo a los autores... Y llorando la muerte de George Sand, esa Aurore Dupin que tenía en tan alta estima.

Madre recibe a nuestros amigos una vez por semana y logra componer música cuando tener la oportunidad.

En cuanto a mi hermana y a mí, trabajamos con nuestra convicción habitual. Yo tengo que insistir a menudo para que retomemos nuestros paseos en el Bois, ir a un espectáculo o a cenar a casa de amigos.

Eva apenas ve ya a su maestro. Sólo se comunican por carta. Mi hermana escribe cientos de páginas. Manet sólo le responde con consejos: «¿Sus dos cuadros están terminados? Ya sabe que, si me necesita, estoy a su entera disposición».

Ya lo sé. No estoy orgullosa de mí misma. Como me percaté de la tristeza de Eva, de su falta de energía, de su apatía frente al caballete, tomé la iniciativa de... hurgar en su bolso durante la siesta.

«Ya sabe que, si me necesita, estoy a su entera disposición...» Son las palabras de un profesor, y no el mensaje de un amante.

Este año Eva no presenta ningún cuadro al Salón.

Manet, todavía obstinado (virtud que fui la primera en reconocerle), ha enviado dos

lienzos: *Retrato de Faure en Hamlet* y *Nana*. Rechazados.

Eva ya se ha anticipado al terrible hueco del verano, que nos amenaza como cada año. Camille Lemonnier la ha invitado a su próximo Salón de Bruselas. «Todavía se habla —le escribe— de su *Palco* expuesto en Gante en 1874...» En cuanto a Eva, se descubre «una sed insaciable de museos belgas y flamencos», y así lo afirma con una sonrisa falsamente inocente.

Mientras que nuestro padre irá a España a visitar a la tía Dolores, a su ama de compañía y al principito que han adoptado, mamá, Eva y yo iremos de museo en museo en Bruselas, Gante, Brujas, Amberes, Ámsterdam...

Y después del verano, regreso a las viejas costumbres: cenas, paseos, espectáculos y, luego, largas sesiones de trabajo. Eva, en efecto, ha decidido presentarse al Salón de París y al de Bruselas.

1878. Un año en el que me he sentido incómoda. Leo y releo mis notas.

A comienzos de año, Eva me anuncia:

—¡Ya está! Estás lista, Jeanne. Ya no eres una alumna. Eres una pintora. Ha llegado el momento de que presentes tu primer lienzo al Salón. Y yo ¡voy a tirarme al agua: nada menos que dos cuadros y dos pasteles! ¡Las hermanas Gonzalès al ataque! ¿Qué me dices?

Sin saber qué pensar o qué decir, me limito a abrazar a Eva. Dos mujeres. Dos jóvenes mujeres. Eva cumplirá veintinueve años y yo veintiséis.

Les anunciamos el proyecto a nuestros padres. Mamá se echa a llorar.

—¡Mis dos hijas en el salón!

Papá corre a buscar una botella del mejor champán.

—¡Un acontecimiento así hay que festejarlo! Voy a escribir a Dolores ahora mismo. ¡Estará con nosotros!

Establecemos juntas nuestro plan de trabajo.

—Vida monástica entre enero y mayo. Anulemos todas las salidas que no sean indispensables, excepto nuestros paseos a pie. ¡Tenemos que estar en forma y con muy buena salud, hermanita!

Ha regresado la alegría de vivir. Luego...

Mala suerte.

Henri Guérard viene a vernos sin avisar.

Salimos del estudio para recibirlo en el saloncito. Eva trae una botella de Madeira de primera calidad y tres vasitos.

—Algo me dice que tenemos que acompañarte, Henri. ¿Una mala noticia?

Guérard vacía su vaso de un trago. Está tan afectado que le cuesta expresarse. Su voz es

como un susurro. Apenas puede enlazar las palabras.

—Édouard... su pie... tiene un dolor insoportable. Se ve obligado a caminar con bastón.

—Sí, un reumatismo agudo. Los médicos no le han encontrado otra cosa, ya me ha hablado de eso.

—No, Eva, es peor. Los tratamientos no le sirven para nada. El dolor es tan intenso que él... Estoy en contra, pero lo entiendo...

—¿De qué, Henri?

—Mariette, la dueña del Guerbois, también padece de reumatismo. Sabe de toda una red de curanderos, falsos médicos, brujas y yo qué sé qué más... Como está cegado por el dolor, Édouard se está atiborrando de remedios... Hierbas, semillas, pastillas de no sé qué... Opio...

—¡Dios mío!

Eva se muere de dolor. Es un torrente de lágrimas y sollozos. Henri y yo apenas podemos tranquilizarla. Se toma su vaso de Madeira y poco a poco todos nos calmamos.

—¿Qué se puede hacer? —pregunta mi hermana.

Guérard abre sus fuertes brazos, un gesto que vale más que cualquier palabra.

—Conocéis a Édouard tan bien como yo. Tiene vergüenza y orgullo. Nos ha pedido secreto absoluto. Yo soy uno de los pocos que conoce su... desgracia. Ni una sola palabra de esto, por favor.

—Prometido. Pero... ¿nos dirás la verdad, Henri?

—Os lo juro.

Eva tiende su mano para concluir el acuerdo de principios. Guérard la retiene entre las suyas. Y su mirada... Sus ojos fijos en el rostro de mi hermana. Parece que estudia cada detalle, hasta el poro más pequeño de su piel, como si quisiera grabar sus rasgos en lo más hondo de su cerebro.

Un nuevo ritual en nuestra vida: tres o cuatro veces por semana, Henri Guérard viene a tomar el té a casa. Yo me las apañó para dejar solos a Eva y a Henri durante ratos prolongados. Conozco el tema de sus charlas. Es siempre el mismo: el estado de salud del maestro.

El mes de abril avanza, y se acercan el mes de mayo y el Salón.

—¿Cómo está Manet, Eva?

—Cada vez peor. Los médicos son incapaces de determinar la causa del problema. Y ya que no se trata de reumatismo, toman iniciativas que no tienen ni pies ni cabeza. Ahora está siguiendo un tratamiento hidroterapéutico en una clínica de Belleville y recibiendo masajes de cuatro o cinco horas. En opinión mía y de Henri, lo utilizan como si fuera una cobaya.

—¿Y da resultados? ¿Alguna mejora?

—Ni siquiera eso. Está en tal estado de cansancio que se deprime. Su único consuelo: trabajar. Según Henri, prácticamente no sale de su estudio.

—¿Presentará alguna cosa al Salón?

—Sí. Como nosotras.

El Salón.

Para mí es una cita importante: mi entrada en la vida profesional. Mis *Rosas de junio* son aceptadas. Eva expone *Niñera con bebé*.

Eugène Véron escribe en *L'Art*:

En Niñera con bebé, el bebé es bello. El conjunto, a distancia, es satisfactorio, y «la impresión» es más o menos completa. Pero la niñera está lejos de poder ser considerada de ese modo. Mientras que el bebé goza de un moldeado apropiado, la niñera parece una japonesa de colores planos. ¿Por qué esa parcialidad respecto a la niñera?

El otro cuadro de Eva, *Al escondite*, y los dos pasteles, *Las manzanas de api* y *El costurero*, han pasado desapercibidos.

¡Y la obra de Manet ha sido nuevamente rechazada!

La tía Dolores, su dama de compañía y el niño acuden a París para la inauguración del Salón, una visita bastante sufrida para nuestra anciana tía, a la que le cuesta desplazarse cada vez más. Sería casi cómico si tuviera alguna gracia. Dolores camina a pasitos, sostenida por mi padre y su dama de compañía. Un guarda sigue al trío, equipado con un sillón suficientemente ancho para aguantar el cuerpo majestuoso de mi tía.

Reunión familiar delante de nuestras obras. Hemos puesto lado a lado los lienzos de Jeanne y Eva Gonzalès. Tía Dolores está sentada, rodeada por su dama de compañía, mi padre, mi madre y Eva. Yo me mantengo un poco alejada con el niño, que no deja de decir sin descanso:

—¿Por qué tantos cuadros? ¿Por qué tanta gente?[*]

Difícil de responder. Sus preguntas me hacen darme cuenta de una realidad que, de repente, me parece absurda. Sí, ¿por qué hay tantos cuadros? ¿Por qué hay tanta gente? Cada año se produce el mismo ritual. Cientos de obras, la mayoría de las cuales pronto será olvidada. Miles de personas, la mayoría profundamente aburridas.

—Es el circo, cariño. El circo anual.

—¿El circo?

Y esta palabra, que sabe decir en español y francés, desata su hilaridad.

Esta mañana, para mi gran alegría, he encontrado a Eva realizando un retrato del niño en

vivo, sin hacerlo posar.

Pinta su cabeza con pinceladas rápidas. Y la cabeza cobra vida. Los ojos «ven», los trazos son móviles, se esboza una sonrisa...

—Es para ti —me dice Eva—. Guárdalo. Para ti.

Entiendo. Entiendo cada vez mejor los pensamientos atormentados de mi hermana. Me regala el lienzo. Me regala al niño.

Comienza el otoño.

Como de costumbre, es el momento de decidir si enviaremos o no nuestros cuadros al Salón. Precisamente yo estoy trabajando en un lienzo, sobre los frutos de otoño, que podría llegar a ser aceptado...

Eva no ha decidido nada. Me dice que todavía está dándole vueltas. Yo sé que hay algo que no tiene nada que ver con la pintura que la perturba. ¿La salud de Manet? Después de haber sido expulsado de su estudio de la calle Saint-Pétersbourg, el pintor ha encontrado refugio en el estudio Rosen. Allí, su hermano Eugène y Berthe Morisot han recibido a sus amigos para celebrar el nacimiento de su hija, Jullie.

Durante el verano, el maestro ha estado internado un tiempo en una clínica.

Como estaba concentrada en mi lienzo, al que estoy dando los últimos retoques, no oí a Eva sentarse en su taburete, justo a mi lado.

—Jeanne...

—¿Eva?

Nuestro código secreto. Si hay algo serio o importante, nos miramos directamente a los ojos. El momento de la verdad.

—Henri me ha pedido que me case con él.

Guérard, el hombre sólido. El amigo fiel. El paciente enamorado. No era un secreto para nadie que el grabador más competente de París construyó para Eva Gonzalès un altar de madera maciza para prosternarse ante ella y confesarle en silencio su pasión devastadora.

Sólo que... Eva es intocable: fue la única alumna de «Édouard», el maestro venerado de Guérard. Nuestro amigo sabe, como yo y como la propia Eva (¡de eso estoy segura!), que no es la enfermedad lo que alejó a Manet de mi hermana. Además, ya hay otras mujeres que han entrado en la vida del autor de *Olympia*.

—¡Dime cuál es tu opinión, Jeanne! ¡Sin pensarlo!

—Será un marido perfecto. Un hombre leal. Un marido que sabrá no molestarte porque conoce tu carácter y respeta tu independencia. Él te admira. No serás infeliz. Y en cuanto a él... Harás de Henri el hombre más feliz de la tierra. Ese hombre se merece ser

feliz, Eva.

—¡Hermanita![*]

Me abraza y lloramos de alegría. Lloramos de angustia. Lloramos.

Y ese torrente de lágrimas nos sienta bien.

* Se les llama *catherinettes* (del gr. *katharos*, que significa «puro») a las jóvenes de veinticinco años que todavía no se han casado. (*N. de la T.*)

* (*N. de la T.*)

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

QUINTO CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

21 DE ENERO DE 1879. Comienza el año y Eva sigue insistiendo.

—Quiero que la boda civil se celebre el 15 de febrero, la víspera de tu vigésimo séptimo cumpleaños, Jeanne. ¡Celebraremos tu nacimiento y mi nueva vida!

Estamos sentadas la una junto a la otra sobre mi cama, en plena noche. Ninguna de las dos puede dormir.

A mediodía, Eva y Henri firmaron el contrato de matrimonio en la oficina del señor Bonneau, notario de París. Por la noche, se organizó una cena en casa para los amigos íntimos.

Manet mandó un ramo de flores: peonías blancas. Sabe que Eva siente un cariño particular por los dos lienzos del maestro pintados en 1864: *Rama de peonías blancas y podadora* y *Jarrón de peonías sobre pedestal*. Son dos óleos sobre tela magníficos, ambos rechazados por el Salón. El escándalo de *Almuerzo sobre la hierba*, presentado el año anterior, lo habían vuelto intratable. Al pie de la carta había dibujado con tinta unas peonías.

—¿Qué excusa ha dado para no acudir a la cena?

—Otra cena fastidiosa. Una reunión con un marchante extranjero que tenía comprometida desde hacía semanas. De hecho, no se ha movido de su casa, Henri está preocupado... Las fatigas repentinas abaten cada vez más a su amigo.

El nerviosismo de Eva es palpable. Se frota las manos como si se las enjabonara.

—¡Ojalá pueda venir a la boda!

Ha pasado un mes. Copio con cuidado el documento oficial en este nuevo cuaderno:

15 de febrero de 1879.

Ceremonia civil en el ayuntamiento del noveno distrito de París.

Eva Gonzalès desposa a Charles Henri Guérard, pintor y grabador nacido en París (quinto distrito) el 26 de abril de 1846, hijo de Charles Étienne Guérard y de Marie Justine Augustine Ruel de Forges.

La boda entre Eva Gonzalès y Henri Guérard tuvo lugar en presencia de Henri Justin Dentu, editor; Paul Ferdinand Gachet, doctor en medicina; Philippe Auguste Jourde, director del periódico Le Siècle, y Édouard Manet, artista pintor, todos testigos.

Al día siguiente de mi cumpleaños, el 17 de febrero, se celebró la ceremonia religiosa.

La tía Dolores estuvo en París para la ocasión. Ahora viaja con una pequeña armada de criados, hombres y mujeres cuyo rasgo en común es la juventud.

—Necesito a esos jóvenes hercúleos y a esas minervas enérgicas para transportar mi imponente corpachón. Ellos conocen todas mis debilidades físicas y mis estados de ánimo tan variados. Jeanne... Juanita... Cada vez con más frecuencia paso de una profunda serenidad a una especie de exaltación que hace latir mi corazón como una avispa enloquecida que ha sido encerrada en una campana de cristal...

Mis padres insisten en que Dolores ocupe la cama de matrimonio, esa cama que cuando era pequeña llamaba «la balsa de *Medusa*» porque es cuadrada y tiene cuatro columnas sólidas que sostienen un tapiz persa, una idea de mi padre.

—¿Qué son esos dibujos de la cama, papá?

—No son dibujos, Jeannette. Son letras árabes. Un poema. O un mensaje de paz. Un sura del Corán. Nunca quise conocer la traducción. Es un regalo de un amigo, un poeta persa que vivió durante algún tiempo en París: «Este sura os protegerá durante el sueño, Emmanuel. Confíe en mí». Creí en su palabra, y por la noche, antes de irme a dormir, contemplo estas letras tejidas en el tapiz... Y me duermo con la mente en paz.

Tres jóvenes criadas, Paca, Rosa y Nenita, deambulan por la casa. Como si fueran capaces de leer los pensamientos de su patrona, una recoloca el cojín de su espalda, la otra le lleva una taza de camomila —la bebida preferida de la *señora*^[*] Dolores— y la tercera le masajea los pies a la gordísima señora.

Paca: rostro tallado en bronce, una trenza azabache que le llega hasta la cintura y unos ojos de ónice en permanente estado de alerta. Tiene la mirada de una garduña al acecho.

—La Paca. Una gitana de la Sierra Morena profunda. Al parecer, nació en medio de una lucha entre su gente y los asesinos de la Guardia Civil española. Ha visto y oído cosas que superan el Infierno de Dante. Se dejaría matar o mataría por mí. ¡Tengo mucha suerte, Jeanne!

Durante casi todo el día, me quedo sentada cerca de la tía Dolores, al lado de la cama-balsa. A veces duerme algunas horas, así que yo aprovecho para leer o dibujar. Yo, a mi vez, tengo el derecho adquirido de recibir el servicio de las jóvenes gitanas y brujas a las que no hace falta en absoluto pedirles las cosas. Una me trae chocolate caliente y bollitos cuando tengo hambre. La otra corre a echar nuevos troncos a la chimenea de loza, el lujo máspreciado de la pareja Gonzalès.

Si tía Dolores se despierta, improvisamos. A veces me habla de sus recuerdos de infancia, cuando de muy pequeña, a los ocho o diez años, seguía a mi padre, su ídolo...

—Como un perro incapaz de dejar a su amo ni por un segundo.

Por el contrario, se niega a recordar su adolescencia.

—¡Una edad ingrata, Jeanne! Charlemos de otra cosa.

Y me jura que a mí me ha confiado detalles de su vida que jamás ha deseado contarle a nadie más.

¿La muerte? Tía Dolores tiene de repente los gestos, la voz y la mirada de una chiquilla maliciosa.

—Me llegará de un día para el otro. Estoy lista. Y ya he tomado todas las medidas necesarias.

No se olvidará de la familia Gonzalès ni del niño, el principito que ha confiado a su ángel guardián y a la que yo sólo puedo ver como a un hada malvada.

Esa mañana, la víspera de su regreso a España, la tía Dolores me tomó las manos entre las suyas. No apartaba su mirada de mis ojos.

—Ya es hora de que vivas tu propia vida, Jeanne. Ahora tu hermana mayor es una mujer casada. La soledad caerá sobre ti. ¡Hagas lo que hagas, ven a verme cuando te pese el corazón y estés demasiado llena de pena! Y luego, bueno... El niño... Tú eres su preferida. Me tomé la libertad de preguntárselo... «Si tuvieras que elegir entre *tía* Juana y *tía* [*] Eva... ¿a quién elegirías?» ¡A Juana! Tu nombre salió de su boca sin la menor vacilación. Para él, Eva es un personaje distante. Nunca lo ha abrazado, mientras que tú...

Y por una vez nos reunimos todos en el Salón. La gran familia. Yo expongo, con toda modestia, mis *Frutos de otoño*. Eva presenta el *Retrato de la señorita S.*, un pastel sobre papel en el que aparece una niñita rubia cuya mirada desvela la impaciencia que le produjo tener que estar inmóvil, ¡un rato que debió de resultarle pesadísimo!

Cabeza de niño, un óleo sobre tela, es muy diferente. Eva retrató en movimiento a un niño que observa cómo dos jóvenes perros lo siguen. El juego parece divertirle, a juzgar por su mirada atenta y el esbozo de una sonrisa. El catálogo indica que se trata de la cabeza de un niño «no identificado». Esas palabras me incomodan. ¿Un niño no reconocido? ¿Un niño renegado? Da igual. Esta cabeza tan natural, tan viva, llama la atención. Es un triste consuelo.

Nos espera una sorpresa. *Un palco en los Italianos*, lienzo rechazado en 1874, ha sido aceptado y ubicado a la vista de todo el mundo en una de las salas de la exposición.

Estamos encantados. Pero los golpes no tardan en caerle a mi hermana. A los críticos les exaspera el cuadro porque ha sido demasiado expuesto, tanto en Bélgica y Londres como en Francia. Algunos artículos señalan, para colmo, que se trata, por así decirlo, de una copia de Manet. Se le hace pagar a la alumna su lealtad al maestro.

Manet, por una vez, es admitido en el Salón. Expone dos óleos sobre lienzo, *En el*

invernadero y En barco.

Ambos representan a una pareja en la que la mujer figura a la izquierda y el hombre a la derecha. En el segundo, a bordo de un barco, un mozo de bigote pelirrojo y sombrero de paja mira al pintor con manifiesta hostilidad. La mujer, que lleva un vestido azul, se muestra de perfil, perdida en sus pensamientos.

En el otro lienzo, la mujer está sentada en un invernadero. Su porte armonioso recuerda al de Berthe Morisot. El hombre está apoyado en el respaldo de un banco, con los ojos fijos en la joven. Su barba casi se confunde con su traje negro. Su mano izquierda está muy cerca de la de la señora. Lleva anillo de casado.

—En mi opinión, este cuadro representa un acto de seducción.

Mi madre me susurra esta frase al oído. Entonces, me doy cuenta de que el hombre se parece a Manet. Mamá y yo visitamos juntas el Salón, felices de contemplar el trabajo de nuestros amigos: Bastien-Lepage obtiene un éxito más mundano que artístico con su retrato de Sarah Bernhardt. Fantin-Latour está orgulloso del interés que está generando su *Lección de dibujo en el estudio*. Renoir brilla con sus retratos de Jeanne Samary y de la señorita Charpentier y sus hijos. Pero Sisley y Cézanne, dos pintores a los que admiro, ¡han sido rechazados!

Ese año, tiene lugar la cuarta exposición de los impresionistas con el título, a petición de Edgar Degas, de «La exposición de los independientes».

Y, por primera vez, se exponen las obras de un joven protegido de Degas, un personaje extraño, muy alto, muy fuerte y muy tímido: Paul Gauguin.

Desde el enlace de Eva, he tomado por costumbre, cuando hace buen tiempo, ir a pasear al parque Monceau, más céntrico y menos frecuentado que el Bois de Boulogne, que no ha dejado de estar de moda. Llevo siempre conmigo mi material de dibujo en una gran cesta de mi madre, por si acaso.

Hoy caminaba a orillas del estanque cuando vi que se acercaba a mí Edma Morisot. Me sonrió, y era una sonrisa sincera: estaba contenta de verme.

Ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro, y desde entonces ha habido momentos dolorosos, como la muerte de la señora Morisot en 1876, y momentos alegres, como el nacimiento de Julie Manet Morisot, un año antes.

—Berthe cada vez está más integrada en el grupo independiente. ¿Sabes que Degas, Pissarro y Mary Cassatt van a publicar una revista dedicada al grabado?

Se menciona el nombre de Guérard y su boda con Eva.

—Nuestras hermanas, Jeanne... Dios mío, ¡qué cambio! A partir de ahora Berthe formará parte de la familia Manet. Y tu hermana también, de algún modo, porque Henri

Guérard es el hermano espiritual de Édouard. Berthe está feliz, sobre todo desde el nacimiento de Julie. ¿Y Eva?

Me aprieta la mano derecha, un gesto de amistad, de confianza...

—Creo que también ella ha encontrado la felicidad.

Berthe, Eugène y Julie pasarán el verano en Cherburgo. Eva y Henri están considerando ir a Venecia. Yo me reuniré con la tía Dolores en el sur de España. Mis padres no saldrán de Mónaco.

—¿Y Manet?

—En Belleville, para seguir su tratamiento. No pierde su buen humor; hasta le ha dicho a su hermano Eugène: «Mis ánimos son buenos, pero mi cuerpo amenaza con hundirme en el martirio».

Mamá murió el 22 de febrero. 1880 nos golpea de frente. Anulamos mi cumpleaños.

La tía Dolores ya no puede caminar. Está atada a la cama de su preciosa casa, en lo alto de la montaña, en San Sebastián. Se la ha colocado sobre una plataforma, de manera que pueda ver el mar a través del ventanal de su habitación.

—Quiero morir mirando el océano. Así sabré que mi alma irá hacia el infinito.

Mi padre lleva mal su duelo. Yo intento quedarme a su lado lo máximo posible. En lugar de encerrarme en el estudio de casa, he instalado mi caballete y mis útiles en el cuarto de trabajo de papá. Así hemos llegado los dos a un bonito arreglo: él escribe y yo pinto.

Padre ha colocado sobre su mesa un ejemplar de *El cuervo*, el poema de Edgar Poe traducido por Stéphane Mallarmé, con una litografía del pájaro negro de Manet.

—Soy el primero que posee una joya como ésta.

Nos apoyamos mutuamente. Papá me lee los pasajes de un libro que está preparando en homenaje a su «tercera patria», como él dice.

—Está la España lejana, la Francia que me adoptó y el país de mi corazón... Mónaco.

Y yo le muestro los cuadros que presentaré al Salón: *Los geranios* y *La portadora de pan*.

—¿Conoces el secreto de tu fuerza, Jeanne?

—¿De mi fuerza? ¡Me gustaría conocerlo, papá!

—Tu pintura no se parece a la de nadie. Es como tú: discreta, serena, llena de encanto...

Eva sólo expondrá un pastel, *La señorita de honor*. Y persisten en presentarla como «la alumna de Charles Joshua Chaplin y Édouard Manet».

El maestro le escribió a Eva unas cálidas palabras que mi hermana lee, relee y hace leer:

Los periódicos están todos llenos de elogios para usted; permítame unirme a ellos también, ya que en alguna ocasión ha querido pedirme consejo, pero parece que la buena acogida que usted se merecía desde hacía tiempo se afirma este año.

Manet no tiene de qué quejarse. Expone en el Salón *En casa del padre Lathuille*, un homenaje al propietario del café Guerbois, así como un retrato soberbio de Antonin Proust.

En cuanto a Renoir, se destaca con su *Muchacha dormida* y sus *Las pescadoras de mejillones en Berneval*. Monet seduce con su *Vetheuil vista desde Lavacourt*.

Esta noche hay cena para tres: Eva, Henri y yo, una especie de velada fúnebre. El único tema de conversación es la salud de Manet.

Henri Guérard está un poco encorvado y tiene los codos apoyados sobre la mesa. Con la mano izquierda sostiene un vaso de vino y con la derecha se sujeta la frente, surcada de profundas arrugas. Y así, perceptiblemente triste, insiste en decirnos —y repetirnos— la verdad pura y dura.

—Édouard ha alquilado una casita muy agradable en Belleville para recibir allí sus tratamientos. Lo aterrorizan las habitaciones de hospital. Eva, Jeanne...

—Venga, Henri, ¡dínoslo todo! Las hermanas Gonzalès son fuertes, ¡ya lo sabes!

—¡Sí, lo sé! Parece que soy el eslabón débil del trío. Pero es que... ¡me da tanta pena!

—¿Cómo se le puede ayudar?

—Es todo un problema. Incluso a los médicos los supera.

Conseguimos aplacar la angustia de Henri, que termina de exponernos la situación concreta de su amigo. Ese verano, en Belleville, los médicos pronunciaron un diagnóstico fatal. Manet padece de una ataxia motriz, una enfermedad degenerativa del sistema nervioso. La enfermedad seguirá avanzando y no hay nada que pueda hacerse para detenerla.

—Esa enfermedad... ¿cómo se contrae? ¿De dónde procede?

Eva se prepara claramente para oír lo peor.

—Según los médicos, podría ser la fase final de una... sífilis contraída en su juventud. Durante su estancia en Brasil...

Rostro inmóvil de Eva. Como una máscara de hierro. Y sobre las mejillas de esa máscara, lágrimas.

Mi hermana no se dio cuenta de que lloraba.

El mes de septiembre toca a su fin.

Ayer, 27 de octubre. Estaba trabajando en el estudio cuando Eva apareció como un rayo.

—¡Él ha vuelto! ¡Está en todas partes! ¡En todas las veladas parisinas! Mejor, le ha pedido a su mujer que organice de nuevo las veladas musicales. ¡Está claro! Pretende que todo París sepa que se encuentra bien, que su enfermedad no es más que... ¡rumores! Juega a estar alegre, pero su mirada sólo refleja tristeza y agotamiento...

«Él»... Eva ni siquiera se atreve a decir su nombre.

Logro calmarla. Encontramos refugio en mi rincón preferido de la casa: nuestra bonita y espaciosa cocina, tan bien mantenida por *doña*^[*] Asunción, una de las «campesinas perfectas» enviadas por la tía Dolores.

Mesa, cacerolas, cobres, cafeteras, jarras, vajillas... todo brilla. Ésa es la obsesión de Asunción.

—Ni una mota de polvo. Y perfume de jazmín. ¿Le gusta el jazmín, señorita Juana?

Sí, me gusta el jazmín. Y también me gusta levantarme antes que nadie, hacia las 4 o las 5 de la mañana. Voy a la cocina a tomar mi desayuno, una taza de café y un *brioche*. Y entonces mi jornada de trabajo puede comenzar.

Estamos sentadas frente a frente. Eva bebe la tisana que acabo de servirle. Espero.

Se recompone suavemente. Su preocupación principal es dominar su voz. Hablar sin llorar. Decirme qué es lo que la ha alterado.

—Pasé a verlo. Está de vuelta en su estudio. Pinta como si nada pudiera impedirselo. Me ha enseñado dos cuadros que espera mandar al Salón: *La evasión de Rochefort* y el retrato de Pertuiset... Ya sabes, el explorador...

—¿Son bonitos los cuadros?

Eva aprieta la taza entre las manos como para calentárselas.

—No los contaría entre mis favoritos, pero por lo menos trabaja. Y se cuida incluso con mayor meticulosidad. Lleva la barba bien arreglada y el pelo bien cortado. Vestía un traje elegante, botines de lujo y agua de colonia en cantidad para disimular el olor de los aceites, las cremas y los ungüentos. Henri me ha hablado de las largas sesiones de masaje que el enfermo tiene que soportar. Pero no cualquier masaje, Jeanne: ¡tiran, tuercen y torturan sus músculos!

Su taza está vacía. La relleno de una tisana traída de España. Quise conocer el nombre de las hojas de color indefinido y olor a raíz quemada.

—¿Cómo se llama, Asunción?

—No tiene nombre, *niña*^[*] Pero si sientes tristeza o dolor que vengan del corazón o del espíritu, ¡es lo que hay que beber!

Eva da un largo trago y comienza a sentir los beneficios de estas hojas anónimas.

—Me quedé muy poco con él. Estaba en pleno trabajo. Fue amable y cariñoso. Se estuvo informando acerca de mis intenciones para el próximo Salón. Y, al acompañarme

a la puerta, me retuvo un momento y me tocó la cara... tocado, no acariciado. Como si quisiera grabar en la piel de sus dedos mis mejillas, mis labios y mi nariz.

Noviembre.

Mi hermana atraviesa una especie de crisis, de desesperación profunda.

«En vista de los últimos horrores que he hecho, he tomado la determinación de no dedicarme más a la pintura.»

Nuestra casa cada vez es más cómoda. De hecho, *doña*^[**] Asunción ha tomado el poder. Partiendo de la cocina, se ha dedicado a hacer brillar todas las paredes, el suelo, los muebles, los objetos, los cobres, los espejos y los cristales de la ilustre morada de la familia Gonzalès.

¡Para brillo, nuestra casa! Pero ya nadie viene a visitarla. Desde la muerte de mamá, mi padre, salvo alguna excepción, come y cena fuera.

Mi hermana, por su lado, es lo contrario de una mujer casera. Siempre le ha gustado viajar y este gusto parece afirmarse desde su matrimonio. Lo digo sin la menor acritud. Parece querer huir de París. De hecho, no enviará nada al Salón, por lo que yo me siento en el deber de representar a las Gonzalès. Me aílo de todo el mundo para consagrarme por completo a mi cuadro: *Una ventana al mar*, un recuerdo de las semanas que pasé en Honfleur en compañía de Eva y Henri.

El Salón abrirá dentro de una semana.

Esta mañana recibí una larga carta de la tía Dolores. Sueña con poder asistir a la presentación de mi trabajo. «¡Mi Jeanne, completamente sola en el salón!» A pesar de los esfuerzos «heroicos» que consiente en hacer para «adelgazar un poco, levantarme y dar algunos pasos», sus fuerzas la abandonan. «¿Vendrás a verme después de tu Salón, Juanita?» Y, sin perder el sentido de la realidad, Dolores me habla de algunos preparativos, «por si acaso».

El marido de Esperanza, el *caballero aragonés*,^[*] ha muerto. «Un caballo al que quería domar lo envió al otro lado del monte.» La joven viuda decidió instalarse en casa de «*la señora de todos los dolores*»,^[*] un juego de palabras que hace reír a mi tía. «Dolor de espalda, dolor de riñones, dolor de piernas, dolor simplemente... ¡Es una gran verdad que soy la patrona de todos los dolores!»

Por suerte, la dama de compañía y Esperanza se comprenden de maravilla. Han adoptado al niño, que crece como un verdadero príncipe: educado, limpio, estudioso... «Ahora está estudiando francés. Después de todo, es una bonita lengua. Son los franceses los que son odiosos.»

Y, en efecto, el niño me ha escrito algunas líneas:

«Espero que estés bien, tía Jeanne. Yo estoy bien. Es mami Dolores la que tiene dolhores...». Una faltita de ortografía encantadora...

Se produce un cambio positivo en el medio artístico. El Estado acaba de pasar el relevo. A partir de este año, será una sociedad autónoma de artistas la que organizará el Salón, la Fundación-Sociedad de artistas franceses. Desgraciadamente, un gran número de esos «artistas» son en realidad viejos pintores académicos, seniles y reaccionarios.

Gracias al cielo, siempre hay una excepción que confirma la regla. Alexandre Cabanel entra en escena. El mismo que hace dieciocho años triunfó en el Salón con su *Nacimiento de Venus*, una obra de una mediocridad que haría llorar hasta a los conserjes. Ese año, el *Almuerzo en la hierba* de Manet se cubrió de fango. Pero, cuando el jurado ya se disponía a rechazar los cuadros de Manet, Cabanel, refiriéndose al retrato de Pertuiset, proclamó con voz atronadora:

—¡Señores, no hay ni cuatro de entre nosotros que sea capaz de pintar una cabeza como ésa!

El divino Cabanel no se conforma con eso. El jurado acuerda que le sea entregada a Manet una medalla de segunda clase. Un premio menor, cierto, pero que permitirá al pintor enarbolar las letras «H.C.»: ¡fuera de concurso! ¡Así que ya no tendrá que solicitar permiso al jurado para enviar sus obras al Salón!

Eva se desvive para dar una cena en casa en honor a su maestro.

—¡Suplécale, ponte de rodillas, Henri! Pero ¡que celebre su triunfo aquí, en familia!

Era mediodía. Eva, sin duda excitada por la noticia de la «H.C.», había bebido un poco durante la comida. Había mezclado vino blanco con tinto, seguidos de coñac. ¿Acaso mi hermana se había dado cuenta de lo que acababa de decir? ¿Nosotros, la «familia» de Manet? No se percató de las mejillas sonrojadas de su marido ni de su aspecto contrito. En ese momento supe que el noble, sabio y humilde de Henri Guérard también sabe, y desde hace tiempo, que nada ni nadie podrá reemplazar el lugar que ocupa Manet en el corazón de Eva.

Por supuesto, el maestro no vendrá a nuestra casa. Celebrará su triunfo en su casa, en compañía de Suzanne, Léon, Eugène, su esposa Berthe Morisot y la pequeña Julie, a la que Manet parece adorar.

Yo recibo un gran honor: Paul Durand-Ruel me invita a comer al café-restaurant de La Rochefoucauld, *alias* La Roche, en la esquina de la calle homónima y de la calle de Notre-Dame-de-Lorette. ¿Sabe que yo fui bautizada en esa iglesia y que mi madrina de ocho años era Eva? ¿Azar o delicadeza? Dejo la pregunta sin respuesta.

—Nuestros amigos se reúnen aquí con frecuencia. Degas, Stevens, Renoir...

—¿Así que es la cantina de los impresionistas?

—¿Se podría decir!

La cara y sobre todo la mirada de Durand-Ruel reflejan una gran inteligencia. Su sentido del humor a veces es cruel.

—Cada vez me interesa más la obra de Eugène Boudin... Pero ¿cómo semejante artista no ha tenido el tacto de cambiarse de nombre? ¡Boudin![*] ¡Señor! ¡Y le importa un bledo! «A menudo me toman por charcutero», me dice, ¡pues ni chicha ni limoná!

Tras algunos años de turbulencias, Paul Durand-Ruel vuelve a los negocios. Ha comprado docenas de cuadros de Manet, de Degas, de Monet... Y también algunos de Eva. ¿Me habrá llegado mi turno?

El almuerzo es exquisito. La conversación, luminosa. El hombre es seductor. Pero es un marchante de los pies a la cabeza. En la despedida, se inclina para besarme la mano.

—Seguiré su trabajo, Jeanne.

«Seguiré.» Entre «seguir» y «comprar» hay un gran trecho.

Papá va cada vez con mayor frecuencia a Mónaco, su paraíso.

—Verás, Juanita, sobre ese mágico peñasco están el Soberano... ¡y yo! Las autoridades y mis vecinos me tratan como a un príncipe. Y mi jardín ha superado todas mis expectativas. ¿Para qué alejarse del paraíso, querida?

Eva se ha ido de viaje con Henri.

Por su lado, Manet ha alquilado para el verano una casa en Versalles, en el número 20 de la avenida de Villeneuve-l'Étang.

Respecto a mí, he llegado a San Sebastián dos días antes de la fecha anunciada a la tía Dolores. Me gusta la ciudad, con su viejo barrio de calles estrechas y su prodigiosa bahía.

He alquilado una habitación en un hotel. Paseo sola, tomo algunas notas y hago algunos dibujos. Es mi tiempo de descanso. Son mis vacaciones. Entiendo a la tía Dolores: mientras permanezco sentada frente a la bahía, miro el mar y no pienso en nada.

¿Será esto la felicidad?

Dolores ha adelgazado. La muerte se instala poco a poco en su cuerpo.

—Estaré ahí para velarla —me anuncia la dama de compañía con tono firme, tan firme como ella—. Veré su alma abandonarla y ascender al cielo. Se ha ganado ese derecho.

Esperanza ha cambiado mucho. Ha engordado y sus ademanes son más refinados.

—Me pongo en el lugar de *doña* [*] Dolores —me susurra sonriendo—. Yo soy como ella: una viuda sin hijos.

Aunque, en cierto modo, la ausencia de un hijo no la apena: está loca por «el huérfano».

—Es normal. Es un niño tan delicioso. No entiendo...

No se atreve a terminar la frase. Ha percibido mi mirada. No hay nada que comprender. Las cosas son como son. Y no admito que se juzgue a Eva, para quien la palabra «amor» sólo tiene un sentido.

—Al niño le gustaría volver a París. No se ha olvidado de su otra tía. Cuando dice «tía Eva»,^[**] su cara se ilumina.

Sé que Esperanza miente. Su nombre le va que ni pintado: Esperanza, la que cree en los milagros. Ella ya se ve en París paseando con Eva, el niño y conmigo.

—Ya veremos...

¿Me habré vuelto yo también, a mi pesar, una experta en mentiras? Pero, quién sabe, quizás Esperanza tenga razón... Y añadido:

—De regreso a París, tantearé a Eva.

Mi hermana y yo pasamos el final de agosto y el principio de septiembre en Dieppe, en casa de nuestros amigos los Tissot. No entienden por qué los cuadros que les gustan a ellos nunca se nombran en los periódicos líderes de opinión: *Le Siècle*, *Le Figaro*, *La Presse*...

—¡Sólo defienden a los hombres!

La señora Tissot, «madre de familia numerosa» y «feminista de corazón», ha escrito incluso a los periódicos locales (sin decírnoslo) para ejercer la defensa de dos artistas eminentes: ¡las hermanas Gonzalès! Sus cartas, por supuesto, no han sido publicadas.

Pasamos lindas veladas juntos y los Tissot hablan de las bondades de vivir en Francia, «el país más bonito del mundo, o en todo caso el mejor gobernado».

—Desde el triunfo de la Unión Republicana en las elecciones, no paran de aparecer buenas leyes. ¡Ley sobre la libertad de prensa! ¡Ley de Jules Ferry sobre la enseñanza laica, obligatoria y gratuita! Sin contar con los progresos de la ciencia... ¡Mirad si no el alumbrado eléctrico que se acaba de instalar en los grandes bulevares de París!

23 de septiembre.

Mientras estoy sentada cerca de la ventana, experimento la repentina necesidad de pintar un retrato de Eva frente al puerto.

—¿Quieres?

Estamos tomando un café. Tarda en responderme.

—Me ha enviado esta carta... extraña.

Me la da.

Desgraciadamente, al igual que usted, hemos tenido que aguantar un tiempo horrible.

Creo que hace ya más de un mes y medio que llueve por aquí. Quería haber hecho unos estudios en el parque de Lenôtre y he tenido que conformarme con pintar en mi jardín, que es el jardín más feo del mundo. Eso es todo lo que tengo como novedad, algunas naturalezas muertas. Por descontado que este diluvio me tiene un poco contrariado...

Creo que usted, querida señora, ha aprovechado el mal tiempo para no hacer nada. Sin embargo, algunos buenos pasteles, como usted sabe hacerlos, se prestan a ser perfectamente realizables mientras llueve, en casa...

Esta mañana he leído, en Le Figaro, que Emmanuel Gonzalès ha regresado a París, lo que nosotros también haremos el sábado a las ocho. Ya es hora de volver a casa. Espero que en el mes de octubre haga buen tiempo y pueda comenzar alguna cosa para la próxima exposición.

Adiós, querida señora. Recuerdos a todos de nuestra parte.

Una educación llena de ironía. Desde la boda de Eva, Manet la llama «señora» y el «tú» de antaño ha desaparecido.

—Está muy mal, ¿sabes? Henri fue a verlo a Versalles. Su valor y su dignidad permanecen intactas. Henri está consternado. Manet quiere rematar su cuadro a toda costa, el gran cuadro para el próximo Salón. Pero cada vez le cuesta más sostener un pincel.

Precioso mes de octubre en París.

Eva ha organizado una verdadera red de contactos para mantenerse informada de todos los movimientos de Manet. Henri es el jefe de información; Max, el peluquero del pintor, que «se ocupa en ese momento de peinar a Henri, un grabador que, sin embargo, detesta a los peluqueros»; Fernand Xau, director del *Gil Blas*, un periódico creado en 1879 con un único objetivo: el chismorreo, la vida privada de las celebridades y los secretos que hacen vender. Cómo se divierten las bellas plumas (¿o es que están muy bien pagadas?) escribiendo artículos brillantes: Richepin, Mirbeau, Henry Fouquier, Maupassant...

Xau admira a Eva. Diría incluso que está un poco enamorado de ella. Y mi hermana se aprovecha de ello sin el menor escrúpulo. Sabiendo que Xau es de buen comer y de buen beber, le ha pedido a Asunción que prepare sus menús más deliciosos.

Los interrogatorios de Eva no tienen límite. El periodista, que está al corriente de todo, le describe las noches de París. Las noches de Manet.

—Se le llama enfermo. Quizás. A veces le cuesta caminar, pero... ¡menudo despliegue de energía tiene el hombre! Se lo ve en todas partes. En el café Bade, en el Tortoni... Casi cada noche va al Folies-Bergère. Sospecho que a trabajar. Tiene varios cuadernos llenos

de dibujos, en espera de su obra maestra. Parece que Gambetta y su ministro de Bellas Artes, Antonin Proust, amigo de Manet, quieren condecorarlo con la Legión de Honor. Es un poco sospechoso. Cuando llegan los honores, es que ronda la muerte...

Xau, bastante ebrio, no ha podido contener una carcajada. Con un gesto, he tenido que impedir que Eva le echara su vaso de vino a la cara.

Llega el invierno. Cada uno vuelve al trabajo. El gran momento del año se acerca: el Salón. Eva decide presentar *A orillas del mar*, comenzado en Honfleur. Mis *Flores y verduras* pasan sin problema frente al jurado, a quien, según la lengua viperina de Xau, «le gustan las pintoras que representan la delicadeza y la modestia».

La familia espiritual está reunida. Una bella unión. Manet, nuestro respetado guía y maestro, presenta *La primavera* y *El bar de las Folies-Bergère*. Fantin-Latour entrega su *Retrato de Charlotte Dubourg* y el de la señora Lerolle. Renoir ofrece un *Retrato de la señorita Y. Grimpel*, y Cézanne, el de un tal «M».

El éxito del Salón, sin discusión alguna, es el gran cuadro de Manet. Eva y yo no paramos de contemplarlo, agarradas de la mano y con lágrimas en los ojos.

—¡Este pintor es un genio!

Una exclamación que sale de dentro y desprovista de segundas intenciones.

Eva admira la obra, pero detesta el retrato de la camarera.

—Debería haber elegido mejor... ¡Qué aire de tonta tiene, Dios mío! ¡Y encima está plantada en el centro del lienzo!

Mi hermana y sus crisis de celos... Sabe que Manet fue al bar del cabaret para hacer dibujos y estudios, pero que ha pintado su lienzo como de costumbre: encerrado entre las cuatro paredes de su estudio, lo que significa que Suzon, la chica en cuestión, se ha quedado durante horas en su compañía.

—Su nueva querida, ¡sin duda!

—Eva... ¡Manet está enfermo!

—¿Sabes? Comienzo a dudar de esa misteriosa enfermedad. Henri se desespera... «¡Ah, Édouard sufre!» ¡Y resulta que Édouard se pasa todas las noches en los lugares de moda de París y malgasta su tiempo con esa camarera que lo que desempeña, sin dudarlo, es otro oficio muy diferente!

La culpa en parte es de Fernand Xau, que un día se aventuró a crear la lista del «círculo de las enamoradas de Manet»...

—¿Ha visto *La mujer de azul con sombrilla*, esa acuarela inspirada en Isabelle Lemonnier? El vestido que lleva es de Worth, por supuesto. La joven pertenece a la alta sociedad, como la señora Guillemet, que frecuenta con discreción el nuevo estudio del número 77 de la calle Ámsterdam. El autor de *Olympia* se ha convertido por fin en un

pintor de moda, así que no hay nada más normal que este desfile de parisinas. A ellas les encanta visitar a las celebridades. Las actrices Jeanne de Mercy y Méry Laurent forman parte del lote. Y aquí va la guinda del pastel: la cantante Émilie Ambre, que ahora está de gira por Estados Unidos, se ha llevado *La ejecución del emperador Maximiliano* para exponerlo en Nueva York y Boston. ¿Qué más pruebas de amor quiere?

Un corro de mujeres gira en torno al pintor. Yo me negaba a creer que Suzon hubiera sido algo más que una modelo para él; pero esta convicción se me vino un poco abajo cuando Xau nos reveló que «Suzon» iba a casarse con Edmond Bazire, un amigo de Manet. Ésa es una vieja costumbre del maestro. Berthe y Eugène Manet. Eva y Henri Guérard. Y, ahora, Suzon y Edmond Bazire...

Yo soy sólo un testigo privilegiado, una espectadora que trata de conservar su serenidad y su lucidez en medio de este circo, de este fuego de artificio en el que estallan el narcisismo, el egoísmo, la tentación del escándalo, los placeres sin moderación y, a veces... la genialidad.

Le doy la espalda a ese montón de miserias y me concentro en la obra de Manet.

Me acerco... Me alejo... Me pongo a la izquierda... A la derecha... *El bar de las Folies-Bergère*, más que un cuadro, es un espectáculo. ¿Qué es lo que veo? Una escena. Un personaje central: la camarera. Y, detrás de ella, el telón de fondo.

Suzon, la camarera de busto generoso y caderas de madre fecunda. La observo. Sus manos se apoyan en el reborde de la barra. ¿Desde hace cuántas horas está de pie, yendo y viniendo para servir los pedidos? Sin contar las horas que ha estado sin moverse, inmóvil, como en el cuadro... Sus piernas. Me imagino en su lugar. Noche tras noche. Sin derecho a sentarme. Al servicio del cliente. Los amables, los altaneros, los despreciables. Y las mujeres amargadas que se vengán de sus fracasos. Una camarera no tiene derecho a réplica. Hay un abismo que separa a la empleada de la gente que frecuenta el Folies...

Para mí, ése es el sentido de la «pieza» que Manet acaba de escribir, más que pintar.

Es un tríptico. Es el retrato de una joven exhausta. Y delante de ella, a su lado y detrás: naturalezas muertas, algo en lo que Manet es más que un maestro: botellas de champán... frascos transparentes... rosas en un vaso... mandarinas en un frutero transparente.

Más arriba, en el escote del corsé de Suzon, un ramo de flores. La mujer está en el centro; y detrás de ella, reflejada en el espejo, está la línea horizontal del balcón, el «telón de fondo».

A la izquierda de la camarera... ¡su espalda! Un golpe lleno de realismo, ya que se supone que el espectador no ve la espalda del personaje central, pero Manet ha desplazado hacia la derecha su reflejo. Detrás de Suzon está la sala de cabaret, gente que bebe, ríe, come... Manet ha situado ahí a algunas parejas de amigos. Arriba del todo a la izquierda se ven las piernas de una trapecionista, dos piernecitas que contrastan con el gran

rostro de un hombre con sombrero que domina el cuadro, en la esquina superior derecha.

Ese telón de fondo con sus mesas, sus clientes, su suntuosa lámpara de araña, sus círculos blancos, son el ejemplo perfecto de la nueva pintura. El artista trata de captar un instante preciso, el gesto de una mano, una cabeza que se vuelve. Una impresión y no un momento petrificado. Cada vez que miro este cuadro, tengo la impresión de descubrir un detalle nuevo diferente. Este lienzo es mágico: tiene vida propia.

¿Quién sabe si con el tiempo las botellas no cambiarán de lugar? ¿Si la espalda de Suzon no se quitará del espejo? O si la camarera no le dará la espalda de una vez por todas al cliente. Nos dará la espalda...

Así que Manet obtuvo su revancha. Sólo un público ignorante o periodistas de mala fe podrían todavía negar su genialidad.

Mi naturaleza muerta pasa desapercibida. Eva, por el contrario, ha conseguido sus mejores reseñas. Henry Havard escribe en *Le Siècle*:

También hay búsquedas muy notables de «aire libre» en A orillas del mar de la señorita Eva Gonzalès, e incluso de un «aire libre» teñido de impresionismo. No en vano es alumna de Manet... Su pastel de este año representa a una chica joven vista de espaldas que está apoyada en el alféizar de una ventana. En lo que respecta al océano, se merece una mención muy especial, por la fineza del tono y la armonía continua que lo distinguen.

Soy de la misma opinión que Havard y estoy orgullosa, al mismo tiempo, de haber sido la modelo de este pastel. Eva tuvo la audacia de colocar, abajo y a la derecha del lienzo, un periódico doblado donde se pueden leer claramente las letras «GIL». Un guiño a nuestro amigo, el propagador de chismes, Fernand Xau.

Octava exposición de los impresionistas. Siempre las mismas disensiones... Edgar Degas y sus amigos son apartados, y un nuevo grupo aparece. Sus miembros han elegido un nombre provocador e insolente: el «Salón de los incoherentes».

La Nouvelle-Athènes, un café en la plaza Blanche, ha reemplazado al Guerbois como cuartel general de los artistas. Todos los rumores salen en la actualidad de esta nueva «caverna de Alí Babá», como la llama Fantin-Latour.

—Falta Manet. En el Guerbois, en medio de las discusiones más encendidas, él siempre imponía la amabilidad y la elegancia. Ahora... Ni los cocheros ni los golfos conocen ni la mitad del lenguaje que emplean ciertos compañeros... Los tiempos cambian, Jeanne.

Los tiempos cambian. Los años pasan a un ritmo implacable. Gambetta muere en Francia y Garibaldi en Italia. Otro acontecimiento hace que se olvide a los muertos y los

debates artísticos: la depresión económica. El crac de la Unión General siembra el pánico...

En cierta manera, para la familia Gonzalès también tiembla la tierra. El muro que nos protegía, nuestra barrera contra los huracanes, acaba de hundirse. «Don Emmanuel Gonzalès» recibe una larga carta, el testimonio espiritual de la tía Dolores. Una decena de páginas para su hermano adoptivo. Dolores ha escrito en ella tantos recuerdos personales que papá se ha negado a enseñárnosla.

—Hay algunos momentos íntimos de nuestra infancia, de nuestra adolescencia... Es nuestro jardín secreto, que hay que respetar.

Padre nos lee solamente algunos pasajes en los que Dolores expresa sus últimas voluntades.

—«He sido, yo creo, una católica sincera, una cristiana razonable... Pero no soporto el ritual que la Iglesia destina a sus muertos... Una víspera fúnebre, misa, llegada del ataúd frente al altar mayor, procesión hasta el cementerio, la tumba, el mausoleo, la fosa... Los siniestros seis pies bajo tierra. Hace mucho, en siglos pasados, los gitanos de Sierra Morena rendían homenaje a los muertos de una manera espléndida. Se colocaba el cadáver en la parte superior de una gran pira de madera, paja, forraje y tablas viejas mezclados. Cada miembro de la comunidad llevaba botellas de aceite y de alcohol: vino, anís, aguardiente, alcohol puro... Se vaciaban las botellas sobre el cuerpo y sobre la pira. Después, un anciano, el más noble y respetado, se acercaba con una antorcha. Pronunciaba una oración y le prendía fuego a la pira. La fiesta ya podía comenzar, porque se trataba realmente de una fiesta para ayudar al difunto a ascender al cielo con el humo, Dios acudiría a tenderle la mano. ¡Y todo el mundo cantaba, todo el mundo bailaba, todo el mundo bebía! Una embriaguez general. Viejos, mujeres embarazadas, niños... Mis amigos gitanos prepararán una gran fiesta para mí, para cuando llegue el momento.»

Según su voluntad, la carta de Dolores sólo podía ser enviada después de su muerte.

—Quiso ahorrarnos ese ritual un poco... salvaje. Pero, por el contrario, esa mujer generosa no se ha olvidado de nadie en su testamento.

Aun así, papá insiste en darle una misa en la iglesia de Notre-Dame-de-Lorette.

—Sólo nosotros y nuestros amigos más cercanos, los que conocieron a Dolores en nuestra casa y apreciaban sus fabulosas paellas...

Eva le envía una nota a Manet. Cuenta con su presencia.

Pero el maestro, cada vez más enfermo, ya se ha ido de París.

Verano.

Hemos decidido regresar a Dieppe. Algunos días antes de nuestra partida, Eva nos

anuncia que dará una cena y que tiene algo que decirnos.

—Padre estará ahí. Lo ha prometido.

La mesa está cubierta con un mantel bordado de Siria, y sobre ella hay tres largas velas muy finas para dar una iluminación tamizada. Y, como dijo Baudelaire:

*Las flores más raras mezclando su aroma
al vago aroma del ámbar...[*]*

Eva reencuentra su energía, el brío y la despreocupación que tanto nos maravillaban de ella en su adolescencia.

El menú es exquisito. Champán... Surtido de vinos... Al final de la comida estamos todos achispados. Es el momento que Eva estaba esperando. Apoyando una mano sobre la mesa para no caerse, y con la copa de champán en la otra, mi hermana se levanta:

—¿Un brindis, Evita?

—No, papá. Un anuncio. ¡Estoy embarazada!

Eva se sienta en las rodillas de nuestro padre para besarlo y luego en las rodillas de su marido.

Estoy emocionada. Lloro. Río.

Un niño nacerá la primavera que viene. Estoy feliz por Eva.

Pero repentinamente me invade una gran pena. Pienso en el otro niño, al que su padre nunca ha abrazado y a quien su madre ha mantenido lejos para no alterar la paz espiritual de su adorado amante.

Verano de descanso y bonitas veladas en Dieppe.

A petición general, Eva expone en el círculo literario y artístico de la ciudad *El aseo y La modista*.

Henri, cada vez más famoso como grabador, viaja entre París y Dieppe. Nos cuenta los últimos chismorreos, las nuevas políticas, las proezas de la ciencia. Estamos tomando un vaso de limonada en la terraza que da al puerto.

—El túnel de Saint-Gothard está abierto. Duprez ha anunciado la posibilidad de conducir la corriente eléctrica por medio de un transformador de corriente de alta tensión. ¡No se detiene al progreso! Eso en cuanto a las buenas noticias. Y ahora las malas: la Triple Alianza. Austria, Italia y Alemania... Lo que, en mi opinión, no es bueno para Francia.

—¿Y Manet?

Henri levanta sus poderosos brazos en un gesto de desolación. Su voz es grave y su mirada velada.

—Los Manet están en Reuil, en una villa alquilada por Suzanne. Tienen un jardincito delicioso, pero... Édouard ya no consigue moverse sin padecer un martirio. La mayor parte del tiempo se queda sentado en la sombra, leyendo novelas de capa y espada... Es incapaz de escribir una sola palabra a causa del dolor... Así que lee. De hecho, Emmanuel me dio para él *Los hermanos de la costa*, que Édouard no conocía. ¡Y le encantó!

Henri no lo aguanta más. Su fuerza le impide quedarse sentado para retratarnos el cuadro sombrío en que se ha convertido la vida de Manet.

—El dolor puede volver injusto y malvado al mejor de los hombres... Su madre, muy mayor, también está en Reuil. Están preparando su viaje de regreso a París. Yo estaba allí, ayudándolos a llevar las maletas y los baúles, cuando Édouard le grita a su madre esta frase terrible: «¡Para hacerlos así, no se debería traer hijos al mundo!».

Henri se va de la terraza y sale de la casa. Lo vemos dirigirse al puerto a zancadas.

—Va a emborracharse —susurra Eva.

—Tiene motivos. Ser testigo de tamaña miseria... Si yo estuviera en su lugar... ¿Quieres un vaso de vino, *hermana*?[*]

—No debería. Aunque por una vez...

Vuelvo con dos copas de Burdeos de primera clase. Bebemos en silencio.

Comienza 1883. Celebramos Año Nuevo en familia. En Nochevieja, cuando el tiempo queda suspendido entre dos segundos, bebemos en recuerdo de la tía Dolores y de nuestra madre, nuestras difuntas bienamadas. También bebemos por la felicidad de Eva, cuyo hijo tiene ya cinco meses en su vientre.

—¡Brindemos por Édouard, que, gracias al cielo, parece renacer de sus cenizas!

Henri es quien propone el brindis. Nuestro padre, con su pose de orgulloso hidalgo, clama a su vez:

—¡Por Manet!

Turbada por la mirada perdida de mi hermana, yo me limito a dar un trago de champán. Sé que piensa en él cada noche.

El pintor de moda, en efecto, parece sentirse bien. Fantin y Monet se lo encontraron en el Bois. Estaba contemplando a una jinete desconocida, toda vestida de negro. Su caballo era negro, por supuesto, al igual que su sombrero de copa.

—Édouard pidió que lo llevaran a su estudio e hizo que fuera una modelo, una chica del barrio. ¡Y se las arregló para vestirla como la jinete del Bois! Monet y Fantin no podían creerlo. Habíamos reencontrado al Manet de nuestra juventud. Ese dibujo ligero, esas pinceladas y manchas de color han terminado siendo la base del lienzo... *Amazona*... Ése es el título. ¡Y Édouard piensa enviarlo al Salón en mayo!

A su vez, Henri Guérard ha recuperado la sonrisa de su juventud, maravillado por lo

que él llama «un milagro».

—¡Édouard ha vuelto!

19 de abril de 1883. Nace Jean Raymond Guérard Gonzalès en París, en el número 11 de la calle de Bréda, noveno distrito.

Papá, Henri y yo habíamos aislado literalmente a Eva. Por fortuna, se veía «demasiado gorda» para bajar a la calle. No hablábamos de otra cosa que del niño que estaba por nacer. Henri, admirable, llevaba ropa, una cuna, juguetes... Papá se reía, orgulloso de ser pronto abuelo.

—Un abuelito consentidor o chocho,^[*] qué importa. ¡Un *abuelito*^[**] tierno como un corderito!

Yo disuadía a las visitas de amigos susceptibles de pronunciar el nombre de Manet. Henri tenía como tarea secreta la de informarme acerca del verdadero estado de su amigo.

—Creo que, si Dios quiere, morirá con un pincel en la mano. Hace unas naturalezas muertas deliciosas. Tengo un buen contacto con Elisa, la sirvienta de la familia Méry, que ve a Édouard todos los días. El 28 de febrero, el maestro pintó lilas blancas en una copa. La señora Méry le envía flores todos los días. Conoce el amor que el maestro siente por ellas.

Henri siempre se da «una vueltita por el estudio», porque el maestro, a pesar de sus dolores, ¡sigue acudiendo a su lugar de trabajo!

—Ha comprendido que *Amazona* será su último cuadro de prestigio —me informa Henri—. Ya no tiene fuerzas para comenzar de nuevo. Sólo le quedan el pastel, la acuarela... Cada día, la señora Méry le envía a una preciosa y joven sirvienta para que le dé un ramo de flores. Édouard la recibe con calidez y con su sonrisa predadora... Imagino que está encantado de recibir flores y de recibir a esa monada.

Apenas puedo proseguir este relato.

¿Cómo imaginar que este año que comenzaba con felicidad, esperanza y ternura iba a transformarse en una pesadilla? Pero me he jurado contarle todo en estos cuadernos. Tengo que esforzarme para mantener mi palabra.

Es Henri quien me ha contado todo lo que sigue.

^{*} En castellano en el original.

^{*} En castellano en el original.

^{*} En castellano en el original.

* En castellano en el original.

** En castellano en el original. (*N. de la T.*)

* En castellano en el original.

* En castellano en el original.

* *Boudin*, «morcilla» en francés. (*N. de la T.*)

* En castellano en el original.

** En castellano en el original.

* Versos pertenecientes al poema LIII, «Invitación al viaje», de *Las flores del mal* (trad. de Luis Martínez de Merlo, Madrid, Cátedra, 2004, pág. 239).

* En castellano en el original.

* La frase original establece un juego de palabras homófonas en francés que resulta intraducible al español. El juego se establece entre *gâteau* («que consiente, que mima en exceso») y *gâteaux* («que chochea»). (*N. de la T.*)

** En castellano en el original.

SEXTO CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

ESCUCHE, SEÑOR GUÉRARD, yo sólo soy una campesina iletrada, pero trabajo en casa de la familia Méry desde muy pequeña. Es decir, sirvo a los amigos de la casa... A artistas, escritores, políticos... En alguna ocasión he conocido a señores amables, educados... Pero nada que ver con el señor Manet. Paso por el estudio todos los días con los ramos de flores que le envía la patrona... Y créame, señor Guérard, cada vez que entro en el estudio... incluso si está trabajando, el maestro se vuelve hacia mí. Lamenta no poder levantarse como debería... ¡Me trata como si fuera una princesa! Agarra el ramo, lo mira, aspira el perfume de las flores... Me pide que lo ponga a diferentes distancias...

A mí me encanta bailar, señor Guérard. Un día, se me ocurrió que Manet se alegraría mucho si me ponía a girar sobre mí misma y bailaba al llevarle el ramo. Se puso más que contento.

—¡Gracias! ¡Magnífico! ¡Baile! ¡Baile! ¡Así me permite usted ver mejor las flores! ¡Usted es un ángel, Elisa!

¡Ese gran artista me trata de usted! ¡A mí! Usted ya lo sabe, siempre tiene para mí bollos, *brioche*s y té caliente.

—Descanse, Elisa. Recupérese. Yo vuelvo al trabajo.

Mientras bebía té y comía algunos pastelitos, veía al maestro inspirarse en el ramo de lilas blancas... Y al tiempo que trabajaba, me miraba de vez en cuando. Nada insistente. Nada molesto. Algunos vistazos rápidos. A veces sonreía, como si estuviera feliz de verme comer... Y luego...

El 1 de marzo le llevé un gran ramo de rosas. Todo transcurría como de costumbre... El señor Manet cogió el ramo... Olió las rosas... Las acarició delicadamente... Hice mi espectáculo de danza y... De repente, uno habría dicho que el gran señor recuperaba su salud... Aplaudía... Me agradecía una y mil veces... Y sin esperarlo, mientras me tomaba la merienda, el señor Manet se puso a pintar las rosas. Esta vez, no se detuvo para echarme un vistazo, para regalarme una sonrisa. ¡Trabajaba con una fuerza, con una alegría tal! El señor Manet me había olvidado.

Entonces hice algo que no pensaba que pudiera permitirme. Me levanté. Me acerqué a él sin hacer ruido. Miré al maestro trabajando. Poco a poco, como por arte de magia, las rosas cobraron vida sobre la tela... El mismo color... Los mismos pétalos... Las hojas verdes, el tallo... Algo increíble... ¡No era posible! El ramo de flores real estaba ahí, sobre la mesa... ¡Y también ahí, en el lienzo! El señor Manet firmó su obra y luego se volvió hacia mí.

—¿Le gusta mi ramo, Elisa?

Yo no sabía qué responder. No encontraba las palabras... Al final, terminé por decir:

—Ya no sé cuál es el ramo real y cuál el falso, señor. En su cuadro, puedo oler el perfume de esas rosas como si fueran reales... Todas frescas... Rosas... llenas de vida.

—Gracias, Elisa —me dijo el señor Manet.

Se levantó con dificultad y me apretó las manos... Sus ojos no se apartaban de los míos... Y me besó en la mejilla derecha. Yo sentía mi sangre latir y las mejillas me ardían... ¡Debía de estar muy colorada! El maestro no se dio cuenta o hizo como si no se diera cuenta de mi turbación. Y, sosteniéndome una mano, me acompañó hasta la puerta. Al salir a la calle, ¡yo caminaba sobre una nube!

Al día siguiente, frente al estudio, el corazón me palpitaba a toda velocidad. Ese día yo llevaba un ramo muy bonito de mimosas... Pero el señor Manet no estaba solo... Su médico estaba con él. Observaba la pierna del enfermo. Di los buenos días y puse el ramo en un jarrón.

—Buenos días, Elisa.

El señor Manet tenía una sonrisa tan triste que después de mi reverencia salí del estudio casi corriendo. Más tarde, el 17 de marzo... Cuando llegué, el maestro estaba solo y, de alguna manera, en plena forma. Sereno, sonriente, tan... tan caluroso.

—La señora Méry ha escogido estas magnolias para usted, señor Manet.

—Voy a tener que decirle que pare, Elisa. Esta querida amiga mía al final se va a gastar una fortuna en flores. Además, ya sabe usted que yo lo que amo pintar desde lo más profundo de mi corazón, Elisa... son los rostros... La cabeza de mis amigos... Y sobre todo las de las mujeres. Para mí, la cara de una mujer es como un paisaje. Usted viene del campo, ¿verdad, Elisa? Entonces usted sabe que un paisaje nunca es el mismo. ¡Nunca! La gente es tan perezosa, tan poco observadora que es incapaz de ver la verdad. La naturaleza cambia día a día. El olmo que vio usted ayer no será el mismo mañana. Basta con estudiarlo bien. Una llanura, una montaña también cambian. ¡Por no hablar del agua, querida Elisa! Mares, ríos, lagos, riachuelos, fuentes... El rostro de una mujer es parecido. Puedo hacer diez, veinte telas de una misma modelo sin cansarme. Cada vez descubro un matiz nuevo. ¡Y usted, Elisa!

Omití decirle, señor Guérard, que el señor Manet hablaba mientras me hacía sentar en un sillón y abría las ventanas para dejar que entrara la luz... Yo estaba... ¡Virgen Santa! Estaba paralizada. Empecé a entenderlo... ¡Iba a hacer un cuadro de mí!... ¡De mí! Elisa Díaz Malagracia, ¡nacida en el campo de Valencia, en España! Hija de inmigrantes afincados en París. Descendiente de una larga línea de pobres campesinos. Sé que el señor Manet adora España. La señora Morisot tiene aspecto de española. La esposa de usted es española. Pero son hermosas, señor, distinguidas, elegantes... Después estaba

nerviosa. Sabía que al señor Manet le costaba mucho caminar. Arrastraba el pie y su cadera le dolía también... Se movía para que todo estuviera perfecto... La iluminación, mi pose sentada, de tres cuartos, con el rostro vuelto hacia él.

—Permítame, Elisa...

Me pedía permiso para cogerme la barbilla con la mano y moverla un poco a la izquierda... Como si necesitara ese contacto para pintar... Lentamente deslizó su mano de mi mejilla al cuello, de ahí hasta el talle... No sé cuánto tiempo duró la... caricia. Cerré los ojos. Yo... ¡Oh, Dios mío! En ese momento entendí que... sí, que hay otra mujer en mí. Una mujer que necesita sentir ese fuego intenso para darse cuenta de que tiene un cuerpo y de que ese cuerpo es capaz de hacer locuras.

A continuación, el señor Manet regresó a su lugar y comenzó a hacer mi retrato. Desgraciadamente, alguien pasó a verlo y el trabajo se interrumpió. Así que dije:

—¡Hasta mañana, señor Manet!

Creo que nunca fui tan feliz en toda mi vida. El maestro le mostró el boceto de su pastel a su amigo... A ese otro pintor que de hecho él admira tanto, el señor Monet... Y esos dos artistas de primera clase se inclinaron para mirar el pastel de una pobre sirvienta... Esa noche no dormí.

*

Y la pequeña campesina de dieciséis años se lanzó a los brazos del «señor Guérard». Su cuerpo temblaba y era incapaz de controlar las lágrimas. Ella fue la última conquista del maestro seductor.

Escribo estas letras sin ninguna maldad. En el fondo, estoy feliz de que Manet haya sabido seducir a esta chica, que se entregó a él a pesar de su enfermedad.

Marzo se acaba. Comienza abril.

Eva se comporta como una perfecta futura mamá. Descansa. Lee.

Yo expurgo todas las revistas y los periódicos que hablan del estado de salud de Manet. Tiemblo con la idea de que ella sepa la verdad, porque la verdad es muy triste.

Henri Guérard lo confirma.

—Manet no ha dejado su cama desde aquella deliciosa tarde de la que hablaba Elisa. El pie se le está poniendo de color gris. La gangrena ya se ha instalado en él. Me he encontrado con Renoir hace un rato y estaba casi llorando. «El viejo luchador está librando su última batalla con el mismo valor que demostró en sus asaltos contra el academicismo», me dijo. Renoir está tan afectado que se siente incapaz de volver a casa de Manet.

Las malas noticias llegan una tras otra. Manet aceptó que le amputaran la pierna izquierda. La operación tuvo lugar a las 10 de la mañana, el 19 de abril, en el salón de la familia. Ese precioso salón azul, el reino de Suzanne Leenhoff, se transformó en hospital de campaña...

Henri ha oído el relato de esa mañana de pesadilla. Cirujanos, enfermeros, criados... Angustia, nerviosismo... Un puro delirio.

—Y entonces un enfermero se da cuenta de que la pierna afectada, cortada por encima de la rodilla, había desaparecido. Locura general. ¡Alguien la había arrojado a la chimenea, como si fuera un simple tronco!

Nosotros —Henri, mi padre y yo— tenemos la prueba de que el pintor maldito de antaño cuenta, sin embargo, con el apoyo de un gran número de personalidades del arte francés. Todo el mundo desfila para preguntar por «la salud del maestro»: periodistas, por supuesto, colegas, admiradores... Y sobre todo admiradoras. Unas le dejan ramos de flores, y otras sobres.

—Algunas palabras, para que sepa cuánto lo necesitamos.

Todos los días, el conserje cuelga delante de la portería un parte médico para ahorrarse tener que recibir a desconocidos y contarles una mentira. Porque estos partes anuncian, día tras día, que «la salud del señor Manet mejora», lo que no es cierto.

—Ya no puede recibir a nadie. El cansancio, el dolor... Sin embargo, se enteró de que Claude Monet iba todos los días y pidió verlo. Ya sabes cómo es Claude, torpe, distraído... Dejó su gorra sobre la cama y Édouard dio un alarido: «¡Cuidado! ¡Va a hacerme daño!». Entonces le mostró su pierna izquierda amputada. El humor de Édouard. Monet no sale de su asombro: «¡Si todos fuéramos como él... nuestro arte y nuestro país irían mucho mejor!». Le pregunto a Monet: «¿Hay esperanzas?». Niega con la cabeza y, como Renoir, estalla en sollozos.

En casa de los Gonzalès la atención se centra en el acontecimiento inminente. Yo estoy día y noche al lado de mi hermana.

—¿Sabes?, es muy doloroso... El parto es terriblemente doloroso.

Veo que hay otros recuerdos que se le pasan por la cabeza.

—Yo estaré contigo, Eva. Te sostendré la mano.

Y el 19 de abril de 1883 nació Jean Raymond Guérard Gonzalès en el número 11 de la calle Bréda, en el noveno distrito.

El nacimiento de un niño... La conmoción de una familia...

Y mi padre, que reparte puros entre sus amigos. Al parecer, una tradición española.

La emoción de Henri, que sostiene al niño en sus poderosos brazos como a un frágil objeto.

¿El cansancio intenso de Eva o su temor de asumir su papel de madre? Le gusta ver al bebé acostado cerca de ella. Lo mira. Le sonríe. Le habla. Pero no se siente capaz de darle el pecho.

—No tengo fuerzas. Temo que mi leche le haga daño.

Asunción, nuestra cocinera española, y mujer de mil recursos, encuentra la solución ideal: Hortensia, una nodriza catalana.

—Acaba de tener un bebé. ¡Así que tiene dos senos, dos boquitas y una buena vaca lechera para alimentarlas!

Hortensia hace reír a toda la familia.

Viernes 27 de abril. Eva guardó cama cuatro días y luego volvió a levantarse «como Lázaro caminando hacia la luz», según sus propias palabras, para indicar que ya era hora de regresar al trabajo. Y estaba decidida a enviar un lienzo al Salón: *La modista*.

—¡Las hermanas Gonzalès juntas una vez más!

Retomamos esa maravillosa costumbre de tomar el desayuno temprano e irnos después al estudio. Una única novedad: las «pausas» para ir a ver si todo está bien con el bebé.

—Este niño es un verdadero glotón. ¡Buena señal!

Y la catalana se ríe con una carcajada que hace temblar su cuerpo gelatinoso.

Eva le da los últimos retoques a su *Modista*. Yo preparo para el Salón mi *Niño en el balcón*.

Hace un día bonito. Las ventanas abiertas tienden un velo de luz sobre las paredes, los cuadros, los muebles... Le propongo a Eva ir al restaurante Santiarego, en la avenida de Mac-Mahon.

—Según Degas, que tiene orígenes italianos, es un lugar donde se comen unos *tortellini* y unos *spaghetti alla carbonara* más deliciosos que en Italia. Toda la familia Santiarego está con las manos en la masa, ¡y nunca mejor dicho!

En el instante en que me levanto de la silla para ir hacia Eva, ella se vuelve hacia mí, con el pincel en la mano.

—¿Cómo está Manet?

Mi hermana tiene la mirada oscura de los malos días, y el entrecejo surcado por dos arrugas. ¿Cómo decírselo sin generarle desaliento? Elijo contarle la verdad. Los esfuerzos de Manet por trabajar hasta el final. La gangrena, que amenaza con invadir todo su cuerpo. La pierna cortada.

—¿El 19 de abril? ¿El día que nació Jean Raymond? Manet pierde una pierna y yo

traigo un niño al mundo.

—¡Es una coincidencia, Eva!

—No, no existen las coincidencias. Sólo existen las señales. Un juego entre el nacimiento y la muerte. ¡Quiero verlo!

—Es imposible, Eva. Desde ayer, le ha subido la fiebre. Delira.

—¡Tengo que verlo!

—Espera a que regrese Henri. Ha ido a averiguar cómo está. Él nos dirá algo.

Eva sale del estudio y corre a encerrarse en su habitación.

Una tarde penosa. Henri regresa muerto de cansancio.

—La gente no tiene ni idea del esfuerzo físico que requiere el grabado. Al acabar el día, tengo la espalda hecha polvo.

Él entiende la ansiedad de Eva y, como yo, tiene sus dudas de que Eva no corra a casa de Manet.

En el cristal de la conserjería, el parte anuncia, por una vez, la verdad:

El estado del señor Manet es bastante grave. Les rogamos respeto y silencio a todos los vecinos del edificio y a las personas que vienen en busca de información.

En vista de la febrilidad de Eva, Henri toma las riendas de la situación y nos comunica que va a ir a casa de Manet.

—Me voy a ver a Léon. Ya sabes el cariño que te tiene, Eva. Sé que él hará todo lo posible.

Henri vuelve dos horas más tarde. Su rostro marcado y surcado de arrugas revela su desesperación.

—Léon propone que pasemos mañana sobre las cinco de la tarde. Si la fiebre ha bajado y el enfermo está más sereno, te dejará entrar en su habitación, Eva. Cinco minutos, no más. El médico le ha prohibido cualquier cosa que pueda alterar a nuestro amigo. Cinco minutos. Sólo el tiempo de verlo.

Sábado 28 de abril.

La señora Monnier, la conserje, una anciana de voz muy dulce, nos hace pasar a la portería.

—Siéntense, por favor. El señor Koëlla me ha avisado de que bajaría en unos momentos. Permítanme retirarme. Así estarán más cómodos.

La portería está amueblada como si fuera un saloncito: un sofá, dos sillones y una mesa de centro. En la pared del fondo hay una estantería donde la portera deposita las

cartas y los paquetes de los residentes.

Nos quedamos de pie los tres. Eva lleva un vestido de color verde muy pálido y cuello cerrado, con una línea de botones de nácar que va desde el cuello hasta la parte baja de la falda. El vestido tiene mangas largas de encaje tejido que se le ajustan a las muñecas. Es una pieza del modista Worth, el vestido preferido de Manet.

Léon entra en la portería. Ha adelgazado y su cara, con frecuencia colorada, está pálida.

—Lo siento, pero la fiebre no baja. Le recorre por todo el cuerpo... una especie de... descargas eléctricas... y... está gritando.

Eva se apoya en el reposabrazos del sillón y logra sentarse.

—A veces creo que pide su paleta. Su pasión por el trabajo no lo abandona. Su ejemplo es grandioso.

Léon cae de rodillas frente a Eva y le abraza el talle. Eva le acaricia el pelo e inclina su cara hacia la oreja del muchacho para hablarle en voz muy baja.

Es muy tarde. No consigo dormir y busco refugio en el estudio. Pintar... Trabajar... Es la única solución contra la pena y la desgracia. Manet nos está dando, después de todo, el ejemplo de ello.

Henri se reúne conmigo y se sienta en el lugar de Eva, al fondo del estudio.

—¿Cómo está ella?

—Duerme. Le he dado una dosis enorme de láudano. Así tendrá garantizado un sueño profundo. Dormirá durante muchas horas.

Al final Eva se levanta hacia la una del mediodía. Ha dormido con la calidad del sueño que dan las plantas para el descanso, como una concha de mar sobre la arena, protegida contra viento y marea. Ha permanecido todo el domingo en ese estado en que el sueño y la realidad se confunden. Ha sido hoy cuando se ha enterado de la noticia.

Sentado al lado de su cama, Henri toma las manos de su esposa.

—Nos dejó ayer por la noche, Eva. Ha vuelto a tener su verdadero rostro, noble y sereno.

Símbolos. Señales. Édouard Manet murió la víspera de la apertura del Salón de París.

Qué terrible impresión. Miro a Eva y creo estar viendo a una muñeca mecánica caminando. Anda. Se sienta. Come. Responde a las preguntas. Henri Guérard, mejor que nadie, entiende y resume la situación.

—No está aquí. Su cuerpo continúa viviendo, pero su alma está en otra parte.

Asunción camina alrededor de Eva.

—*El nene* [*]... Si se ocupa del bebé, todo irá bien.

Eva, la muñeca mecánica, sostiene un momento al bebé en sus brazos, sin besarlo, sin hacerle una sola caricia. ¿Lo ve solamente?

Mi padre, Henri y yo hablamos. Tenemos la misma opinión: Eva no debe asistir a la misa. Henri incluso considera administrarle láudano para dormirla.

—Nunca te lo perdonaría. Nada impedirá que mi hermana se despidiera de Manet.

3 de mayo. Toda la flor y nata y el mundillo artístico de París se reúnen en la iglesia de Saint-Louis d'Antin. Toda la prensa está representada: *Le Siècle*, *Le Temps*, *Le Figaro*, *Le Petit Journal*...

Henri Guérard y mi padre sostienen a Eva, que, a pesar de todo, logra mantenerse en pie, muy derecha, muy digna. Lleva un vestido azul oscuro.

—El negro es para la viuda.

No hay amargura en su frase. Nos sentamos delante, cerca del ataúd. Al final de la ceremonia, salimos para seguir al cortejo. Entonces nos cruzamos con Berthe y Edma Morisot, acompañadas de Eugène Manet. Ninguna animosidad. Mucha elegancia. Berthe besa a Eva en las mejillas y le sostiene las manos entre las suyas.

—Ya ha dejado de sufrir... Qué espantosa agonía... La muerte bajo uno de sus aspectos más horribles...

Eugène Manet besa a Eva a su vez y les da un abrazo cariñoso a mi padre y a Henri Guérard. Edma me da un largo abrazo.

—Intentemos vernos, Jeanne —me dice al oído.

Édouard Manet fue enterrado en el cementerio de Passy. Presiden el cortejo Antonin Proust, Claude Monet, Fantin-Latour, Alfred Stevens, Émile Zola, Théodore Duret y Philippe Burty.

Por la noche, Henri recurre nuevamente al método fuerte: una gran dosis de láudano para que Eva descanse. Yo también necesito esa poción mágica que me aleje del mundo.

4 de mayo, 5 de mayo...

Para mi gran sorpresa, Eva ha vuelto a ser Eva. Se ocupa de su hijo, hace sugerencias para la cena, lee y responde al correo.

Después de la siesta, mi hermana se reúne en el taller conmigo, pero no para pintar: quiere regalarle una corona a Manet. Ha encargado docenas de flores y ramilletes de hojas que está disponiendo alrededor de un círculo de mimbre.

6 de mayo. Una mañana normal.

Avanzada la tarde, le propongo a Eva merendar.

—¿Té? ¿Chocolate?

—Como quieras.

Antes de ir a la cocina, experimento la necesidad de ver por un instante a Jean Raymond. Hortensia viene de darle el pecho. El pequeño duerme. Todo está bien.

Preparo la bandeja en la cocina. Té y los *brioques* que a Eva tanto le gustan. Llevo la bandeja. La puerta del estudio está abierta.

—¿Eva?

Eva está en el suelo con su corona. Pongo la bandeja en una silla y corro a arrodillarme cerca de mi hermana.

—¡*Hermanita!*^[*]

La alzo y la acuno durante una largo rato contra mí. Mi hermanita.

El médico, el doctor Lambroise, un viejo amigo de mi padre que nos conoce desde nuestra infancia, intenta explicarme la razón de esta muerte repentina.

—Demasiada tensión. Una emoción demasiado fuerte es lo que ha provocado la ruptura de un vaso sanguíneo.

Utiliza la razón para explicar lo que es incapaz de comprender.

Me irrita su presunción.

—No, doctor. ¡Eva ha muerto fulminada de amor!

Manet era el único hombre de su vida. Su ideal. Su razón de vivir. Nada podía retenerla en la tierra. Nada ni nadie. Sin él, el mundo sólo era una bola que giraba en el espacio. El mundo era una palabra vacía.

Sin él.

^{*} En castellano en el original.

^{*} En castellano en el original.

SÉPTIMO CUADERNO DE JEANNE GONZALÈS

EL 9 DE MAYO DE 1883, tras la misa en Notre-Dame-de-la-Trinité, Eva fue enterrada en el cementerio de Montmartre. El director de *Le Siècle* hizo que se publicara en letras grandes:

TODAS LAS CELEBRIDADES DE PARÍS PERTENECIENTES AL MUNDO DE LAS ARTES Y LAS LETRAS ASISTIERON A LA CEREMONIA FÚNEBRE. FRÉDÉRIC THOMAS, EX PRESIDENTE DE LA SOCIÉTÉ DES GENS DE LETTRES, ABOGADO Y AMIGO DE LA FAMILIA, PRONUNCIÓ UN DISCURSO.

Este cuaderno, el séptimo, ha estado en el fondo de mi mesita de noche durante meses. Me ha sido imposible anotar los eventos de mi vida en ausencia de mi hermana.

Por otro lado, tenía una pesada carga sobre los hombros. Mi padre, incapaz de vivir en la casa en la que su mujer e hija murieron, decidió pasar los últimos años de su vida en Mónaco. No se queda en París a menos que «resulte imposible evitar el viaje, ese regreso al pasado».

Además, he tenido que ocuparme de Jean Raymond, de ese bebé cuya madre murió diecisiete días después de su nacimiento. Por fortuna, Hortensia, una mujer de gran corazón, no ha dejado de ayudarme. Me gusta que el niño de Eva esté rodeado de una panda de niños revoltosos y alegres; el hijo y las hijas de la nodriza han adoptado sin dificultad «al otro bebé a quien mamá le da el pecho».

En enero de 1884 la exposición retrospectiva de Manet en el Bellas Artes fue considerada por la prensa francesa e internacional «un acontecimiento artístico de primera clase». En cuanto a la venta del estudio de Manet en Drouot, ha servido para terminar de glorificar a un artista todavía maldito hacía apenas unos años. Gracias a esta venta nos enteramos de que «el pintor difunto conservaba una foto de la artista Eva Gonzalès entre sus papeles y recuerdos más preciosos».

Todavía estoy a cargo de Henri, un viudo incapaz de superar su duelo. Este hombre parece haber perdido por completo la noción del tiempo y el sentido de la realidad. A veces se encierra en su estudio durante semanas, come de casualidad e ingiere toda clase de alcohol. Como me dice a veces Asunción, nuestra cocinera:

—Un padre no puede ser indiferente a la primera sonrisa, a las primeras palabras, a los primeros pasos de su hijo. Si el señor Guérard cae bajo el embrujo del pequeño, ¡estará salvado!

Y acertó. Poco a poco, Henri volvió a la vida para guiar los pasos de su hijo.

Todos estamos muy decididos a mantener vivo el recuerdo de Eva y dar a conocer su obra.

El 16 de enero de 1885, presentamos una exposición retrospectiva de su obra en los salones de *La vie moderne*, en el número 30 de la calle Saint-Georges. Mi padre, Henri Guérard y Léon Leenhoff-Koëlla, cuyo cariño por Eva no se truncó, organizaron la apertura.

El catálogo contenía un aguafuerte de Henri que representa el retrato de Eva realizado por Manet. Montamos la exposición con vistas a organizar una venta de cuadros, pasteles y acuarelas en el hotel Drouot, siguiendo así el consejo de Durand-Ruel:

—Si las obras de un pintor no llegan a los museos, a las galerías, a los amantes de la buena pintura, no tendrán ninguna posibilidad de pervivencia en el futuro. Igual que una novela que se conserva en el fondo de un cajón...

El proyecto se presentaba bien. De entrada, el Estado se proclamó comprador de *La camada* y de *En el umbral*. Pero, a pesar de la participación de Durand-Ruel, la venta fue un fracaso.

—No lo entiendo —rumiaba Henri.

—Amigo Guérard, grabador emérito... Sabes, sin embargo, que estas ventas están sobre arenas movedizas. Por un lado está el arte y por el otro la ley del mercado. Estas obras no son más que un producto... Cosas que se compran y se venden... Cada vez será más difícil ser un artista puro, Henri. O más bien... detrás del artista puro, encontraremos a los predadores... ¡a los marchantes!

—¡Tú no eres así!

Esta réplica de Henri hizo que Paul Durand-Ruel se muriera de risa.

—Mi muy querido amigo, siempre hay una excepción a la regla. ¡Yo tengo el orgullo de simbolizar esa excepción!

Hace ya dos años que no participo en el Salón. Había que cuidar del niño, mantener la casa de la calle Bréda e impedir que Henri Guérard terminase como un vagabundo alcoholizado...

Los amigos y colegas de mi padre y de Guérard, los que querían a Eva, no me han abandonado.

Me obligué a hacer dos viajes a España. La tía Dolores les dejó la soberbia residencia de la Castellana a Esperanza y al «pequeño huérfano». Con su sabiduría popular, Esperanza vendió esta mansión de lujo, demasiado costosa de mantener. Ha abierto una cuenta bancaria a nombre del niño y ha comprado un piso muy cómodo en la plaza Mayor.

—Estamos en el viejo corazón de Madrid. El pequeño adora este lugar.

El cuarto de la dama de compañía, muy mayor y debilitada, tiene vistas a la preciosa plaza.

Tuve que hablarle al niño de la muerte de «tía Eva». Me mira. Un largo silencio, y luego...

—¿Crees que me quería?

Acaba de cumplir doce años. Tenía frente a mí a un hombrecito que me planteaba una pregunta crucial. Ciertas imágenes se me pasaron por la cabeza, el recuerdo de determinadas frases, la actitud desasosegada y desasosegante de Eva respecto al niño.

—Por supuesto que te quería. Pero mi hermana tenía una manera muy particular de demostrar su amor.

Inventaba palabras que no significaban nada pero que al mismo tiempo eran muy cercanas a la verdad.

1885. Algunos pintores, allegados a Eva y Manet, no me olvidan. Paul Cézanne y Auguste Renoir están pasando las vacaciones en La Roche-Guyon. Pintaron juntos una acuarela para Jean Raymond. Una marina cuya dedicatoria me emociona: «Para Jean Raymond Guérard-Gonzalès... en recuerdo de Eva».

Los dos asistieron, en enero, al banquete que dio el padre Lathuille en el Guerbois en memoria de Manet.

Degas me envía una breve carta durante el verano. Está en Dieppe, en casa de Ludovic Halévy. «De salud estoy bien, pero estoy perdiendo vista. Ludovic me ha propuesto que vaya a pie a Lourdes o a Santiago de Compostela. ¡Ah, si tuviera fe!»

La vida en la casa de la calle Bréda... Henri y Jean Raymond, que va creciendo, me toman cada vez más tiempo. Sigo pintando, pero más por placer y por una especie de costumbre. La pasión de mi hermana mayor por el color, su concentración en reproducir una fruta, una cara, un paisaje, eran un ejemplo que fui incapaz de olvidar.

Eva. Mi sosias. Mi otro yo.

Mi padre y Henri insistieron en que regresara al Salón de 1887.

—Jean Raymond ya tiene cuatro años... ¡Este hombrecito estará muy orgulloso de ver un lienzo de su tía Jeanne expuesto en medio de otros cuadros!

«Tía Jeanne...» Henri y yo hemos discutido extensamente durante los primeros meses de vida del niño. Yo sostenía que me llamara «tía». No quería, por nada del mundo, ocupar el lugar de mi hermana ni que se olvidara de su verdadera madre. Pero, más realista, Henri se abstuvo de contradecirme, aunque me dijo:

—Eres tú la que se ocupa de él día y noche —me recordó—. Tú eres quien lo acuesta por las noches. Tú quien le canta nanas o quien le cuenta bellas historias. Es a ti a quien

ve por la mañana cuando abre los ojos... No podrás impedirle que te considere su madre...

Así que envié al Salón un cuadro: *El café en la hierba*.

Todo «el clan», como dice Hortensia, vino a la exposición. El ama de llaves y sus seis hijos, Jean Raymond, Henri y, por supuesto, mi padre, a pesar de encontrarse ya muy enfermo.

—Gracias, hija. Creo que éste será mi último Salón. Gracias a ti, todos los buenos recuerdos están aquí... Eva y sus obras, tus comienzos en la pintura...

Papá no se había equivocado. Se apagó el 15 de octubre de 1887, a la edad de setenta y un años. El 25, Émile Zola, presidente de la Société des gens de lettres, día en el que en honor a mi padre colocábamos un busto de bronce sobre su tumba en el cementerio de Montmartre, pronunció un discurso simple, caluroso y de una sinceridad sin mácula. Recuerdo algunos pasajes que a mi padre le habría encantado oír:

Señores:

En nombre de la Société des gens de lettres, vengo a sumarme al supremo homenaje de Emmanuel Gonzalès, que, tras haber sido uno de los fundadores de esta sociedad, consagró a su prosperidad y a su grandeza veinticuatro años de su vida.

Y no quiero eludir el deber que estoy feliz de acometer como presidente actual del comité, por lo que no puedo dejar de hacer referencia rápidamente a la obra literaria de Gonzalès. Desde luego, el campo de la novela se ha ampliado, han aparecido nuevas fórmulas, la posteridad pone a cada uno en su lugar.

Pero lo que hay que alabar, lo que es cuanto menos honorable, es el esfuerzo, el trabajo, la producción, cuando es sana y digna; y me sorprende que a veces, en este tiempo nuestro de democracia, el escritor productor no sea por lo menos de la estima de aquellos que exaltan al obrero...

Me arriesgaré, señores, a contarles un recuerdo personal. Yo tenía catorce años. Durante la epidemia de cólera de 1854 mi familia se refugió en un bastión perdido de la Provenza.

Allí, durante tres meses de vacaciones forzadas, devoré todo un gabinete de lectura que mi abuela, mujer valiente, iba a buscarme a la ciudad en paquetes de quince y veinte volúmenes. Todos los grandes narradores, los Dumas, los Eugène Sue, los Féval, los Élie Berthet, pasaron por mis manos.

¡Y bien!, señores, de tantas obras engullidas tragonamente, una perdura todavía en mi memoria de manera imborrable, Los hermanos de la costa, con sus aventuras extraordinarias y desgarradoras, ¡sus vuelos locos al país de la imaginación! Ellos me han acompañado a lo largo de la vida, tan vivos en mí como Pulgarcito...

Realmente significa mucho que una impresión así de vivaz, que una obsesión así hayan quedado latentes en toda una generación. Ahí hay talento.

Fallecimiento de mi madre, de Eva, de papá...

Nuestra casa de la calle Bréda me resultaría odiosa si no fuera por la presencia de Asunción, de Hortensia y de sus hijos, de Jean Raymond y, por supuesto, de Henri.

El bueno, el noble señor Guérard, que siempre ha puesto su fuerza, su talento y su inspiración al servicio del otro, ha sido mi apoyo estos últimos años, sobre todo desde la muerte de mi padre.

Este hombre discreto, cuyo sentido del honor no es su menor virtud, parecía preocupado últimamente. Dos o tres veces comenzaba una frase sin poder terminarla. Una noche, al término de la cena, tomé la iniciativa. El niño ya estaba acostado. Estábamos tomando café en el saloncito que llamamos «en casa de Céline», en recuerdo de mi madre, y cuyo sillón no ha cambiado de lugar. Veo esta escena como si fuese ayer.

—Henri...

—¿Jeanne?

—Le estás dando vueltas a algo. Tienes algo que decirme y no te atreves. Nos conocemos desde hace años. Hemos afrontado juntos felicidades y desgracias... ¿Qué es lo que te preocupa, Henri?

Se tomó su tiempo para servirse en su café el armañac de un cuarto de siglo: su mezcla preferida.

—Los rumores, Jeanne... los rumores. La hiel de esas lenguas viperinas que, en París, construyen y destruyen reputaciones...

Los primeros indicios. La intuición guiaba mis pasos.

—Rumores... ¿sobre nosotros, Henri?

Abrió mucho los ojos, esos ojos que, según Eva, conservaban el recuerdo y el encanto de la infancia.

—La gente no lo entiende, Jeanne. Vivimos juntos en esta casa, tienes a mi hijo a tu cargo y, para todas esas personas de miras estrechas, nosotros... Nosotros...

—¿Somos amantes?

En lugar de responder, bajó la cabeza.

—¿Sabes lo que diría Eva, que en paz descansa, si escuchara esos chismes?

Henri levantó la cabeza. Tenía una mirada infantil.

—Mi hermana diría: «Señor Henri Guérard... Propóngale matrimonio a mi hermana Jeanne. Viven como si fueran esposos desde mi muerte. Forman una pareja. Sólo falta una cosa. Que esa pareja se una. El matrimonio».

—¿Jeanne!

Y, tras levantarse del sillón, Henri cayó de rodillas frente a mí y yo le tendí mis manos.

Henri conservó su domicilio en el número 4 de la avenida Frochot. Fue necesario obtener una dispensa del presidente de la República para que mi cuñado pudiera casarse conmigo el 18 de septiembre de 1888.

El mundo de la pintura estaba siendo sacudido como por un terremoto continuo. Las «escuelas» estaban enfrentadas y todo el mundo quería hacer algo «nuevo».

La octava exposición de los impresionistas, en 1886, había marcado el fin de este movimiento. En 1887, lo más selecto de París concurrió en el Teatro Antoine para comentar, aplaudir o denigrar las obras de Seurat, Signac y las de un joven pintor holandés muy extraño, Vincent van Gogh.

Y ya estábamos en 1889. Para nuestra gran alegría, Eva fue representada en la Exposición Universal con su retrato «Señorita G.G.». Uno de nuestros pequeños secretos: G.G. no es otra que yo, ¡Jeanne! En la Centennale, simultáneamente, se propuso una exposición retrospectiva de Manet. Una señal fuerte que nos manda el destino: Eva y Édouard, siempre presentes más allá de la muerte.

Nuevo giro a mi vida profesional. A partir de 1890, presento mis cuadros cada año en el Campo de Marte.

Este año supone también un reconocimiento oficial de Manet: la escandalosa *Olympia* entra por la puerta grande en el Museo de Luxemburgo.

Desgraciadamente, la salud de Henri empieza a decaer. Yo todavía participo en las exposiciones de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, pero tengo que quedarme cada vez con mayor frecuencia en casa y dedicarles más tiempo a mi esposo y a Jean Raymond.

22 de octubre de 1894: Henri Guérard, mi marido, acaba de redactar su testamento.

Nuestro hijo —porque es lo que a partir de ahora será Jean Raymond— cumple el undécimo año de su vida. Ha heredado la mirada ardiente de su madre, o al menos es así como yo quiero verlo.

A veces, cuando me suelto el pelo o cuando me peino, miro mi rostro y veo, por instantes, el de Eva. Mi hermana está siempre presente en mí.

Reabro este cuaderno, olvidado otra vez en el fondo del cajón durante meses. Y encuentro esta nota: «1892. Muerte de Eugène Manet. Henri y yo enviamos una carta de condolencia a Berthe Morisot. No encuentra el tiempo o las ganas de respondernos».

Durand-Ruel está considerado por la prensa como «el zar de la pintura moderna». Ha organizado una exposición retrospectiva de Pissarro y, más tarde, otra de Renoir. Dos triunfos que colocan en primera línea a los pintores «impresionistas».

Berthe murió el 2 de marzo de 1895. En diciembre, Degas, Monet y Renoir nos animan a ver la primera retrospectiva de Paul Cézanne en casa de Vollard, un marchante que está perpetuando la tradición de Paul Durand-Ruel. Él también tiene el arte de detectar a los mejores pintores de nuestra época.

Nuestros tres amigos se las han arreglado para que Henri pueda asistir a este evento en silla de ruedas. Cézanne nos lleva a un salón particular, nos ofrece algo para beber y nos cuenta recuerdos queridos de mi hermana y de su ídolo artístico, Édouard Manet.

19 de abril de 1897. Algunos días antes de su muerte, el 24 de marzo, Henri exige que sea celebrado «como si él estuviera presente» el décimo tercer cumpleaños de Jean Raymond, su hijo. Respetamos su deseo. Justo después de que los invitados se hubieran marchado, Jean vino hacia mí con dos copas de champán.

—¡Por papá!

Henri estaría orgulloso de su hijo. Y yo, a mi vez, propongo un segundo brindis:

—¡Por Eva!

1900. La Exposición Universal. *Un palco en los Italianos* y *La indolencia* de Eva Gonzalès reciben los elogios de la prensa y del público. Mi hermana obtiene por fin el reconocimiento que merecía desde hacía mucho tiempo.

Con los fallecimientos sucesivos de Manet, de Eva, de mi padre y de Henri, confieso que una parte de mí se desprendió del mundo. Del antiguo mundo. No olvido la pintura. ¿Cómo olvidarla? Mis dedos reclaman cada día que coja la paleta, los pinceles, los lápices, el papel o un lienzo. Mi ejercicio cotidiano. Algunas horas. Una mañana. No más. Pero he vaciado y cerrado el estudio de la calle Bréda. Ya no he podido entrar en ausencia de Eva. Trabajo con frecuencia en casa de Henri, en el piso del número 4 de la avenida Frochot, donde murió.

A lo largo de todos estos años, jamás he dejado de responder a las cartas de Esperanza, no más de algunos párrafos, porque a Esperanza le avergüenzan sus faltas de ortografía en francés y en español. Sus fórmulas son siempre, más o menos, las mismas: «¿Cómo está, señorita Jeanne? Yo bien. El niño de Madrid se porta bien...».

El niño de Madrid: su nombre «en clave» cuando le hablaba de ello a Eva, antes de su muerte. Se ha convertido, según Esperanza, en un «guapo muchacho». Tras sus brillantes estudios en el instituto, en los padres dominicanos, entró en la facultad de derecho civil y diplomático de la Universidad de Madrid. También ha aprendido francés.

Ya que le gusta leer, le envió algunas novelas de mi padre y las obras de nuestros mejores autores, al menos de los que me gustan y leo... Balzac, Flaubert, Stendhal... Y, por supuesto, de nuestro amigo Zola. Siempre me lo agradece muy educadamente; «Querida

tía Jeanne...» o bien «*Querida tía Juana...*».[*] Nunca, en sus cartas, menciona el nombre de «Eva», su otra «tía».

Fue «el joven de Madrid» el que me avisó de la muerte de su «madrina» Esperanza. Justo acababa de entrar en la universidad. Su última carta. Yo le contesté proponiéndole que siguiéramos manteniendo el contacto, pero jamás obtuve respuesta de su parte. Al parecer, el joven había cambiado de dirección. O bien ya no tenía ganas de escribir o de recibir cartas de París.

¿Cómo describir mi sorpresa cuando Adela, mi nueva dama de compañía, me anunció este mediodía que un hombre muy elegante deseaba ver a su tía Jeanne?

—Un señor que viene de Madrid.

Anoto el día: 19 de junio de 1903. 17.15 h. Tomamos café con *brioche*s en el pequeño «salón Céline», donde todavía flota en el aire la presencia de mi madre. Quise mostrarme a la altura de las circunstancias, pero esta preocupación acabó poniéndome nerviosa. Vertí café sobre la mesa y un ataque de tos me hizo atragantarme con un trozo de *brioche*.

¿Por qué este ridículo? Yo quería observarlo sin que se diera cuenta. Así que terminé por entender que eso le era completamente indiferente, porque también él me devoraba con los ojos. Esa mirada... Y mi pregunta estúpida:

—¿Usted pinta?

Me había tratado educadamente de usted, de modo que yo hice lo mismo.

—¡Oh, no! No tengo ningún talento.

—¿Y escribe?

—Eso... es un poco diferente. ¡Soy abogado y periodista!

Periodista. Como mi padre. Se tomó todo el tiempo del mundo para estudiar mi cara, mis gestos, el tono de mi voz. Y yo, a mi vez, pude estudiarlo también. Estatura media. Bien proporcionado.

—Su madrina, Esperanza, me contó que es usted un excelente jinete, un espadachín de gran clase, como diría Cyrano de Bergerac, y un tirador excepcional... ¿Sueña con entrar en la armada?

—No. En absoluto. Pero soy abogado defensor. Un oficio arriesgado. Recientemente he defendido a un asesino que yo creía inocente. Y no lo era. Perdí el caso. Su hermano me amenazó de muerte.

—¿Por eso ha salido de Madrid?

Se reía mientras me contaba la anécdota. Me sentía más suelta. Por fin enfrenté su mirada, idéntica a la de Manet. ¿Un simple efecto de mi imaginación?

Vino a París para verme, visitar la capital francesa y contemplar la célebre torre Eiffel.

No entiende que en 1887, cuando comenzó su construcción, más de trescientos artistas, músicos y escritores, entre los que estaban Garnier, Gounod, Huysmans, Maupassant y otros, hubieran firmado un manifiesto para protestar contra el afeamiento de la Ciudad de la Luz.

—Usted sabe que, en España, todo el mundo sueña con ver esta torre, que, en mi opinión, se convertirá en el símbolo de París.

—¿Quiere decir que trescientos artistas, escritores y músicos pueden estar equivocándose a la vez?

—Cabe la posibilidad, sí.

Sonreía. Creí advertir la sonrisa de Eva. Me habló de museos que había visitado, de su interés por algunos artistas nuevos: de la exposición de Paul Gauguin en casa de Vollard, y de la exposición retrospectiva de Lautrec en la galería Berthélemy.

Ni una sola palabra de Édouard Manet. Ni sobre Eva Gonzalès. Me enteró de que ha pasado un mes entero en París y que regresa a Madrid dentro de tres días.

Lo acompaño hasta la puerta. Me tiende la mano. No puedo evitar abrazarlo. Nos quedamos así durante un instante. Juntos. Le pedí que regresara al día siguiente a la misma hora.

—Me gustaría regalarte un cuadro.

No pudo decir «sí». Simplemente asintió, luego se dio la vuelta y desapareció con paso ágil. Un caballero verdaderamente elegante, mi ama de llaves no se había equivocado.

Acaba de cumplir treinta y un años.

Jean Raymond acaba de cumplir veinte años. Ese 19 de junio no estaba en casa.

Paso el resto de la tarde atando mis siete cuadernos. Y escribo una larga carta. ¿Para qué este paquete? Creo que él tiene derecho a conocer ciertas verdades. Sólo le suplico que no juzgue con demasiada severidad la conducta de mi hermana Eva.

Puesto que eres abogado, intenta comprender. Mi hermana era víctima de un mal de amor. Una enfermedad de la que no se sabe nada. Los novelistas, los poetas románticos, nuestros rapsodas medievales le han conferido al amor una imagen totalmente rosa. Y el negro forma parte de la pasión. El negro: ese color —o ese no color— que Manet dominaba tan bien.

Le adjunto *El jardincito*, un pastel sobre lienzo firmado por Eva. Yo soy, una vez más, la modelo. Una mujer sentada que contempla —o acaricia— unas macetas con flores.

20 de junio de 1903. No he tenido valor para volver a verlo. He regresado muy tarde a

casa. Adela, mi ama de llaves, me lo ha contado.

—Ha venido el señor de Madrid. Le ha traído un ramo de rosas rojas soberbio que he puesto en un jarrón. Se llevó los paquetes.

—¿Cómo lo viste? ¿Triste? ¿Decepcionado?

—No lo sé, señora. Ese señor no demuestra nada. Simplemente me ha dado las gracias y me ha dado la mano. Me sentí obligada a hacerle una reverencia, como si fuera un príncipe. Me retuvo la mano durante un rato largo. Con una sonrisa... Y una mirada...

Adela estaba roja de la emoción. Yo le sonreí. El señor de Madrid conoce, él también, el arte de la seducción.

* En castellano en el original.

EPÍLOGO

EN 1912, LA GALERÍA GEORGES PETIT organizó la octava exposición de la Sociedad Internacional de Acuarelistas. La invitada de honor fue Jeanne Guérard-Gonzalès, que contaba por entonces sesenta años. Presentó cincuenta y cuatro acuarelas.

Jeanne Guérard-Gonzalès murió el 31 de octubre de 1924 en el castillo de Coubloup, en Vicq-sur-Nahon.

En 1954, la galería Tédesco presentó veinte cuadros y cuarenta y cuatro dibujos de Jeanne Gonzalès.

La obra de Eva Gonzalès tuvo una repercusión más importante que la de su hermana. Se expuso en Francia, Austria, Alemania, Suiza y Estados Unidos.

La última, «Maestros impresionistas y modernos», tuvo lugar en París, en casa de Daniel Malingue, el 10 de noviembre de 1989.

Varios museos del mundo adquirieron las obras de Eva Gonzalès, y un buen número de coleccionistas también poseen algunas obras de «la alumna de Édouard Manet».

El 15 de noviembre de 1954, Mario Scotto, secretario del Comité de tradiciones monegascas, pronunció un discurso con motivo de la inauguración del busto de Emmanuel Gonzalès, una reproducción en bronce de la que corona su tumba en el cementerio de Montmartre. El príncipe soberano de Mónaco y la princesa Antoinette honraron con su presencia el evento.

Roger-Marx dedicó a Henri Guérard una página de su obra sobre el grabado, publicada en 1987. En ella recuerda que, «inclinado a admirar la alquimia de su oficio, [Henri Guérard] puso en práctica todos los procedimientos, pasando por el aguafuerte a la manera negra y terminando por la punta seca con aguainta o barniz blando».

Édouard Manet está considerado universalmente el padre de la pintura moderna. Cada nueva exposición de su obra revela un detalle, un matiz, la cualidad de su arte.

¿Un genio? Otros artistas veneraron al pintor y al amigo. Camille Pissarro. Edgar Degas. Henri Fantin-Latour. Paul Cézanne. Claude Monet. Berthe Morisot. Auguste Renoir.

Y Eva Gonzalès...

BIBLIOGRAFÍA

DURANTE MUCHOS AÑOS *me propuse estudiar a la pareja que formaban Édouard Manet y Eva Gonzalès, por gusto y sin la idea de escribir un libro.*

Listar el inventario de biografías, tesis, artículos y libros de arte dedicados a Eva Gonzalès y sobre todo a Manet requeriría muchas páginas. Las fuentes electrónicas, por otro lado, facilitan esta tarea. De modo que me limitaré a señalar algunos libros esenciales, desde mi punto de vista, para conocer a estos dos pintores en particular y el impresionismo en general.

Dominique BONA, *Berthe Morisot, le secret de la femme en noir*, Grasset, 2000; Le Livre de Poche, 2011. Una excelente biografía.

Charles MARVILLE y Patrice de MONCAN, *Paris avant/après. XIX^e siècle et XXI^e siècle*, Éditions du Mécène, 2010. Un libro para los que aman el París de ayer y de hoy.

Sophie MONNERET, *L'Impressionnisme et son époque*, Robert Laffont, col. «Bouquins», 1987. El primer tomo de este notable libro está actualmente agotado, señal de su éxito.

Gilles NÉRET, *Manet, le premier des modernes*, Taschen, 2006. Hay trad. cast.: *Édouard Manet, 1832-1883: el primero de los modernos*, Madrid, El País, 2007.

Marie-Caroline SAINSAULIEU y Jacques de MONS, *Eva Gonzalès (1849-1883)*, Biblioteca de las Artes de París, 1990.

Brunella SCHISA, *La donna in nero*, Garzanti, 2006. Una novela singular inspirada en la vida de Berthe Morisot.

Pierre SCHNEIDER, *Manet et son temps (1832-1883)*, Time-Life, 1968.

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS A MI EDITOR, que supo convencerme para que escribiera este relato, que maduraba en mí desde hacía mucho tiempo.

Gracias a Olivier Philipponat por sus consejos, siempre precisos y elegantes.

Gracias de todo corazón a Jean-Claude Bologne, presidente de la Société des gens de lettres, que puso a mi disposición los archivos concernientes a Emmanuel Gonzalès.

Gracias a mi mujer, Fatima Soualhia-Manet, por haberme apoyado cuando las dudas y la pena golpeaban mi puerta.

Gracias a mi hijo, Laurent Michel, mi primer «corrector».

Gracias a Sandra Cheilan, por su atenta lectura.

Gracias a Séverine Reyrolles, que ha supervisado con constancia y generosidad las numerosas versiones de este relato.

Gracias a Hortensia de Hutten y a Ana María Fuensalida; sus puntos de vista latinoamericanos sobre este libro me han emocionado profundamente.

Gracias a Chantal Petit-Cieslewicz por su obra de pintura y escultura.

Gracias a Jane Evelyn Atwood, que ha conseguido una proeza: cada foto publicada y cada foto expuesta son una obra de arte.

Gracias a Angela Mejias, mi hermana espiritual de Hendaya, fotógrafa entre el cielo y el mar.

Gracias a la familia Petit al completo.

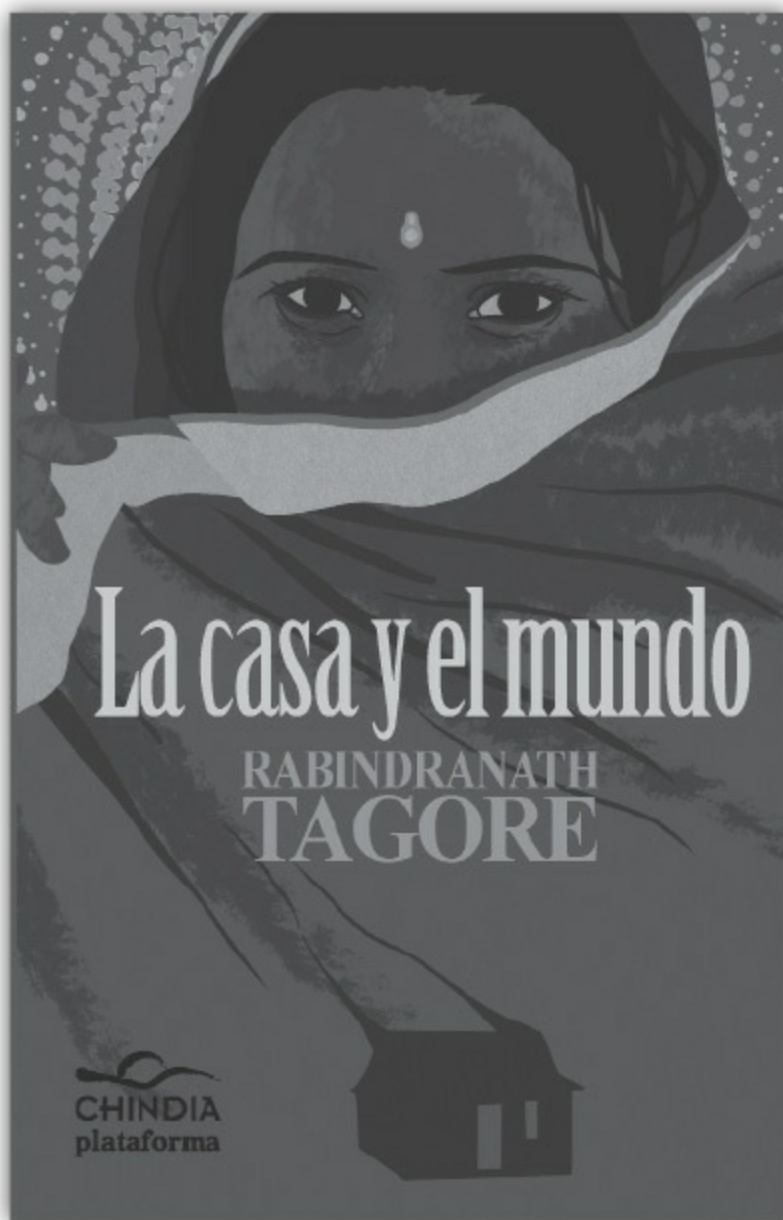
Y gracias (¡siempre!) a Françoise Verny, *in memoriam*.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados
de recoger sus comentarios sobre este libro.
Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:
www.plataformaeditorial.com

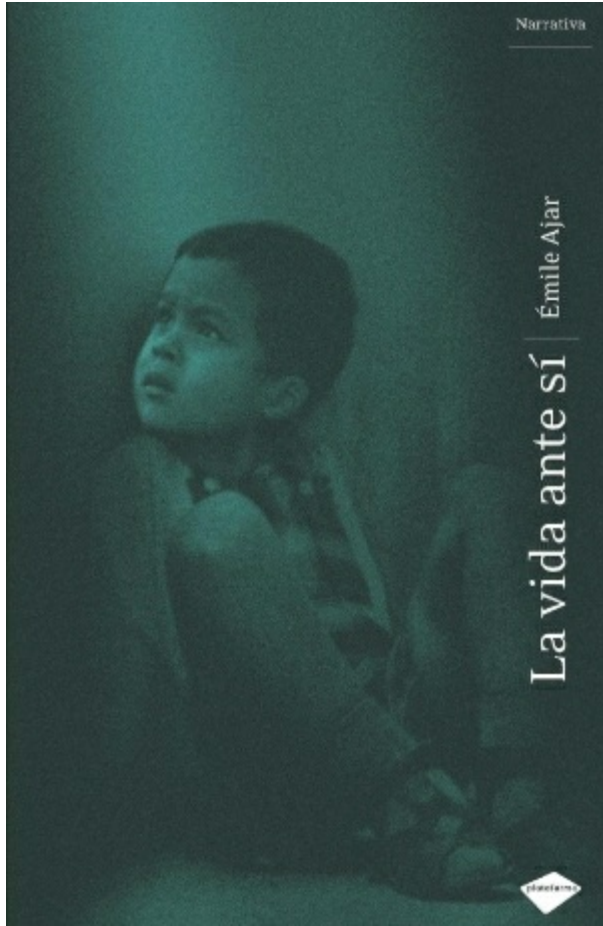
OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN



En estas memorias íntimas, Shen Fu nos narra los gozos domésticos y románticos de su matrimonio con Yun, la chica artística y maravillosa de la que se enamoró siendo aún un niño. Además, ofrece un excepcional testimonio sobre la sociedad y las costumbres de la dinastía Qing.



Nikhil y Bimala acaban de casarse. Su lujoso matrimonio ha sido de conveniencia, pero todo parece ir bien hasta que aparece Sandip, un amigo de Nikhil que le abrirá a Bimala un mundo que ella desconoce por completo.



La vida ante sí

Ajar, Émile

9788416620463

222 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Momo, un niño musulmán huérfano, cuenta su estremecedora historia al lado de la señora Rosa, una anciana judía superviviente de Auschwitz, que acoge a los hijos de las prostitutas en su pensión clandestina en Belleville, suburbio parisino. Aquí malviven emigrantes ilegales y toda suerte de perdedores. Momo no tiene a nadie en el mundo y, cuando se entera de que la señora Rosa padece una enfermedad, intenta luchar contra la decrepitud que va consumiendo a la vieja prostituta, a pesar de los cuidados que le prodigan la señora Lola, un ex boxeador senegalés y el señor Walouma, un barrendero de Camerún. A través de la mirada de Momo, enfrentado prematuramente a la crudeza de la vida, el lector se sumerge en las reflexiones de un niño que habla de su mundo, del racismo, de la soledad y del miedo, con una rara mezcla de humor, ingenuidad y ternura. El resultado es de una notable grandeza humana y belleza literaria. Moshe Mizhari dirigió una película basada en esta novela, estrenada en España como Madame Rosa y protagonizada por Simone Signoret. Los lectores de Romain Gary/Émile Ajar encontrarán en esta obra algunas de las conmovedoras claves de la vida de este gran autor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor

regalo que un padre puede hacer a sus hijos."ANA AZKOITIA,
psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig



21^a

edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

**¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?**

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Contenido	5
Advertencia	6
Prólogo	7
La familia Gonzalès	12
La familia Manet	30
Primer cuaderno de Jeanne Gonzalès	45
Segundo cuaderno de Jeanne Gonzalès	71
Tercer cuaderno de Jeanne Gonzalès	87
Cuarto cuaderno de Jeanne Gonzalès	102
Quinto cuaderno de Jeanne Gonzalès	121
Sexto cuaderno de Jeanne Gonzalès	141
Séptimo cuaderno de Jeanne Gonzalès	150
Epílogo	160
Bibliografía	161
Agradecimientos	162
La opinión del lector	163
Otros títulos de la colección	164
Siete estampas de una vida a la deriva	165
La casa y el mundo	166